



Novela

La Independencia

Seudónimo: Quetzal

**Mirta Iris
González Suárez**

Costa Rica



Contenido

- I. El encuentro
- II. El despegue
- III. El aterrizaje
- IV. El acta
- V. El día de la independencia
- VI. El teatro
- VII. El quebranto
- VIII. Ser y no ser
- IX. La separación
- X. Explorando el terreno
- XI. El botín
- XII. La ley de la selva
- XIII. El rescate

I. El encuentro

El primer día de vida independiente, lo reconocía de mala gana, tenía algo de soledad.

El padre, reconocido pragmático, le envió el chofer del despacho a recogerla, y la mamá, a quien siempre debía quedar agradecida por algo que más bien era una molestia, la despidió en la puerta entregándole una gloxínea roja en plena floración. En el estilo minimalista que había escogido, francamente, no había dónde quedara bien. Una planta de aloe o una lengua de suegra sin vetas amarillas eran más apropiadas y, de cualquier forma, no las hubiera comprado para mantener la gama de negro, gris y blanco, que reinaba en el ambiente.

Deseaba marcar un antes y un después. Eso estaba claro, pensó mirando el edificio de veinte pisos con vidrios oscuros, como si fueran oficinas secretas, laboratorios dedicados a la producción de armas biológicas o clones genéticamente modificados. El concepto, aunque lo llamaban ecológico y vanguardista, no era lo uno ni lo otro. Los pájaros se estrellaban en los ventanales —excepto en el suyo, tan alto que nunca podrían llegar— y el plano parecía fotocopiado, al punto de que en muchos países había réplicas idénticas. Los subsuelos se dedicaban a los autos, los dos primeros pisos contaban con tiendas y supermercados, más arriba quedaban las oficinas y a partir del quinto nivel aparecía la zona de viviendas particulares.

Miró a los guardas con metralletas y se dirigió al ascensor metálico. Algo faltaba; no acostumbraba a hacerlo, pero era tiempo de novedades y, escuchando una voz interior, dio la vuelta y entró al bar. La primera

opción fue Akvavit; “Sana todas las penas de los hombres” estaba escrito en la etiqueta y una breve reflexión la llevó a pedir otras opciones: primero, no era hombre, segundo, no tenía penas. Después de mucho ver, el barman procuró ayudarla. Brillaron sus ojitos taimados y con la seriedad de un mago la piropeó: —Para una bella señorita como usted, que hace palidecer el raro carmesí de las flores, lo indicado es la bebida que encantó a Catalina, la Grande: Bálsamo negro de Riga.

Iba de acuerdo con la gama de colores. —¡A la memoria de Catalina! —dijo, y elevando la copa la empinó de un solo trago. Fue como si hubiera ingerido una bola de fuego; al mirar al espejo, vio su rostro y se asustó. La ancha frente parecía palpitar, los lujuriosos ojos café se entornaban altivos y las mejillas prominentes estaban enrojecidas como tomates. ¡Se había convertido en la zarina rusa! Lo único propio era el perfecto corte de cabello con reflejos castaños, práctico para salir corriendo en la mañana como recién salida de la peluquería. Después de todo era ella, organizada y responsable, eso la salvó de pedir otro y otro y otro.

Muchas cosas debieron llenar la cabeza de la monarca rusa y ahorrar no era una de ellas. Extrajo los billetes y los entregó sin medir el monto, como si fuera una ofrenda dedicada a dioses ancestrales. Su espíritu se elevó a los cielos y las manos le temblaban cuando el cantinero puso en sus manos la flor ceremonial. Salió con la mente embrollada sin saber si la historia del marido impotente y la rebelión dirigida por Catalina para derrocarlo la había visto en una película o era un relato del agradecido barman-hechicero. Tan confundida estaba que en lugar de tomar el ascensor siguió recto y al meterse en la puerta giratoria el vaivén venció su precario equilibrio y terminó sentada en la acera.

—¡María Nubia! —le gritó un hombre levantándola del brazo—. ¿Qué te pasa? ¿Te sentís mal?

No tenía idea de quién era y él se dio cuenta. —Soy José. Nos conocimos hace cuatro años en una fiesta de bienvenida a la universidad. Te di mi teléfono, pero nunca llamaste. Decime dónde te llevo.

En otras circunstancias nunca lo hubiera hecho. Muy en mente tenía la reiterada recomendación de no dejar entrar a extraños; su papá era tan paranoico que usualmente mandaba investigar a sus amistades. Claro, podría alegar que el joven no era un desconocido, aunque su mente daba vueltas sin recordarlo, y de por sí, en ese momento, el punto central era que allí no se podía quedar, de manera que con un gesto señaló la puerta principal e hizo el esfuerzo de rebuscar la tarjeta de ingreso en la cartera.

Él miró alrededor y preguntó: —¿Esa flor es tuya?

La gloxinia yacía desmadejada en medio de la maceta quebrada en mil pedazos.

—No importa. Dejela ahí —balbuceó con voz entrecortada. Él, sin hacer caso, levantó el bulbo con cuidado y lo puso en el macetero que decoraba la entrada.

—Vamos. Yo te acompaño —dijo sosteniéndola del brazo.

Tuvo que ayudarla a poner la identificación y al llegar al piso veinte de nuevo le costó acertar en la ranura de ingreso y volver a meterla detrás de la puerta para encender las luces y activar el aire acondicionado. El frío la reanimó un poco, y, sin mayor ánimo, se recostó en el sillón de cuero. Enfrente, el ventanal de vidrio daba la sensación de estar en un platillo volador que recién

aterrizaba en el planeta tierra.

El muchacho se sentó junto a ella y le preguntó:
—¿Qué tomaste?

—Un brujo me dio la bebida que le gustaba a Catalina de Rusia —respondió tartamudeando.

No se necesitaba mucho para saber que estaba borracha hasta el tope. —Por algo dicen que los rusos beben como cosacos —comentó mientras abría la refrigeradora como Pedro por su casa—. Esto te viene bien —dijo destapando un jugo de coco que le alcanzó para que tomara una pastilla. —Es ibuprofeno —aclaró.

Con la vista fija en las luces parpadeantes que subían la montaña cónica, poco a poco fue recuperando datos. Lo conocía, pero no sabía de dónde; tampoco se acordaba del nombre y le daba vergüenza preguntarle. Como un relámpago imaginó a su mamá llamándola para saber cómo se sentía en su primera noche afuera de casa; si él contestaba el teléfono se iba a meter en problemas. Por otro lado, reconocía que había sido muy amable y no hallaba la forma de despedirlo sin más.

—Seguí el dedo —dijo moviendo el índice enfrente de la cara—. ¡Ya estás mejor! —exclamó alegre.

Algo tan sencillo como mirar sin ver doble de pronto parecía un milagro. El hombre tenía la cara alargada, como si ser delgado —o pasar hambre— fuera algo natural; los ojos oscuros y el cabello lacio algo despeinado le daban un aire melancólico y el uniforme blanco coordinaba perfectamente con la decoración.

—¿Te acordás de la última vez que nos vimos? Vos empezabas Relaciones Públicas. En ese tiempo estaba confuso, la medicina no me terminaba de gustar. Ahora

sé por qué, el enfoque era curar a nivel individual y lo mío es la salud pública. De seguro ya terminaste la carrera y yo todavía en el internado —reflexionó—. Mañana tengo que estar a las 6:30 en el hospital. Salimos a las 7 para el norte.

—¿Para dónde?

—Vamos con un grupo de voluntarios para asistir a los migrantes que van camino a Estados Unidos. Hay mucha gente enferma, desnutrida, sin vacunas. Es como llegar a la retaguardia de una guerra. Por eso, después de trasladar a un paciente, resolví salir de la ambulancia y caminar un par de cuadras para refrescar la mente antes de ir a dormir. Me alegro de haberte encontrado —terminó dulcemente—. Voy a tener algo bonito en qué pensar.

—¿No te gusta ir?

—Hay un momento en la vida cuando el gusto es lo de menos. Simplemente se necesita conservar algo de humanidad —dijo como si nada, mientras abría anaqueles y sacaba ollas para preparar avena en la cocina de inducción.

La pantalla empotrada en la pared se encendió de pronto, programada a la hora de las noticias. Cuando le puso en la mano el plato con la comida, blanca también, la imagen mostraba a una multitud que huía de militares protegidos por escudos y cascos negros. El locutor explicaba la situación:

Un dispositivo de 500 soldados se enfrentó a la caravana con más de 9000 personas que, con migrantes ilegales de varios países centroamericanos, pretendían proseguir rumbo al norte.

La policía y miembros del ejército cercaron a los caminantes y los dispersaron siguiendo los acuerdos firmados con Estados Unidos.

“No es una guerra, es una caravana de mujeres y niños”, explicaba un campesino hondureño...

—Lo usual es encontrar mucha gente enferma, no apaleada —musitó dolido—. Pero, ya ves, como dice Rubén Blades “la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida —dijo comiendo el resto directo de la olla—. Agradecé que mañana podés dormir hasta tarde.

—¡Qué va! Yo tampoco puedo pegarme a las cobijas. A las 7 debo estar en el aeropuerto. Tengo casi ganado un doctorado en Estados Unidos y me interesa mucho para adentrarme en la diplomacia. La sorpresa fue que me ofrecieron justo lo que quería: modalidad work and study. En lugar de pagar matrícula más bien me pagan como profesora en Estudios Latinos. El único requisito es que coordine a cuatro colegiales centroamericanos que concursan para becas de ingreso en universidades norteamericanas. Debo llevar a mano sus datos personales, foto incluida; para reconocerlos va a ayudar que ya no exijan usar mascarilla, aunque a algunos todavía les queda la costumbre. Por prevención, dicen. Es una encerrona de fin de semana y no necesito maleta, solo un equipaje de mano con lo mínimo.

—¿Tu función cuál es? —preguntó sentándose en uno de los cuatro bancos situados frente a la barra de granito color nieve que separaba la sala de la cocina.

—Mi tarea es motivarlos para que hagan una representación teatral sobre el bicentenario de la

independencia —dijo consciente de que las sílabas ya no le resbalaban en la boca—. Es una manera de ver la soltura, creatividad, motivación, conocimiento, sin olvidar la importancia de demostrar liderazgo y capacidad organizativa.

—Ya lo dijo Mafalda: “una cosa es un país independiente y otra un país *in the pendiente*”.

“Es adicto a las citas”, dedujo María Nubia, y le siguió el juego.

—¿Y cómo se diagnostica eso, doctor? —preguntó poniendo cara de tonta.

—La política no es mi campo; imagino que pasa lo mismo con las personas: 1. ¿Puede decidir sin temores y de acuerdo con los propios intereses? 2. ¿Cuenta con los recursos necesarios para no tener que depender? Y 3. ¿Tiene un proyecto de vida, con metas que le permita desarrollarse en el tiempo? En fin, seguro estoy equivocado y con tener una banderita basta. En todo caso, es tiempo de retirarme. Creo que hay que avisar a la seguridad para que me dejen salir —recapacitó.

Siempre había pensado que sus amigos harían todo tipo de preguntas sobre el *pent-house*. Sonaba muy ostentoso decir que su papá se lo había regalado como premio de graduación y entre todas las respuestas políticamente correctas la escogida fue que era propiedad de una tía y ella se la estaba cuidando hasta que regresara del extranjero. Tanto trabajo para nada. A él parecía no interesarle el lugar, ni siquiera la vista panorámica le desviaba la atención que tenía concentrada en ella.

—Gracias por la cena —dijo dirigiéndose a la puerta—. Te recomiendo una larga ducha antes de acostarte.

María Nubia captó que ya se iba y, sin pensarlo dos veces, lo detuvo—: No sé si voy a poder cumplir con su prescripción, doc —susurró—. Me da miedo caer y quebrarme algo por estar solita y sin nadie que me auxilie.

No esperó a ver la cara de asombro. Cadenciosa, se dirigió al baño dejando la ropa en el camino. Él la siguió recogiendo cada prenda como si fuera preciosa y al entrar las colgó del gancho de la puerta. La bañera semejaba a una cáscara de huevo partida a la mitad, pero ella había preferido la caída de agua en cascada. Apenas tuvo tiempo de quitarse los zapatos cuando María Nubia deslizó el cristal y comenzó a desabotonarle la gabacha. Empapado y envuelto en el aroma a pino extendió las manos para tocarla como si fuera Miguel Ángel preparándose para esculpir su cuerpo en el duro mármol que lo rodeaba. Abrió los ojos para disfrutar la sensación de volar sin ataduras entre las nubes que bailaban afuera de la ventana y volvió a cerrarlos al sentir su piel suave como el musgo que crece en las altas montañas, ondulante como las algas que rodean a las sirenas, misteriosa como las cavernas que laten al ser descubiertas. Sin pensarlo pudo unirse al ritmo de las olas, la marea, la espuma, la savia que le hizo beber una y otra vez el misterio del encuentro más allá de las palabras inventadas.

Una enorme toalla blanca fue indispensable para aterrizar, sin resuello, en la cama tan baja que parecía pegada al piso.

En aquel entorno blanco sobre blanco, el tenue rayo de luz matutino iluminó el horizonte maravillándolo con la espectacular vista del volcán. En ese momento María Nubia trajo su ropa. Tendría que ponérsela húmeda como estaba y esperar que nadie se diera cuenta, o inventar alguna excusa como el derrame de un suero. En cuanto a

lo ajado, eso era usual después de una guardia nocturna.

Ella abrió el armario y colocó todo adentro. —Se lavan y secan en un momento. Te los podés poner como en diez minutos —recomendó—. Mientras, voy a revisar si tengo todos los papeles en orden.

Vestido y acicalado se dirigió a la cocina. —Apenas hay tiempo para un cereal con leche —le dijo dándole un beso. Lucía una blusa de seda blanca, chaqueta y falda en dos tonos de gris. —Es mi *look* profesional —dijo como en broma y cuando él sacó el celular le preguntó—: ¿Viendo las citas?

No —le contestó—. Estoy buscando datos sobre Catalina la Grande. Aquí dice que fue una gran conquistadora, tanto de países como de hombres. Su esposo no aportaba mucho y en 1762, cuando Pedro III de Rusia viaja fuera de San Petersburgo, ella se hace amante del jefe de la Guardia Imperial, Gregori Orlov, quien proclama a Catalina como gobernante. Seis meses después de su ascenso al trono, Pedro es asesinado por Alekséi Orlov, hermano menor de Gregori. Esto parece una novela de Tolstoi, le quito mérito porque solo tenía que describir la historia.

Si algo caracterizaba a María Nubia era su capacidad para cumplir con los horarios. —Vamos, Gregori. Tenemos que salir —le dijo tomándolo del brazo como si hubieran vivido juntos desde hace años.

Tenía muchas cosas pendientes. En el ascensor llamó a su casa para despedirse. Contestó la empleada informándole que el señor y la señora habían salido temprano. Al escuchar el zumbido de alerta apareció el *WhatsApp*: era su padre deseándole buen viaje y con el aviso de que el chofer había llegado. Llegaban al primer

piso cuando envió otro mensaje a la embajada informando que ya salía para el aeropuerto a recibir al grupo. En el *lobby* aprovechó una columna para estamparle un beso. —Nos despedimos aquí —murmuró antes de seguir recto hacia la puerta giratoria saludándolo con la mano sin darse vuelta.

El guarda la saludó formalmente y ya iba a cerrar la puerta del auto cuando él llegó corriendo para entregarle un librito: —Adentro escribí el número. Espero que esta vez no se te olvide llamarme. No quiero pensar que todo fue producto del elixir de Catalina de Rusia —le susurró al oído.

Dio las gracias y con un movimiento de cabeza ordenó al chofer proseguir hacia el aeropuerto. Al pasar miró sin ver a una mujer que ofrecía verduras con un niño en el pecho y otros dos acostados sobre el suelo. Parte de las instrucciones asumidas de manera inconsciente era que la pobreza se daba por la falta de empeño en superar las barreras. Después de todo, le habían dicho una y otra vez: “Cualquiera puede tener éxito si se esfuerza”.

Era tiempo de leer el título: *Poesías de José Martí* y a modo de dedicatoria había puesto su teléfono y nombre. ¡Se llamaba igual! Para mantener el contacto un momento más, a falta del apellido, antes de bajar del vehículo buscó el nombre del poeta en Wikipedia.

II. El despegue

Andrés fue el primero en llegar a la sala de abordaje. Las instrucciones eran precisas: Sala A del Aeropuerto Internacional. Si bien había realizado numerosos viajes con su familia y conocía varias zonas VIP, era una novedad que lo ubicaban en un lugar anexo donde aterrizaban vuelos privados con máxima seguridad. Lo que no faltaba era la mesa elevada para conectar el celular. Allí envió un mensaje a su mamá, aunque seguro ella tenía los pensamientos en otro lado y lo que menos deseaba era ver correos. A esa hora debía estar en su cita. Presentía que el papá no sabía nada y esa sensación de secreto lo quemaba por dentro. Su responsabilidad era contarle qué pasaba y por eso mismo prefirió ni siquiera intentar comunicarse. Era mejor no molestar a alguien como él, siempre ocupado con los números y las exigencias del Fondo Monetario. Por un momento le pasó la idea de hablar con Adriana, su mejor amiga. El problema era que a ella los enojos le duraban varios días y no tenía ánimo de recibir reproches, aunque fueran justificados.

Cuando vio acercarse a un muchacho moreno luciendo el logo No Bull y salveque con la diminuta figura extraterrestre de Alien Ware, a primera vista asumió que era otro de los elegidos. Les habían dicho que llevaran ropa cómoda y él, después de pensarlo mucho, escogió la camiseta con calavera Philipp Plein, una sudadera gris con capucha y los viejos Converse negros. Ahora, al ver la parka verde y los pantalones con cinco bolsas impermeables del recién llegado, se preguntó si había escogido bien. Demasiado tarde para cambiar de idea. Lo lógico era extenderle la mano y decir: —¡Hola! Soy Andrés ¿también venís por el concurso del bicentenario?

Pero no, el otro se sentó sin volverlo a ver, concentrado en acomodar los audífonos para escuchar música, hecho demostrado por el compás que seguían sus botas militares Under Armour. Desde luego, una encantadora sonrisa siempre quebraba el hielo, opción desechada porque odiaba que la gente, en lugar de mirarlo a los ojos, sostuviera la vista fija en los dientes, como si los frenillos fueran una deformidad insólita.

La conjetura fue resuelta por la llegada de una joven de traje gris, con maletín de cuero y tacones, quien saludó a ambos como si los conociera de toda una vida. Ella se presentó como María Nubia, la facilitadora, y aprovechó para explicar que los dos que faltaban habían parado un momento para comprar chicles en la zona libre. Escasos minutos pasaron antes de que una muchacha rubia de unos quince años, con larguísimas piernas cubiertas por enaguas floreadas y un chico como de la misma edad que destacaba por las mechas rojas y los anteojos redondos, entraran presurosos, llenando el ambiente de disculpas. El joven, simpatiquísimo, extendió la mano para saludar a la vieja usanza, pero él mismo se detuvo a mitad de camino. Después de la pandemia, los acercamientos, en lugar de señal de amistad, habían pasado a ser una muestra de desconsideración.

La coordinadora comenzó las presentaciones de manera formal: Andrés, Francisco, Rocío y Gregorio. — Me dicen Greg —acotó el último. A la facilitadora le pasó por la mente el gran amor de Catalina y de una vez le cayó muy bien.

—Soy María Nubia Arguedas —repitió a los recién llegados—. Estoy a su disposición. Cualquier problema lo pueden conversar conmigo.

Rocío, discreta, le habló al oído. —Yo te acompaño

al baño —le contestó la joven. Hay que apurarse, faltan quince minutos para la salida, aprovechen ustedes también —recomendó a los muchachos.

Mientras se lavaban las manos como si fueran a operar a un paciente, Rocío le hizo la pregunta que le preocupaba: —¿Esto es una competencia en la que debe quedar un ganador? Si fuera así me parece injusto, porque el tema es el bicentenario de la independencia centroamericana y ellos están con ventaja porque en la historia solo aparecen hombres.

—No te preocupes —explicó poniéndose rubor en las mejillas—. En el sistema de becas no hay discriminación alguna por sexo, grupo étnico, religión ni escogencia sexual. Francamente me parece que hay oportunidades para todos, aunque te aclaro que yo no soy la que decido. Lo que debo hacer es ayudar para que se sientan bien y saquen todo su potencial.

—¡Qué belleza la mariposa! —dijo Rocío señalándole el collar, en parte con el objetivo de cambiar de vibra.

—Muchas gracias —replicó, cordial, María Nubia—. Es un regalo de mi mamá. Cuando cumplí quince años me dijo: “Para que siempre puedas volar”. Desde entonces nunca me desprendo de ella.

Cuando regresaron, los muchachos las estaban esperando.

—Un oficial dejó estas cajas para que coloquemos nuestras cosas. Están bien rotuladas: 1. Vestuario y escenografía 2. Equipaje de mano —explicó Francisco.

—Es tiempo de abordar —dijo María Nubia al ver la señal luminosa—. Vamos al primer *scanner* mientras

los paquetes pasan por el chequeo. Solo tienen que portar los pasaportes, manténgalos a mano —aclaró dirigiéndolos a la puerta.

—No nos dieron el pase de abordaje —notó Francisco.

—En un vuelo privado no es necesario —contestó María Nubia—. Pongan en esta bandeja cualquier equipo electrónico, celulares, computadoras, juegos, drones. Si no lo hacen se pueden dañar. Además, quítense cualquier cosa metálica, cinturones, relojes, zapatos con hebillas.

Todo fue pasando por la banda y al final una oficial colocó los pasaportes en un sobre de plástico transparente que entregó al piloto. —Es para que no se extravíen. Todo se les devuelve cuando lleguemos a destino. Vamos en helicóptero —explicó la coordinadora—. No hay lugar para equipaje de mano y el peso debe ser distribuido de manera que los vientos no afecten. Sus asientos están indicados, y cualquier otra cosa debe ir en la zona de bodega.

María Nubia deseaba ser reconocida por sus acciones, no le gustaba el trato condescendiente que usualmente recibía por el entorno familiar. En resumen, el oprobioso mote de ser la “hijita de papi” le parecía ofensivo dado que ella se esforzaba por cumplir profesionalmente las tareas. El reconocimiento, había aprendido de su padre sin que le dijera una palabra, surgía solo si se mantenía el control. Tanto había practicado que en muy contadas ocasiones rompía esta dura regla interna y dejaba aflorar lo inesperado, como ahora, cuando, como todos, disfrutó despeinarse al pasar debajo del remolino que producían las astas.

—Apenas como atravesar una tormenta —dijo Rocío ajustándose el cinturón.

—¡La tormenta del desierto! —la acuerpó Francisco.

El ruido dificultaba escuchar, pero nadie sentía vergüenza por expresarse a los gritos.

Greg, para animar al grupo, comenzó a cantar música de Bob Dylan:

And how many years can some people exist

before they're allowed to be free?

Yes, and how many times can a man turn his head

and pretend that he just doesn't see?

Y las dos mujeres continuaron agitando las manos:

The answer, my friend,

is blowin' in the wind.

The answer is blowin' in the wind.

—¡Puntos extras para Greg! —dijo Rocío a María Nubia.

—¿Cómo que puntos extras? ¿Nos van a calificar todo? —quiso saber Andrés.

—No hombre, es una broma —lo tranquilizó Rocío—. Lo dije porque Greg fue creativo y rapidito encontró una canción sobre el tema: la libertad.

—Es cierto: la libertad requiere de independencia

—recapacitó María Nubia.

—O viceversa: la independencia requiere de libertad
—reformuló Greg.

—El orden de los factores no altera el producto —
apuntó Andrés—. Pero yo entendí que el objetivo era
concentrarnos en la época que dio lugar a la firma del
acta de 1821.

—Las instrucciones mencionaban la creatividad
para organizar en conjunto una obra de teatro sobre la
independencia. Yo traje ropa de inicios del siglo XIX. ¿Y
ustedes? —preguntó Greg.

—Sí, lo mismo. Cuando lleguemos podemos abrir
los paquetes y ver cómo les damos uso en cada escena
—asintió Rocío—. Ojalá tengamos de todos los bandos.
¡Lástima que no pudiéramos ponernos de acuerdo!

—Para eso están, para eso están ...— sostuvo
María Nubia, y continuó—. Según ustedes ¿Cuáles eran
los principales grupos?

—El pleito se daba entre liberales y conservadores,
como en *100 años de soledad* —recordó Greg.

—Ese libro me lo pusieron de tarea para Literatura.
Interesante, pero muy largo. Me fue bien porque busqué
el resumen en Google. ¡Imagínense que trata de siete
generaciones! ¡Es de nunca acabar! —dijo Francisco.

—Mi personaje favorito es Remedios, la bella —
gritó Andrés—. Nunca tuvo que decir algo inteligente
para ser reconocida como mujer.

Mariposas amarillas, Mauricio Babilonia.

Mariposas amarillas que vuelan liberadas... — entonó Greg recordando la cumbia de Daniel Camino Diez. No había acabado cuando le vino a la mente una canción de Óscar Chávez relacionada con el tema: “Se vende mi país con todo y gente. Se vende la palabra *independiente*”. Algo se le atragantó en la garganta y tampoco pudo decir: “Se lo llevó el COVID”.

—¿Y la historia se parece a la de Centroamérica? — preguntó María Nubia, sintiéndose cómoda en su papel.

—Claro que sí —bramó Rocío—. Unos antes y otros después los países se levantan contra España.

—Mi mamá es historiadora —compartió desgañitándose Andrés. A pesar de que deseaba quitarla de la mente, ella surgía como por arte de magia—. Dice que al darse cuenta de los levantamientos en España, los criollos también desearon mayores libertades. Los comerciantes y terratenientes con poder económico querían un trato de iguales, ya que eran reinos y no colonias. Por eso se enfrentaron a los funcionarios de la monarquía que seguían mandándolos y dando órdenes como si todo siguiera igual.

Yo creo —acotó Rocío— que los conservadores querían la independencia y seguir con el mismo tipo de gobierno y los liberales optaban por la república.

—No nos hagás enredos —gruñó Francisco—. Los republicanos son los conservadores. Ellos defienden a la familia, la religión y las buenas costumbres. Es la posición de Trump.

—¡Te saltaste doscientos años! —se carcajeó, burlón, Greg.

—Como dice mi tía, que es bien conciliadora —

exclamó Andrés—. Para mantener la amistad no hay que hablar de política ni de religión.

“Ni de nada más”, era el mensaje tácito. Considerando el madrugón, pronto cerraron los ojos y descansaron soñando con Macondo.

III. El aterrizaje

El lugar no era como lo esperado, sin embargo, no había decepción en las miradas. Francisco fruncía el ceño al ver cuatro horquetas con techo de paja; siempre le había gustado estar al aire libre y lamentaba no tener un machete para abrir camino. Greg y Andrés optaron por ordenar sus apuntes y solo Rocío dirigió la mirada a la hermosa selva que rodeaba el lugar de un verdor paradisíaco.

Los cuartos con baño privado que María Nubia había dado por un hecho chocaron con el entorno ínfimo, propio de aquella película en la cual un grupo de niños náufragos recalaba en una isla desierta. —¿Se llamaba *El señor de las moscas*? —preguntó al aire y nadie le contestó. El grupo estaba ensimismado, con la excepción

de Andrés que arrimó el hombro al camarógrafo en el transporte del equipo.

A pesar de las insinuaciones del piloto para que ayudaran a acomodar los paquetes, Greg prefirió sacar su libreta de poemas y escribir lo primero que le pasó por la mente. Los momentos de inspiración no se podían desperdiciar en nimiedades:

*La selva bravía,
el hogar primigenio
donde se nutre el hombre
para encontrar lo básico
lo elemental, lo clásico
sin reglas ni barreras,
lleno de libertades
e independencia plena.*

Quedó esperando alabanzas. Terminada la lectura, la facilitadora resultó ser un imán mientras repartía emparedados de jamón y queso, propios de un viaje de avión en clase económica.

—Ay, disculpe, yo soy vegana. Y lo avisé al llenar el formulario —aclaró Rocío.

—Como verán hemos escogido una escenografía que corresponde al siglo XIX —mintió María Nubia—. El objetivo es que aprecien las riquezas naturales y puedan imaginarse en aquella época, sin electricidad ni Internet. Además, los lugares al aire libre, como se demostró durante la pandemia, dificultan la propagación de enfermedades.

—Entonces ¿Con qué me alimento? —insistió la muchacha.

—Uno de los requisitos exigidos para definir quién gana es poder enfrentar situaciones nuevas. La adaptación es indispensable si quieren ir a vivir a otro país, de manera que tienen que superar los escollos culturales.

Rocío pronto entendió el mensaje. Ni lerda ni perezosa se dirigió a los paquetes de cartón y empezó a sacar latas y frascos de jaleas importadas. Había más que suficiente y entre todo prefirió almorzar melocotones en almíbar.

Apenas había finalizado el último durazno cuando el piloto, un hombre alto y musculoso que usaba el gracioso apodo de Maverick, le recordó al camarógrafo: —No hay que perder tiempo, casi se va la luz.

—Una vez que tenga la cámara acoplada, empezamos —contestó el aludido.

—¿Y usted no se va a presentar? —preguntó Rocío relamiéndose. Desde el seminario de empatía tenía claro que el nombre es el sonido más querido para cada persona.

—Soy Chuck, a cargo de la filmación.

—Espero que no sea como Chucky, el muñeco malvado. Aunque lo peor que puede hacer es filmarnos el perfil malo —opinó Rocío y, como a nadie le hizo gracia, continuó de manera enfática—. Necesito la computadora y el teléfono.

—Los pueden buscar después —respondió Maverick—. Para lo que vamos a hacer, no son necesarios.

María Nubia, que había desaparecido un momento entre las matas cargando cuantiosos rollos de papel higiénico, entendió el mensaje, y, con la ayuda de Andrés, amarró sábanas blancas alrededor y empezó con las instrucciones:

—Como saben, este concurso...

Rocío no la dejó continuar: —Dos cositas, *teacher* —dijo enrulando una hebra del cabello claro—. Lo primero es que debemos distribuir la basura para reciclar. No es por ser critica, pero varios cuyos nombres no mencionaré, han tirado el empaque y los vasos de plásticos detrás del asiento...

—Es papel. Se deshace en la primera lluvia —se excusó Francisco dándose por aludido.

—Yo debo botar la lata en el lugar adecuado —recalcó la joven mostrando la etiqueta que decía: Dole Yellow Cling Diced Peaches.

—Primero: no soy ninguna *teacher*. Estoy finalizando Relaciones Públicas, de manera que pueden decirme el nombre. Segundo: No encuentro las *tablet* —lamentó con la cabeza inmersa en una caja de cartón de donde sacaba disfraces.

—Ya les dijimos que mejor revisan todo después. Esto no es broma. El tiempo apremia —insistió Chuck terminando de ajustar el trípode.

—Parece que por error la caja con el equipo electrónico se quedó en el aeropuerto —informó Maverick.

—Son indispensables —reconoció, triste, Francisco.

—Déjense de tonteras y se sientan alrededor,

como si estuvieran en una mesa redonda de televisión —ordenó Maverick.

—¿Y qué me dice del maquillaje? —preguntó Greg y, preocupado por la apariencia, se movió para ubicarse según su lado más favorable.

—En la primera parte no necesitan más que sus opiniones y si llegaron hasta aquí es porque tienen ideas interesantes que van a ser evaluadas mañana mismo por un equipo de prestigiosas universidades expertas en estudios latinoamericanos. Es decir: ustedes son el centro de interés y si alguien considera que no cuenta con la preparación suficiente, se hace a un lado y cierra la boca —remachó María Nubia.

No dio ni un segundo para que lo pensarán.

—Considerando las circunstancias, voy a plantearles temas muy fáciles —continuó María Nubia— y cada quien responde con lo que le venga a la mente. Sean espontáneos, pero cada cual a su tiempo.

Chuck comenzó el conteo con los dedos.

—Buenas tardes —inició la entrevistadora mirando a la cámara—. Agradezco la presencia de los distinguidos y distinguida participante de Centro América. Ante la crítica situación social del istmo ¿Cuál es su opinión sobre la participación política de la juventud? —preguntó señalando a Andrés, quien expuso rápidamente:

—En mi país, el liderazgo joven es fundamental para superar pleitos del pasado. Ahora la juventud participa activamente y con entusiasmo para que surjan nuevas ideas que nos permitan superar la pobreza y el desempleo.

Bastó un movimiento de dedo, para que Greg continuara:

—Las generaciones anteriores cometieron muchos errores, el principal es no haber podido lograr un diálogo sincero entre las ideologías. Por eso tantas guerras en la región. Evitar el inútil confrontamiento nos corresponde a nosotros, sin prejuicios y con la meta de mantener el progreso del país en primer plano.

—Un punto que no hay que olvidar —siguió Francisco al ser señalado— es que, al contrario de nuestros antepasados, crecimos con la tecnología y estamos conectados a nivel mundial. Tenemos más información, ya no somos ignorantes de lo que acontece en otros lados y por eso podemos resolver las dificultades de manera conjunta. Pero ¿qué pasa? En lugar de aprovechar nuestras habilidades encontramos todo tipo de obstáculos.

—Disculpen. Yo discrepo —intervino Rocío, que ya se sentía dejada de lado—. Estamos viviendo en la época de mayores opciones. Obviamente tenemos más libertad que nuestros abuelos, incluso que nuestros papás. Las mujeres pueden decidir qué estudiar y hacer rato salieron de la casa para participar en todas las actividades sociales.

—Ojo —agregó Francisco, sin esperar que le dieran la palabra— El Internet y las redes ayudan a la integración, pero también perjudican. Es decir: la discusión puede ser amigable o un pleito continuo. Ni hablar de los *trolles* y los que se divierten con insultos que van y vienen. Incluso se pasan por encima a las instituciones del gobierno y a sus ministros. Nadie que llegue a las alturas se salva, y eso cansa, es perjudicial para la familia y para el país porque se dan pasos con la mejor voluntad y la gente no entiende.

—¿Cómo el plan fiscal? —preguntó María Nubia con la idea de profundizar la discusión.

—De eso se habla mucho y se decide poco — contestó rápidamente Francisco—. Es lamentable que las opiniones de gente ignorante sean tomadas en cuenta al mismo nivel que la de los expertos. Leí un informe que afirmaba que los *chats show* iban a acabar con la democracia. La gente pone *likes* a todo y comparte ridiculeces conspirativas. Lo peor es que algunos se las creen.

Greg saltó para acaparar el momento: —Lo peor es que la gente considera que sabe de todo, en lugar de quedarse callada y dejar hablar a los profesionales. Por eso empiezan a descalificar sin argumentos.

—Es cierto— dijo Andrés—. Hablan de izquierda y derecha cuando eso se refiere a posiciones en el parlamento y nuestro sistema es presidencialista. Es vergonzoso continuar con un debate de la pasada guerra fría.

— Son posiciones antiguas que producen conflictos sociales que a nada llevan. —afirmó Francisco—. Imagínense que antes se creía que los empresarios eran malos cuando ahora sabemos que son los únicos con ideas y recursos para desarrollar al país.

—De acuerdo —siguió Greg—. Y además hay gente que no entiende la necesidad de nuevas empresas. Por ejemplo, en mi país unos ecologistas prefieren no sacar oro o petróleo aunque la gente se esté muriendo de hambre.

—Un desperdicio completo —coincidió Andrés.

—¿Cómo se les ocurre? —reclamó Rocío—. Lo primero es proteger a nuestra casa global: el planeta. Olvídense del modelo extractivista que tanto daño hace. Más bien hay que fomentar nuevas formas de producción con tecnologías limpias.

—El déficit fiscal no baja porque insistimos en exportar material agrícola como si estuviéramos en el siglo XIX —consideró Andrés—. El café, el banano y, como gran innovación, la piña y el cardamomo.

—¿Y de qué se quejan si generan divisas? —cuestionó Francisco indignado—. Mi papá tiene varias plantaciones y los trabajadores están agradecidos porque en la zona rural hay mucho desempleo.

—Hay que aprovechar la globalización —sostuvo Andrés—. Lo ideal es vender y comprar a precios competitivos sin importar de dónde vienen.

—¡Exacto! —se metió Francisco—. Y buscar alianzas público-privadas para dar trabajo.

—Lo público es importante porque sin ánimo de ganancia ofrece servicios que de otra forma el pueblo no podría pagar. Un buen ejemplo es la salud y la educación. —aseguró Rocío.

—Esta hermosa dama resume con sus palabras el dilema central —aseveró Greg imitando las maneras rebuscadas de un profesor—. Hay quienes defienden al Estado como propulsor de la economía y otros afirman que no funciona y hay que achicarlo a su mínima expresión. Mi postura es equilibrada: ni muy muy, ni tan, tan. Hay que rediseñar y dejar lo que no pueda ser asumido por el sector privado.

Chuck mostró los dedos haciendo de tijera. María

Nubia entendió el mensaje y sin inmutarse propuso: — Para terminar, en treinta segundos digan una frase que englobe lo que más necesita su país. Vamos en orden inverso —indicó señalando a Rocío:

Ella miró a la cámara, como le habían enseñado, y dijo:

—Tal vez sonaré romántica, pero creo que el amor es lo que moviliza al mundo y sin él las ideas más buenas van al fracaso. Solo la solidaridad nos llevará a buen puerto.

Francisco, más parco, resumió su posición diciendo:

—Nunca hay que olvidar las raíces. Es necesario sentir orgullo y respeto por la tierra que nos vio nacer para poder sacarla adelante en el menor tiempo posible.

Andrés tomó aire para declarar muy serio: —Hay que entender la historia para no caer en los mismos errores del pasado. De esa forma tendremos más oportunidades y lograremos avanzar.

Greg, dramático, puso la nota cultural: —Es penoso reconocer que nadie ha mencionado el papel de las artes, y sin ellas no hay país que pueda vivir en armonía.

Nadie dijo ¡Corten! El motor del helicóptero llenó el ambiente como si un avispero hubiera llegado sin aviso. Chuck recogió el bolso y enfilándose a la puerta, explicó la situación: —Justo a tiempo. Nosotros llevamos todo para enviarlo esta misma tarde a los evaluadores. Ustedes tienen la noche libre. Utilicen la mañana para practicar el tema del bicentenario de la independencia y al mediodía llegamos a filmar la obra y regresamos.

Estaba ajustando el cinturón cuando María Nubia,

evitando ser degollada por las aspas, les gritó: —¡No olviden los celulares!

De vuelta en la choza encontró al grupo en plena discusión:

—Estuvimos fatal —apuntó Rocío—. Ni siquiera mencionamos el tema de la discriminación.

—¡Cómo se me pudo olvidar la cooperación internacional! Esta mujer se puso tan idealista que me sacó de base —reconoció Francisco—. Por cierto, alabar los pésimos servicios públicos es el colmo del populismo.

—¿Por qué? —inquirió Rocío enfrentándolo.

—¿Quiénes van a colegio público? —quiso saber Francisco. Y, al ver que nadie levantaba la mano, prosiguió—. ¿Quiénes han utilizado un hospital estatal?

El resultado fue el mismo, por lo que fue directo a la conclusión: —Exacto, nadie con recursos utiliza los servicios públicos. Y aun así nos hacen pagar por ellos.

—Cuando estuve de intercambio en Newport me pusieron en un colegio público y era de lo más bueno —afirmó Greg.

—¡Pero eso fue en Estados Unidos! ¡No vas a comparar! —objetó Francisco.

—Como dice mi papá para acabar una discusión sin fin —subrayó Greg— ¡Caso cerrado! —y usando el puño como mazo golpeó la mesa.

—No se puede explicar todo en tan poco tiempo —se quejó Andrés—. Yo pensé que íbamos a tener al menos cuarenta minutos.

Greg pasó a la ofensiva: —Nos preparamos sobre el bicentenario y la entrevista fue de otra cosa. La independencia no tiene nada que ver con la participación política de la juventud ni con las necesidades actuales. ¡Es como si nos hicieran estudiar Química y después el examen fuera sobre Matemática! En mi colegio hay un reglamento muy claro: “Las pruebas solo pueden incluir la materia vista en clase”.

—Esta actividad era apenas para calentar motores —dijo María Nubia para acallar el descontento—. Tal como se les indicó, la evaluación principal es mañana. Relájense. Los nervios no ayudan a realizar un buen trabajo. Ya oyeron que la tarde es libre; pueden salir a dar un paseo sin alejarse mucho, no se vayan a perder.

—Se escucha un río cerca ¡Lástima que no pusiera el traje de baño!

—Con cuidado —advirtió Francisco—. Puede haber lagartos y no son amigables.

En efecto, a escasos cien metros encontraron un riachuelo que rumoroso se despeñaba montaña abajo.

La gota de rocío

del cielo se cayó

y en ella el amor mío

la carita se lavó —entonó Greg imitando a Silvio Rodríguez, para halagar a la compañera.

—Ay, qué fino —se burló Francisco masticando una rama.

—Qué tristeza no tener la cámara para mandar fotos —lamentó Greg—. ¿De qué vale estar de vacaciones si no las puedo compartir con mis amigos?

—Me encantaría mandarle un *selfie* a Adriana. Se pondría contentísima —supuso Andrés.

Hablaban para sí mismos, sin siquiera esperar comentarios.

—Es un lugar maravilloso —murmuró la muchacha, sentada en posición de loto. La cúpula verde era un filtro de luz que se posaba sobre el agua resaltando destellos de color. Aquí y allá percibían el brillo de los peces como estrellas fugaces.

Greg señaló a unas aves parlanchinas. —Esa lora es igual a la que tiene mi tía Julia. ¡Vieran qué linda! Dice ¡Hola! y estira la patita entre las rejas para saludar. No como estas que solo chillan como si las estuvieran matando.

—En muchos países es ilegal tener pájaros enjaulados —farfulló Rocío.

—¡Qué estupidez! En la jaula están protegidos de los gatos. Mi tía cuida a la lorita como si fuera de la familia, le da semillas, papaya y banano y de noche la cubre para que duerma tranquila.

—Pero no tiene libertad —repuso Rocío.

—Está segura y tiene casa y comida —volvió a puntualizar Greg—. Te aseguro que está feliz

La muchacha hizo un encogimiento de hombros y, displicente, se subió a un tronco como si estuviera en la cuerda floja. —¡Cuidado! —gritó Francisco tomándola por la espalda.

Rocío se dio vuelta con cara de pocos amigos. —
Quíteme las manos de encima —gruñó molesta.

—¿Qué le pasa? Se podía caer en la corriente. ¡La salvo y encima se enoja!

—No te hagás el inocente —refunfuñó ella.

—Cuidado te acusa de hostigamiento sexual —le advirtió Greg riéndose.

—Tengo testigos de que no pasó nada. Lo único que falta es que me descalifiquen por una histérica.

Un grito terminó el *round*: —Debe ser María Nubia llamándonos a comer —dedujo Andrés. El atardecer salpicaba las hojas con tonos rojizos y en fila india regresaron con cuidado de no pisar los frecuentes hormigueros.

En efecto, sobre la rústica mesa María Nubia había colocado cinco emparedados de queso cubiertos por papel metálico. La hielera todavía mantenía el frío de las gaseosas que agradecieron, no sin antes sugerir que mejor hubieran enviado cervezas.

—Tendríamos que salir a desaguar a cada rato —acotó Andrés. Y, apelando a su experiencia en campamentos de *boy scouts*, recomendó hacer un hueco en la tierra para las necesidades mayores y otro lugar a la par para las menores. Con el dedo índice mojado, determinó la dirección del viento y en sentido contrario buscaron un hueco detrás de unos arbustos, dado que no tenían pala para cavar.

—¿Dónde dormimos? —preguntó Greg.

Al revisar las cajas, la facilitadora había encontrada

cinco hamacas. —Es hora de colgarlas —les dijo.

No era tan sencillo cómo se podría pensar. Por empezar, según explicó Francisco, ambos lados tenían que estar a la misma altura, ni muy cerca ni muy lejos, y los nudos debían ser lo suficientemente fuertes para sostener el peso.

Cuando terminaron los preparativos, la oscuridad se adentraba a pasos de gigante y apenas tuvieron tiempo de acomodarse y oír el último consejo de la noche: —Acuéstense un poco torcidos. No estar rectos es más cómodo y ayuda al equilibrio —recomendó Francisco.

De vez en cuando, el sonido de un pájaro ululante, una rama al caer y, sobre todo, los amenazantes bramidos de un felino poderoso, les recordaba que no estaban en su casa, ni había manera de recurrir al refrigerador para algún *snack* de última hora.

IV. El acta

Antes de percibir los rayos asomándose entre las hojas oyeron el despertar de los pájaros. Gritos de papagayos se entremezclaron con rugidos de león que se elevaban y contestaban.

—¿Estamos en África? —preguntó Rocío sin atreverse a descender al suelo.

—Son monos aulladores —le explicó Francisco desperezándose.

María Nubia se dio vuelta y, para incentivar la independencia a la vez que fomentaba la comunicación grupal, dijo: —Ahora les toca a ustedes preparar el desayuno—. Yo duermo un ratito más.

—Está bien —asintió Greg—. De cualquier forma, nos corresponde ensayar. Ya oyeron que vienen a filmar al mediodía.

—¿Quién fue el bruto que dejó mal tapada la hielera? ¡Todo está lleno de bichos! —bramó Rocío.

—Da igual —respondió Andrés—. Hay leche y cereal de sobra.

Y eso fue el desayuno.

—Veamos qué trajeron para la obra de teatro —dijo María Nubia desde la hamaca.

Rocío fue la primera en mostrar un vestido largo y pelucas de varios tipos.

—Por si la bella dama no se ha enterado —dijo

Andrés haciendo un saludo ceremonial—. En la firma del acta de la independencia no había ni una mujer.

—¡Error! —insistió la muchacha—. María Dolores Bedoya estaba afuera levantando el ánimo del pueblo.

—¡Te ganaron! —bromeó Greg—. Seguro también había algún *trans*, pero, por supuesto, en esa época no podían salir del *closet*.

—Por empezar, porque no usaban *closets* sino baúles —acotó María Nubia espiando con un ojo abierto.

Greg, orgulloso, explicó que su mamá había encargado a una modista el vestuario de un cura muy famoso. El atuendo era espectacular: un traje de terciopelo rojo con capa, zapatos en punta con hebilla y medias blancas a media pierna.

Francisco sacó una gorra azul y uniforme militar decimonónico. —Yo no me quedé atrás. Es exacto al retrato de Morazán —explicó.

—Me extraña ese arroz con mango —dijo Rocío—. Morazán no estuvo en el acta de 1821. Apareció mucho después.

—A mí me extraña que seas tan cerrada —se defendió Francisco—. El acta de 1821 fue el inicio, pero la independencia vino más tarde, con las provincias unidas bajo el mando de Morazán.

—Si es así, yo exijo que se incluya la gesta contra William Walker, en 1856, porque si no lo hubiéramos vencido todavía habría esclavos en Centro América —declaró Rocío.

—No nos vayamos por las ramas —refunfuñó

Andrés—. En todos los libros aparece que el primer grito se produjo en la intendencia de El Salvador en 1811, puesto que a raíz del derrocamiento de Fernando VII consideraban que los nombramientos reales habían caducado. Por cierto, los revolucionarios tampoco querían que Guatemala los siguiera exprimiendo con impuestos. De cualquier forma, lo que logré conseguir fue este disfraz de Napoleón.

—¿Y ese qué tiene que ver? Creí que era un invento para los locos —dijo Greg.

—Napoleón, al invadir la península ibérica, provocó una crisis política que ocasionó el rechazo en los virreinos. Recuerden que España había tomado posesión de un territorio enorme. Ya les leo lo que abarcaba la Nueva España —dijo sacando unas hojas que tenía dobladas en la bolsa de la sudadera—: Empiezo por el norte: gran parte de Estados Unidos: los actuales estados de California, Colorado, Nevada, Utah, Nuevo México, Arizona, Texas, Oregon, Washington, Florida y partes de Montana, Idaho, Wyoming, Kansas, Luisiana y Oklahoma y la parte sur de la Columbia Británica, en Canadá. Hacia el sur, por supuesto, el centro irradiante: México y la Capitanía General de Guatemala —que incluía Chiapas, Belice, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica—. En fin —concluyó— un imperio de los grandes.

—Me encanta el estilo imperio —observó Greg—. Grandes escotes, frunce bajo el busto y una caída greco-romana de película.

—No se desvíen del tema —recomendó María Nubia.

—Ay, ay ay —se disculpó Rocío—. La verdad es

que necesitamos las computadoras para organizar la obra. Así, de memoria, vamos a quedar mal.

—Es cierto —dijo Francisco—. Yo estudié un montón, pero pensé que podríamos usar los apuntes y consultar más cosas. Sé lo básico, no esperaba esta trampa.

—Trampa ninguna —se defendió María Nubia—. De cualquier forma, siempre es bueno prever cambios, la mayoría de las veces las cosas no salen como las planeamos. La inventiva se despierta ante la adversidad.

—Vean. Como no estaba muy al tanto de los pormenores —reconoció Andrés— se me ocurrió imprimir algunos datos. Podemos usarlos para no meter la pata.

—Mejor se basan en lo que tienen seguridad —recomendó María Nubia, quien al fin tenía ánimo para comer cereal seco, directamente de la caja.

—La Capitanía general de Guatemala estaba formada por las provincias de Guatemala, Chiapas, Comayagua, San Salvador, Nicaragua y Costa Rica —repasó Andrés—. En 1812, cuando gran parte de España estaba bajo gobierno francés, los liberales se organizan en defensa de la patria y logran la aprobación de la primera constitución en Cádiz. Insisto: debido a la toma de España por parte de Napoleón Bonaparte, quien pone a su hermano en el puesto de Fernando VII, comienzan los levantamientos en España y las declaraciones de independencia en varios países de Latinoamérica.

—Por ahí leí —observó Rocío— que Fernando VII era un desastre de monarca. Un tipo rastrero que incluso le mandó una carta a Napoleón pidiéndole lo reconociera como su hijo adoptivo. ¡Quería mantener el poder

aliándose con los franceses invasores!

—Lo patético —siguió leyendo Andrés de sus notas— es que cuando los españoles logran sacar a los franceses y Fernando VII vuelve a reinar, de una vez suprime las Cortes y la Constitución de Cádiz.

—El hombre era un rey, por lo tanto estaba a favor de la monarquía, mientras que la Revolución Francesa de 1789, ¡Demasiado fácil recordar el año! —aclaró entre risitas Rocío— exigía la libertad, terminar con la aristocracia y tener un gobierno con división de poderes.

—Los liberales españoles estaban entusiasmados con la constitución, donde se especificaban los derechos. Salían por las calles gritando “Viva la Constitución de Cádiz”, pero no bien pudo regresar al poder Fernando VII prohibió cualquier expresión de apoyo, por eso, en clave, gritaban ¡Viva la Pepa! —siguió Andrés.

—Perdón, perdón, perdón —interrumpió Greg—. A la Constitución de Cádiz le decían “la Pepa”, porque fue aprobada el día de San José.

—¿Y sabes por qué a los que se llaman José les dicen Pepe?— le preguntó Francisco—. Y sin esperar respuesta explicó—: En las biblias de antes, debajo de José ponían P.P. que significa “padre putativo”, es decir, se aclaraba que no era el verdadero padre de Jesús. ¡De algo me valió ir a un instituto católico!

—Yo oí que venía de Josepe —dijo Rocío.

—Continúen sin salirse del tema —insistió María Nubia.

—Sigo con el punto central —aseguró Andrés—. La firma del acta, redactada por el hondureño José Cecilio

del Valle. se realiza en el Palacio Nacional de Guatemala el 15 de septiembre de 1821. ¿La leyeron?

—¡Por supuesto! —respondieron al unísono.

—A mí me costó encontrar la original —dijo Rocío—. ¿Les pasó lo mismo?

—¿Y cómo sabías cuál era la original y cuál no? —interrumpió Greg.

—Muy fácil. En la primera versión al escribano se le enredó el orden. Debía estar muy angustiado y puso un artículo de más. Después lo corrigieron y las copias tienen dieciocho puntos.

—Aclaro que le hice algunos cambios ortográficos —admitió Andrés—. Salvo eso ¡Tengo el original!

—Yo no me fijé en ese detalle —murmuró molesto Francisco.

—No importa. El contenido es el mismo —aclaró Rocío—. ¿Qué les parece si leemos por turnos cuatro artículos para refrescar la información?

—Yo empiezo —propuso Francisco. Y con voz de prócer inició:

Acta de Independencia

*“Palacio Nacional de Guatemala,
quince de Septiembre de mil ochocientos
veintiuno.*

Siendo públicos e indudables los

deseos de independencia del Gobierno Español, que por escrito y de palabra ha manifestado el pueblo de esta capital: recibidos por el último correo diversos oficios de los Ayuntamientos Constitucionales de Ciudad Real, Comitán y Tuxtla, en que comunican haber proclamado y jurado dicha independencia y excitan a que se haga lo mismo en esta ciudad: siendo positivo que han circulado iguales oficios a otros Ayuntamientos: determinado, de acuerdo con la Excelentísima Diputación Provincial, que para tratar de asunto tan grave se reuniesen en uno de los salones de este palacio la misma Diputación Provincial, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo, los Señores individuos que disputasen la Excelentísima Audiencia Territorial, el Venerable Señor Deán y Cabildo Eclesiástico, el Excelentísimo Ayuntamiento, el M.I. Claustro, el Consulado y el M.I. Colegio de Abogados, los Prelados Regulares, Jefes y funcionarios públicos: congregados todos en el mismo salón: leídos los oficios expresados: discutido y meditado detenidamente el asunto; y

oído el clamor de Viva la Independencia, que repetía de continuo el pueblo que se veía reunido en las calles, plaza, patio, corredores y antesala de este palacio, se acordó por esta Diputación e individuos del Exmo. Ayuntamiento:

1º Que siendo la independencia del Gobierno Español la voluntad general del pueblo de Guatemala, y sin perjuicio de lo que determine sobre ella el Congreso que debe formarse, el Sr. Jefe Político lo mande publicar para prevenir las consecuencias, que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo.

2º Que desde luego se circulen oficios a las provincias, por correos extraordinarios, para que sin demora alguna se sirvan proceder a elegir Diputados o Representantes suyos y estos concurren a esta capital, a formar el Congreso que debe decidir el punto de independencia general y absoluta, y fijar en caso de acordarla, la forma de gobierno y ley fundamental que deba regir.

3° Que para facilitar el nombramiento de Diputados, se sirva hacerlo las mismas juntas electorales de provincia, que hicieron o debieron hacer las elecciones de los últimos Diputados a Cortes.

4° Que el número de estos Diputados sea en proporción de una por cada quince mil individuos, sin excluir de la ciudadanía a los originarios de África.

—Está raro. Consideran a los negros y no a los nativos —comentó Francisco.

—Creo que se refieren a los españoles originarios de África. Recuerden que todavía existía la esclavitud —acotó María Nubia antes de pasarle el documento a Rocío, quien prosiguió muy seria:

5° Que las mismas juntas electorales de provincia, teniendo presentes los últimos censos, se sirvan determinar, según esta base, el número de Diputados o Representantes que deban elegir.

6° Que en atención a la gravedad y urgencia del asunto se sirvan hacer las elecciones de modo que el día primero de marzo del año próximo de 1822 estén

reunidos en esta capital todos los Diputados.

7° Que, entre tanto, no haciéndose novedad en las autoridades establecidas, sigan éstas ejerciendo sus atribuciones respectivas, con arreglo a la Constitución, decretos y leyes hasta que el Congreso indicado determine lo que sea más justo y benéfico.

8° Que el Señor Jefe Político, Brigadier Don Gabino Gainza, continúe con el gobierno superior político y militar; y para que este tenga el carácter que parece propio de las circunstancias, se forme una Junta Provisional Consultiva, compuesta de los Señores individuos actuales de esta Diputación Provincial y de los señores Don Miguel Larreynaga Ministro de esta Audiencia. Don José del Valle Auditor de Guerra, Marqués de Aycinena, Doctor Don José Valdés, Tesorero de esta Santa Iglesia, Doctor Don Ángel María Candina, y Licenciado don Antonio Robles, Alcalde 3° constitucional: el primero por la provincia

de León, el segundo por la de Comayagua, el tercero por Quezaltenango, el cuarto por Sololá y Chimaltenango, el quinto por Sonsonate y el sexto por ciudad Real de Chiapas.

—Aquí está el error: se saltó el nueve —comentó Rocío—. Hablan de “gravedad y urgencia”, la presión era mucha y tenían que manifestar una posición. Se ve que lo hicieron a la carrera.

—Mi mamá siempre cita la frase del conde de Lampedusa: “Todo tiene que cambiar para que todo quede igual”. Noten que se repartieron los puestos entre los mismos —aportó Andrés.

—Tomá, seguí —le dijo Rocío a Greg, quien optó por una versión grotesca, utilizando un tono irónico y suspicaz:

10° Que esta Junta provisional consulte al Señor Jefe Político en todos los asuntos económicos y gubernativos dignos de su atención.

11° Que la religión católica, que hemos profesado en los siglos anteriores y profesaremos en los siglos sucesivos, se conserve pura e inalterable, manteniendo vivo el espíritu de religiosidad que

ha distinguido siempre a Guatemala, respetando a los ministros eclesiásticos seculares y regulares, y protegiéndoles en sus personas y propiedades.

12° Que se pase oficio a los dignos Prelados de las comunidades religiosas para que cooperando a la paz y sosiego, que es la primera necesidad de los pueblos cuando pasan de un gobierno a otro, dispongan que sus individuos exhorten a la fraternidad y concordia a los que están unidos en el sentimiento general de la independencia, deben estarlo también en lo demás, sofocando pasiones individuales, que dividen los ánimos y producen funestas consecuencias.

13° Que el Excelentísimo Ayuntamiento, a quien corresponde la conservación del orden y la tranquilidad, tome las medidas más activas para mantenerle imperturbable en toda esta capital y pueblos inmediatos.

—Les preocupaba que la gente se levantara contra ellos. Es evidente. Y apelan a la iglesia para mantener al pueblo tranquilo. No sé por qué me hace recordar a

algo —dijo Greg receloso, y prosiguió—: *Seguí, Andrés, nuestro compañero previsor.*

Iba a sonreír, pocas veces le decían un halago, pero como no le gustaba mostrar los frenillos, se tapó los labios con la mano y continuó:

14° Que el Sr. Jefe Político publique un manifiesto haciendo notorios a la faz de todos los sentimientos generales del pueblo, la opinión de las autoridades y corporaciones, las medidas de este Gobierno, las causas y circunstancias que lo decidieron a prestar en manos del Sr. Alcalde 1°, a pedimento del pueblo, el juramento de independencia y fidelidad al Gobierno Americano que se establezca.

15° Que igual juramento preste la Junta Provisional, el Excelentísimo Ayuntamiento, el Ilustrísimo Sr. Arzobispo, los Tribunales, Jefes políticos y militares, los Prelados regulares, sus comunidades religiosas, Jefes y empleados en las rentas, autoridades, corporaciones y tropas de las respectivas guarniciones.

16° Que el Sr. Jefe Político, de acuerdo

con el Excelentísimo Ayuntamiento, disponga la solemnidad y señale el día en que el pueblo deba hacer la proclamación y juramento expresado de independencia.

17° Que el Excelentísimo Ayuntamiento acuerde la acuñación de una medalla, que perpetúe en los siglos la memoria del día QUINCE DE SEPTIEMBRE DE MIL OCHOCIENTOS VEINTIUNO, en que se proclamó su feliz independencia.

18° Que, imprimiéndose esta acta y el manifiesto expresado, se circule a los Excelentísimos Diputados Provinciales, Ayuntamientos Constitucionales y demás autoridades eclesiásticas regulares, seculares y militar, para que siendo acordes en los mismos sentimientos que ha manifestado este pueblo, se sirvan obrar con arreglo a todo lo expuesto.

19° Que se cante, el día que designe el Sr. Jefe Político, una misa solemne de gracias, con asistencia de la Junta Provisional, de todas las autoridades,

corporaciones y jefes, haciéndose salvas de artillería y tres días de iluminación.

Firman: GABINO GAINZA—PEDRO DE ARROYAVE —JOSE MATÍAS DELGADO— JOSE MARIANO CALDERON—MANUEL ANTONIO DE MOLINA—ANTONIO DE RIVERA—MARIANO DE LARRAVE— ISIDORO DE VALLE Y CASTRICIONES— MARIANO DE AYCINENA—JOSÉ DOMINGO DIEGUEZ, SECRETARIO DEL PALACIO—MARIANO DE BELTRANERA— LORENZO DE ROMAÑA, SECRETARIO— JOSE ANTONIO DE LARRAVE.”

—En resumen: Se establece la independencia de España y se insta a enviar representantes para una reunión formal el 1 de marzo de 1822, con el objeto de decidir sobre la independencia general y la forma de gobierno —sintetizó Andrés.

—El número de diputados es uno por cada 15.000, sin incluir a los nativos.

—Ni a las mujeres —saltó Rocío.

—Lo usual en esa época —dijo María Nubia—. No olvidemos que a Olimpia de Gouges la mandaron a la guillotina por proponer la Declaración de los Derechos para las mujeres. Y eso en la Revolución Francesa, que era toda libertad, igualdad y fraternidad.

—Una cosa es la ley y otra la realidad. Como ahora —suspiró Greg—. Firmaron trece. Creí que en esa época eran más supersticiosos ¿O estaban con los pelos de punta y no se fijaron en el detalle?

—Ojo con el inicio —observó Andrés—. El artículo primero dice claramente que deben hacer una declaración antes de que el mismo pueblo se proclame independiente. ¿Por qué? Sudamérica ya se había separado de España y los levantamientos populares dirigidos por Miguel Hidalgo y José María Morelos en México daban un ejemplo a seguir. Por otro lado, los seguidores de la monarquía procuraban mantener el poder.

—Correcto. Agustín de Iturbide, quien había militado en el ejército realista, en septiembre de 1821 apoya la independencia y un año después es proclamado emperador. ¡Qué manera de ponerse dónde más caliente el sol! —dijo ceñudo Francisco, y remató—: México es el único país latinoamericano que opta por la monarquía después de la independencia de España.

—Hay que tener presente que México es poderoso y está en medio de turbulencias internas. No se sabe qué grupo va a ganar, pero sea quien fuera, el resultado es de cuidado. En ese contexto la Capitanía General de Guatemala se ve obligada a establecer posición y opta por decidir a medias dejando todo en suspenso hasta que el resto mande representantes —expuso Andrés—. Creo que más que entusiasmo por la independencia había preocupación sobre qué pasaría si no avalaban de alguna forma lo decidido en México.

—¡La confusión de los tiempos! —exclamó Rocío—. No es de extrañar que Nicaragua y la más lejana Costa Rica —a donde el acta llega hasta octubre—, decidieran

esperar, en sus palabras, hasta que “se despejen los nublados del día”.

—Aunque el presbítero José Matías Delgado es uno de los firmantes del acta, en El Salvador no aceptaban de buen grado seguir bajo ningún imperio, sea guatemalteco o mexicano. Eso no era jugando, ambos enviaron tropas para asegurar la sumisión y, considerando las circunstancias, Delgado parte a Estados Unidos para ofrecer la anexión de El Salvador —sostuvo Andrés.

—Por algo es el único país centroamericano con el dólar como moneda —se carcajeó Greg.

—Queda claro que —retomó el tema Francisco—, al firmar el acta no estaba decidida la forma de gobierno que querían tener. Como se dijo: la discusión en esa época era entre monarquía y república, pero unos empezaban con una opción y en el trayecto cambiaban de idea. El mismo Napoleón hizo eso: primero es general republicano, ferviente de la división de poderes, y cuando está arriba se convierte en emperador francés y rey de Italia.

—Su principal aporte, nos dijo la profe de Historia —agregó Andrés—, es que impulsó el fin del feudalismo. El Código Napoleónico, con derecho al voto universal —por supuesto de los hombres—, y a la educación, se convirtió en un modelo para las repúblicas. ¡Ah! Y en esa época plantear la libertad de culto era revolucionario. Aunque, es cierto, al hombre se le subió el poder a la cabeza y lo que escribía con la mano lo borraba con el codo. Y no solo lo hacía él. En las vacaciones estuve leyendo *El siglo de las luces*. La imagen que me quedó fue que el mismo barco que transportó al Caribe la declaración de los derechos del hombre y la libertad de los esclavos, trajo la guillotina —lamentó Andrés.

—Con solo pensar en María Antonieta me da dolor de cabeza —suspiró María Nubia.

—Si te duele es porque tenés cabeza —dijo Greg—. Y después reaccionó—: Perdón. Es lo que decía mi abuelita cuando no queríamos ir a la escuela y buscábamos una excusa. Ella siempre trataba de dar el toque humorístico. Me acuerdo de un chiste que le gustaba repetir. Estaba una señora mayor con una amiga y le pregunta:

—¿Cómo se llamaba ese alemán que me hizo perder la cabeza?

—Alzheimer —le contesta la otra.

—Es divertida tu abue —dijo Rocío.

—Murió de COVID el año pasado y me hace falta —compartió emocionado—. Elena era la mamá de mi tata y de chiquito se sentaba en mi cama y en lugar de contar un cuento me leía poesías. Los papás de ella eran republicanos, llegaron aquí por la guerra civil y desde muy pequeña le enseñaron a mantener el humor recitando poemas. Aunque a veces servían para vencer la rabia.

—¿Cómo qué? —preguntó Francisco.

*En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.*

*Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.*

Miguel Hernández. Poeta —le respondió Greg.

—¡Qué imagen más terrible! —suspiró Rocío—. Me escalofrió toda por dentro. Y eso que este clima es como una olla de presión.

Omitir etapas en un proceso grupal tiene sus consecuencias —meditaba María Nubia—. Se había visto obligada a comenzar de manera abrupta y, al no seguir los pasos de rigor, frustró la posibilidad de obtener un ambiente propicio que facilitara la integración. El mayor peligro de trabajar con un grupo de conocidos es la persistencia de facciones, en cambio, al tratar con desconocidos, se impone establecer vínculos de confianza y ésta no se logra hablando de aspectos teóricos sino adentrándose a una mínima intimidad.

Greg —querido Gregori— lo había captado y, de manera intuitiva, procuraba llenar ese vacío.

Las técnicas indicaban que, para establecer sinergia, primero debían romper el hielo hasta quitarse el bozal y poder expresarse. Una lluvia de ideas permitía superar el miedo al rechazo y crear una bolsa de saberes conjuntos. La pecera —valioso instrumento para incentivar los espejos internos y externos— hubiera ayudado a la retroalimentación. Nada de eso había podido hacer. Ahora se presentaba la oportunidad de activar el yo, o, dicho de otra manera: bucear por perlas.

V. El día de la independencia

La intervención de Greg indicó el momento en el que el compañerismo puede pasar del vínculo superficial a la amistad. María Nubia miró el reloj, se habían levantado tan temprano que ni siquiera eran las nueve de la mañana y contaban con tiempo suficiente para establecer una comunicación más personal e impulsar los lazos afectivos. No olvidaba el aspecto utilitario de su especialidad, después de todo, en los trabajos grupales, la interacción fluida constituía la base del buen rendimiento.

—A ver —dijo la facilitadora—. Vamos a rescatar alguna cosa significativa, algo que les haya impactado personalmente. Entre todo lo que encontraron sobre el tema de la independencia ¿hubo algo que les llamó más la atención?

—Poco se habla de las relaciones de pareja —observó Rocío— pero está allí en todo momento como lo demuestra la triste historia del hijo de María Dolores Bedoya. Su esposo, Pedro Molina Mazariegos, fue un ferviente luchador por la independencia, y, años después, en 1842, acompañó a Morazán en el viaje a Costa Rica. Con ellos iba su hijo, el teniente Manuel Ángel Molina, quien gracias al flechazo de Cupido se enamora en Nicoya de Josefa Elizondo. Rondó mucho a la joven e incluso se iban a casar, cuando antes de la boda la chica vuelve a un antiguo amor y se escapa dejándolo, como quien dice, en la puerta de la iglesia. El teniente no pudo soportar el desaire, persiguió al novio y lo mató.

—“Si no es mía, no es de nadie”, eso alegan— dijo Andrés y Greg continuó la idea imitando a Sech:

Ahora todo cambió, le toca a ella

Mari y una botella

Gracias al maltrato se puso bella

ahora tú la quiere´ y no te quiere ella.

—Ahí no termina el asunto —siguió Rocío—. El teniente Molina Bedoya, enfurecido, decide atacar el cuartel que había protegido al ex de su novia. Ingresaba violentamente con sus tropas, mata al comandante del puerto de Puntarenas y toma su lugar. El poder se le había ido a la cabeza y al enterarse Morazán de que pretendía entregar Guanacaste a Nicaragua, a pesar de los ruegos de su padre, ordena fusilarlo.

—Eran épocas de decisiones tajantes. No había tantas vueltas como ahora —opinó Francisco.

—Yo también tengo algo que comentar —intervino Andrés— Y aclaro que no me voy a referir al bicentenario. En realidad quería algo más, un enfoque distinto del histórico, que suena muy bien, pero al cabo parece un juego antiguo de soldaditos de plomo, que, dicen, son altamente malos para la salud de los niños. En fin, que cada quien se divierta con lo que tiene. Vuelvo al tema: me puse a ver una película que justo se llama “ Día de la Independencia”, pero era la de arriba —dijo señalando con el dedo al cielo—. El 4 de julio.

—¿Y qué tal? —preguntó Francisco.

—Es viejona pero bastante entretenida. Ganó el Óscar por efectos especiales y me gustó la parte en que los aviones atacan a la nave extraterrestre que quiere invadir la tierra. Es enorme y cuesta bastante desintegrarla.

—¿Ganaron los alienígenas o los terrícolas? —preguntó Greg con sorna.

—Decime: ¿al final los héroes son recibidos por las mujeres y los niños que corren a abrazarlos? —preguntó Rocío en la misma onda—. Parece un clásico ¿por qué te gustó?

—Es que me dejó pensando —respondió Andrés—. Todos se veían tan felices celebrando el 4 de julio. En mi país el desfile es más para cumplir que para estar contentos. Hasta puedo decir que nadie se siente orgulloso ni salta de alegría el 15 de septiembre.

—Para eso tenemos el fútbol, chico —bromeó Greg.

—Tal vez sea porque eran solo 13 colonias y a partir de la independencia fueron uniendo más y más hasta llegar a 50. En cambio, nosotros fuimos disminuyendo más y más —comentó triste. De alguna forma intuía que hablar de historia y sentirse afectado por datos irrelevantes era su manera de echar tierra sobre lo que conocía y evitaba enfrentar. Borró la mente de imágenes familiares y remató la idea—: Al final de la película queda claro que el 4 de julio es el día de la independencia de todo el planeta.

—Más fácil que acordarse de tantas fechas —dijo, regocijado, Francisco.

—Sip, pero quedamos con menos feriados. Yo al menos siempre voy con mi familia a comer chatarra en la embajada —recordó Greg.

—Buen lugar para ligar —recordó Francisco, echando besos al aire—. Les cuento mi experiencia, o tal vez deba decir “método de supervivencia”, por si les sirve. Esperé bien tarde a que llegara mi tata, porque

tanto él como mi mama debían firmar el consentimiento. Ella estaba ya dormida, el pobre entró a su oficina con una cara de agotamiento que me dio pena. Cuando le conté de la beca se puso contento, firmó y de una vez me devolvió el formulario. Lo malo es que en eso va a la biblioteca, saca el libro más gordo y viejo que encuentra y me lo da diciendo: “Esto te puede ayudar”. Yo tenía mil cosas qué hacer, igual se lo agradecí y me preparé como debía, porque de fijo, en la próxima cena que llegara a la casa me iba a preguntar. Seguro cree que es una motivación, o le gusta ponerse en plan erudito.

—¿Y lo leíste? —preguntó Andrés.

—Si tuviera toda la vida por delante, con gusto lo hubiera hecho. O perdido en una isla desierta capaz me daban ganas. Pero yo estaba centrado en elaborar el video juego de las batallas latinoamericanas y no podía perder tiempo en otras cosas. Si algo bueno tengo es que cuando encuentro algo interesante me concentro y no dejo que me desvíen. Entonces fui por el lado usual: buscar el resumen. Les cuento que tuve que ver varios, porque la cosa era tan complicada que aparecían mínimo cincuenta páginas. Al final encontré uno más corto, y, como no me pude aprender ni un nombre ruso la cosa estaba brava. El viernes pasado, tal vez porque sabía que me iba al día siguiente, avisa que va a cenar con nosotros. Por dicha mi mama empezó a hablar de no sé qué programa para ayudar a los pobres y que la caridad aquí y la caridad allá. Mis hermanas aprovecharon para pedir plata y hacer su lista de vestuario para las vacaciones y yo estaba cruzando los dedos para que se explayaran porque no me acordaba ni un nombre ruso para rodarlo. Para distraer les empecé a preguntar todo tipo de cosas y justo cuando sirven el *cheese cake* me mira y pregunta el muy jodido —¿Qué te pareció el libro?

Francisco se agarró la cabeza y volteó los ojos repetidas veces. El resto estaba en ascuas: —¡Pulgar abajo! —se atrevió a deducir Andrés.

—Por eso lo cuento, niños, para que aprendan —expuso contento—. Le di vuelta a la tortilla. Muy tranquilo repliqué: “La parte más interesante es que la aristocracia rusa no sabía su propio idioma. Hablaban en francés. De manera que podían negociar con Napoleón a su mismo nivel. El resto de amores y pleitos es secundario” y mirándolo a los ojos le pregunté: “¿Opinás de otra forma?”. Je, je. Si alguna vez leyó ese libro, lo debía tener bien olvidado, así que dije: —“Con permiso, tengo que preparar la maleta”. Y me levanté airoso.

—Los papás no tienen idea de los temas actuales y prefieren hacernos preguntas en lugar de conversar. Tienen miedo de que, como los libros, terminen olvidados, juntando polvo —reflexionó Andrés.

—No entienden que el mundo sigue andando y se quedaron atrás —opinó Greg.

—En el fondo lo saben —dijo Rocío—. Por eso les gusta que viajemos a los Estados, donde podemos aprender lo más avanzado.

—Pues sí —admitió María Nubia—. Lo importante es progresar, desarrollarse, Y ustedes no pueden perder esta oportunidad.

—Es lo que pensé —acotó Francisco—. ¡Imagínese que me iba a quedar leyendo *La guerra y la Paz* cuando me tenía que preparar para esto! Lo que quiero decir —explicó dirigiéndose a María Nubia— es que en la vida hay que elegir y no dejarse sacar del camino. Hay gente que no sabe decir que no y la llevan de aquí para allá

como una marioneta. A veces hay que plantarse y si no se puede enfrentar, buscar la vuelta. Eso es lo que aprendí.

—Greg ¿querías agregar algo? —le preguntó María Nubia al verlo pensativo.

—Mi filosofía —dijo sonriente— es que todas las cosas tienen su lado bueno y hasta lo más serio puede ser divertido. Vean a los próceres, ahora que Francisco habló de que sus hermanas se preocupaban por la moda éstos no se quedaban atrás. Cuando mamá me pidió opinión sobre la tela para la ropa del cura me di cuenta de que los próceres eran unos coquetos: zapatitos de punta, hebillas, blusas con encajes, pantalones manganos con bordes decorativos, fajas doradas, chaquetas con bordados y broches. En fin, para la época era el equivalente a una pasarela. Visto con mayor cuidado tal dedicación indica que el vestuario es una forma de mostrar el poder y decir: “yo mando aquí”. Aclaro: yo no estoy de acuerdo. Me da náuseas ver a los hombres trajeados, como si no pudieran usar más que ese uniforme —y, desechando con un ademán la idea, se paró para resumir su posición con ritmo de rap:

Detrás del traje hay un mensaje

Y también mucha tela que cortar

Dicen que somos monos sin pelo

No necesitamos ropa para amar

Me basta subir a una tabla de surf

Para internarme con vos en alta mar.

—¡Otra! ¡Otra! —gritó el grupo aplaudiendo. Justo

cuando la fiesta comenzaba, María Nubia observó que se hacía tarde y necesitaban organizar la presentación.

—Pueden dar una pequeña vuelta para mover las piernas, pero los espero en quince minutos con todo listo para comenzar.

VI. El teatro

Andrés, el único con materiales escritos, pasó a convertirse en el centro de la reunión. Usualmente prefería pasar desapercibido, sin embargo, en esas circunstancias, le ayudaba a olvidar el momento en que, el día antes del viaje, tomó la cartera de su madre para buscar el certificado de la prueba viral que todavía solicitaban en Migración. Durante el almuerzo ella se había quejado de una migraña terrible y no quiso molestarla. Le costó encontrar el sobre del laboratorio, doblado varias veces sin ningún cuidado y, cuando lo abrió, el resultado saltó a la vista: “Biopsia positiva. Cáncer de seno Etapa IV”. Eso decía. Navegando en Internet aprendió muchas palabras. Metástasis era la que le dolía más.

Podía hablar y hablar, pero no deseaba compartir el ánimo festivo, de manera que en lugar de sumarse al grupo se quedó en el palenque con María Nubia, quien

seguía buscando las computadoras entre las cajas.

El resto regresó pronto, con unas ganas locas de calmar la sed con los refrescos que bebieron directamente de la botella. —Apenas a cincuenta metros la selva se cierra, densa. Los árboles tapan el sol y en las copas se oían rugir los jaguares. Casi nos agarran —contó Greg. Más calmados, se sentaron en los troncos y, como buenos estudiantes, escucharon a Andrés:

—El acta de la independencia se firma el 15 de septiembre de 1821. Los delegados oficiales eran 53, y de ellos 13 eran sacerdotes y 10 militares. Además de los asistentes citados, en la antesala del Real Palacio de Guatemala se encontraba gente influyente como el presbítero Juan José de Aycinena y Piñol, tercer marqués de Aycinena.

—¡Un influencer super trendy con miles de seguidores! —aportó Greg.

Rocío, acomodándose una hebra del pelo que le había caído sobre los ojos, comentó: —La presencia de un marqués prueba lo que hablamos antes: era monárquico, pero estaba a favor de la independencia.

—De la independencia para poder comerciar con libertad —dejó claro Francisco.

—Mejor dicho: sin pagar impuestos —corrigió Greg.

—Pues sí —dijo Franc—. En esto de las libertades parece ser que el tema del comercio es central.

—Eso fue la gota que derramó el vaso en la independencia de Estados Unidos —aportó Greg—. Cuando estuve de intercambio, en el colegio de Rhode Island organizaron una buena fiesta recordando el

Boston Tea Party. ¡Buena borrachera me pegué ese día inolvidable!

—En el lobby —prosiguió leyendo Andrés—, además del marqués, también estaban José Francisco Barrundia y Cepeda, Pedro Molina Mazariegos, Basilio Porras y María Dolores Bedoya.

—Ese es tu personaje. La esposa de Molina Mazariegos. No hay otra —susurró Francisco a Rocío.

—Me revienta que hablen de una mujer con relación al esposo. Y me revienta más que usen el “de” —dijo Rocío de malos modos—. María Dolores bien podría haberse quedado en casa cuidando a los hijos. Eso era lo esperado y muy bien visto en la época. Ella no siguió la vía usual, más bien se apartó de la tradición, quebró esquemas porque creía en un gobierno republicano y arengaba en las manifestaciones por las calles de Guatemala. Los documentos que leí indican que fue a hablar con las mujeres y había muchas presionando para que aprobaran el acta. Tenían música de marimba, gritaban y tiraban petardos. El escándalo hizo temer a los de adentro y tuvieron que apurarse para calmar los ánimos.

—Si te la tirás de feminista, me vas a agradecer el vestido largo que pedí prestado a mi hermana. La encarnás y disfrutás —dijo, socarrón, Francisco.

—Basilio Porras también tenía conexión con los barrios populares —intervino Greg, para bajar la tensión—. Era de los pocos de escasos recursos, y por eso casi ni se menciona su nombre en los documentos históricos. Todos los otros terminaron en puestos altos, como presidentes y jefes supremos.

—Molina era médico, catedrático de la Real Universidad de San Carlos y creador de un periódico en el que también escribía Barrundia. Éste era militar, pero ambos, se puede decir, ejercieron el periodismo —expuso Andrés—. Eran parte de los liberales y por eso escribían artículos y andaban por todos lados propagando la importancia de la igualdad y la libertad. La difusión de ideas, como ahora, fue fundamental, y cada bando contaba con un periódico: Pedro Molina y José Francisco Barrundia publicaban en el *Editor Constitucional* y los conservadores en *El amigo de la Patria*, dirigido por José Cecilio del Valle . Entre ellos se ponían sobrenombres insultantes, a los liberales los apodaban “cacos” y a su vez éstos llamaban a los monárquicos “serviles”.

—También les decían “gases”. Y no voy a aclarar por qué —dijo Greg.

—Miren —intervino María Nubia—. Ustedes pueden hacer lo que quieran, pero me parece que la actividad queda muy poco creativa si solo recitan el acta de la independencia. ¿Es esa la idea?

Se miraron entre sí y Francisco comenzó a hablar:

—Mi propuesta es un video juego entre realistas e independentistas. Obviamente les va a gustar como forma innovadora de usar la tecnología para estudiar la historia. Se puede escoger la época y tomar un lugar en la lucha. Tengo cuatro alternativas:

1780 Levantamiento de Tupac Amaru. Primer movimiento independentista y anticolonial en Perú. Declara el fin de la explotación indígena y de la esclavitud negra. La parte contraria son los blancos y la iglesia, que lo excomulgó.

1789 Revolución Francesa. La meta es enviar a la guillotina la mayor cantidad de aristócratas. María Antonieta y Luis XVI ganan puntos extra.

1810-30. Guerras de la Independencia. Levantamiento de Bolívar y San Martín contra las fuerzas reales. Batallas de Boyacá/Carabobo y Chacabuco/ Maipú.

1856. Invasión de William Walker y los filibusteros. La meta es el control del territorio. Se gana al fusilar a William Walker.

—Muy interesante —dijo María Nubia. Pero las instrucciones indican que debe ser una tarea conjunta donde se vea el desempeño.

—Investigué sobre el armamento utilizado —insistió Francisco—. Al inicio se puede elegir entre sables, espadas, cuchillas, hachas, pistolas, carabinas Baker, fusiles Land Pattern, cañones y todo tipo de antorchas. ¡Ah! Y además está la alternativa de escoger caballos vivos o muertos,

—¿Quién va a querer un caballo muerto? —preguntó Greg entre risitas sarcásticas.

—Es para la llamada guerra biológica —explicó, paciente, Francisco—. Se tiraban a los ríos para contaminarlos.

—El punto flaco es que no incluye la revuelta centroamericana, que es el requisito central —observó Rocío.

—Es un video juego, tiene que haber guerra entre buenos y malos. ¿Cómo voy a incluir a Centroamérica si no hubo batallas?

—Las balas vinieron después del Acta —comentó Greg, socarrón.

—Francisco ha señalado aspectos importantes —intervino María Nubia con la meta de no desmotivar al estudiante—. Es evidente que estudió el medio militar y su propuesta es indudablemente valiosa para otro momento. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que las instrucciones son claras en cuanto a que cada estudiante tiene que participar para que puedan evaluar su intervención.

—Se te fue la pajarita —reiteró Rocío—. Claramente especificaron que nos iban a filmar, de manera que ¿cómo crees que lo iban a hacer con un videojuego?

Francisco revoleó los ojos despreciativo —Obvio, chica. Le mandábamos un *link* para que aprecien el conocimiento informático y la forma de integración de la base de datos. Con suerte nos reclutan en el *Silicon Valley*.

María Nubia percibió la cara de disgusto de Francisco y se apresuró a mejorar el ambiente.

—La propuesta de Francisco es muy interesante, pero no tiene sentido seguir discutiéndola por dos razones: 1. No incluye Centroamérica y 2. No tenemos las computadoras.

—Dejemos de perder el tiempo —dijo Andrés, más que nada para proseguir con su tema—. Yo tengo los datos básicos suficientes para distribuir los personajes y presentar una obra en dos actos.

Acto I: España y la invasión de Napoleón. El traje lo alquilé en La Magia del Disfraz.

Acto II. La firma del acta. Para los próceres tengo un *smoking*, unos manganos con medias blancas y con la bufanda amarilla que me prestó un amigo hacemos la faja.

—Me adhiero al proyecto— votó Rocío levantando la mano, y prosiguió—. Como dice mi profe: “La historia es un *fluir*, todo está interrelacionado. Por eso hay que saber de dónde vienen los hechos, cómo están y hacia donde nos dirigen”. Yo pensaba seguir con la invasión de William Walker y la lucha contra él. También mandé a hacer la chaqueta con botones dorados y yo solita pude coser el coqueto lazo que aparece en los retratos,

—¿Y Greg? ¿Qué tenías en mente? —preguntó María Nubia, para que no quedara aislado.

—Lo mismo, pero al revés —precisó Greg—. En lugar de partir por las fechas propongo centrarnos en el lugar. En otras palabras: cambiar el tiempo por el espacio. Es fácil dividir el escenario en tres zonas, que es lo que aconteció en realidad ese 15 de septiembre de 1821. A la derecha, la zona de representantes — los que estaban adentro—, al centro, los personajes influyentes que consultaban a cada rato, y en la calle la gente común y corriente, la mayoría republicana. Entre estos grupos había comunicación permanente, Mariano de Aycinena, conservador, le informaba cada paso a su sobrino: Juan José Aycinena y Piñol. Pedro Molina Mazariegos, liberal, también daba datos a sus amigos reunidos afuera, y sobre todo su esposa, María Dolores Bedoya, se destaca por ser la primera en gritar: “¡Viva la independencia!”, segundos después de firmada el Acta.

—Solo somos cuatro —recordó Francisco, todavía amoscado.

—Lo importante es encontrar personajes claves —insistió Greg—. Yo escojo la zona central. Es más, mi vestimenta es parecida a la del cura Aycinena y me aprendí las líneas de memoria.

—Empecemos con lo que ya está hecho —propuso María Nubia, satisfecha porque el producto estaba tomando forma.

Greg sacó una peluca blanca, chaqueta de terciopelo borgoña y medias claras a media pierna, y comenzó a acariciar a todos en la cabeza.

—Ustedes, pobres diablos, son el pueblo famélico que debe agradecer mi benevolencia y caridad —suspiró un momento antes de continuar y, mirando a lo lejos, recordó: Soy el fundador de la dinastía, defensor del orden establecido, abanderado de la aristocracia y defensor de la Santa Madre Iglesia. Mi nombre es Juan Fermín de Aycinena e Irigoyen, conocido como el Marqués de Aycinena, dueño de vastos territorios y jefe supremo de un pueblo que agradece mis buenos oficios.

En ese momento se dirigió a Francisco y tomándolo del brazo lo presentó:

—Es un gusto que conozcan a mi hijo José Alejandro de Aycinena y Carrillo. Éste joven hizo honor a su apellido como rector de la Real y Pontificia Universidad de San Carlos de Borromeo, fue alcalde de la Ciudad de Guatemala y abogado de la Real Audiencia. Todos sus cargos tuvieron amplio reconocimiento en El Salvador, donde fue gobernador político y militar de la Intendencia de San Salvador. Cuantiosas alabanzas ha recibido porque, con el grado de coronel, ganó numerosas batallas sobre los sublevados contra la Corona Española. Desde luego, siempre estuvimos en contra de los liberales,

deplorables engraidos que cuestionan el orden natural de las cosas. La sangre azul corre por nuestras venas y como “nobleza obliga”, muchos siglos hemos regido y seguiremos rigiendo el destino de Guatemala, a veces con nuestro hidalgo nombre y en ocasiones detrás del trono —señaló con un guiño—. Permitidme introducir a un pariente que aparece en todos los libros de historia, más ahora cuando se recuerda el Bicentenario de la firma del Acta de la Independencia.

En ese instante, Greg se dio cuenta de que faltaba algo importante en su indumentaria y lo resolvió cruzando dos palos sobre el pecho antes de proseguir.

—Ya habéis oído mi nombre, puesto que estuve en la firma del Acta de la Independencia. Por supuesto, soy el tercer marqués de Aycinena, presbítero Juan José Aycinena y Piñol. A pesar de la lejanía conservé el título de obispo de Trajanópolis. Entendido es que un hombre de mi envergadura, si desea aprender, no puede ser obligado a asistir a clases como el resto, dado que muchos libros y agradables contactos intelectuales atesoró durante siglos mi familia. Mi alta calidad académica me hizo merecedor de la rectoría de la Universidad de San Carlos de 1825 a 1829 y de 1840 a 1865. A pesar de las críticas de los liberales nadie puede negar mis proyectos innovadores: puse todo el esfuerzo para que en 1842 el gobierno de Guatemala diera una muy beneficiosa concesión a la Compañía Belga de Colonización. La idea era poblar de católicos educados la región de Izabal, con el derecho a construir un puerto en Santo Tomás de Castilla. Tristemente la jungla los diezmó sin mayor éxito y así terminó la ilusión de prosperidad en la zona.

Greg tomó un trago del refresco antes de continuar—: Este vino proviene directamente de los viñedos familiares en España. Si os portáis bien os convidaré,

pero prosigamos con mis logros, los cuales son parte del progreso centroamericano. ¿Recuerdan que también logré, en 1854, el Concordato con el Vaticano? Inicia otorgando la educación del pueblo guatemalteco a las órdenes regulares de la iglesia católica, se compromete a respetar las propiedades y los monasterios eclesiásticos, autoriza el diezmo obligatorio y permite que los obispos cuiden del pueblo censurando todo lo que se publique en el país. Estas medidas aseguran la salvación eterna —aseguró elevando los ojos al cielo— pues, como dice la Biblia, la mano de Dios dirige a los gobernantes.

Con esta frase, Greg, hizo una reverencia y agradeció los aplausos del público.

—Es conocido que la familia Aycinena contaba con poder económico aliado al poder político, por algo le dieron una parcela en el centro de la ciudad de Guatemala, casi a la par de la iglesia y del Palacio Real —intervino Francisco—. Pero, apreciado compañero, el tiempo utilizado es excesivo, hay que dar espacio a los demás.

—Con el mayor gusto —replicó Greg—. Propongo que Francisco haga de Gabino Gaínza, quien era el jefe político superior de la Provincia de Guatemala y sigue en el gobierno de manera interina después de la firma del acta. Como contraparte Andrés puede asumir el papel de Pedro Molina Mazariegos, firme defensor de las ideas republicanas.

—Me parece bien —aceptó Andrés—. Tengo suficiente material para plantear su posición.

Por su parte, Francisco no estaba conforme. —La posición monárquica está bien representada por Greg. No se necesita más. Yo puedo representar a

José Cecilio Díaz del Valle, quien se enfrentó muchas veces a Molina Mazariegos . Es un hombre educado adepto a las ideas conservadoras. Él dio forma al acta de la independencia y en la redacción se observa que no hay una ruptura inmediata con España, como querían los independentistas, porque creía que Centro América no había alcanzado las condiciones para auto gobernarse y se necesitaba imponer un avance pausado y conciliatorio. Es un hombre que analiza la situación y cuando en noviembre de 1821 la Junta Provisional recibe una propuesta de Agustín de Iturbide en la cual insta a ser parte del imperio mexicano, Valle sorprende manifestándose en contra. En ese momento se despliegan dos grupos: los independentistas y los anexionistas, éstos con el apoyo de los conservadores. No se trata de una posición teórica, sino bélica: con la excusa de defender a Guatemala frente a una posible invasión de potencias extranjeras, se despliegan tropas militares mexicanas en la frontera. Escuchen —solicitó Francisco—. Voy a terminar con un discurso dramático, como era la costumbre del prócer. —Hijos míos —declaró poniéndose una chaqueta oscura—. A pesar de haber sido contratado por políticos que me exigieron lealtad, en el fondo soy un hombre de principios y si algo deploro de corazón es que después de haberseme solicitado el apoyo para elaborar la constitución mexicana, el odioso Iturbide me metiera preso por no acatar sus órdenes. Y, más aún sufrí al no poderme negar al cargo de Secretario de Relaciones Exteriores de ese funesto déspota. Pero siempre, con la frente en alto defendí la independencia de Guatemala. ¡Eso me lo reconoce la posteridad!

—Lo que no olvidamos, señor Del Valle, es que usted no tuvo fe en el pueblo. Varias veces le oí decir que carecía de preparación como para aspirar a una república —replicó vehemente Andrés—. ¡Siempre el pueblo es

mejor que tener que aguantar a un rey absolutista! Los liberales creemos en la república, donde la autoridad es compartida y hay división de poderes. En esta forma moderna de gobierno quien legisla es diferente al que hace cumplir la ley y los jueces deben tratar a todos con igualdad, haciendo valer los derechos establecidos en la constitución, documento central del pacto social. Porque, señores conservadores que pretenden mantenernos en la oscuridad, nadie debe poner sus botines sobre otros. Somos iguales. La esclavitud es cosa del pasado y también las mujeres merecen la libre expresión de sus ideas. El señor Del Valle afirma que nuestro pueblo no está capacitado para votar ni tener una república. ¿Por qué? Porque no les permiten estudiar y la ignorancia lleva a la sumisión. El pueblo debe educarse de manera abierta y laica, sin influencia religiosa ni restricciones. Así podrá enarbolar la constitución frente a cualquier afrenta a su dignidad. ¡Es hora de ser libres! ¡Es hora de declarar nuestra independencia!

—Muy bien, muy bien —aplaudió María Nubia.

—¿Y qué? ¿Vos no querés aplaudir a tu marido?
—preguntó Francisco a Rocío.

—¿De dónde sacás que voy a presentar a María Dolores Bedoya? Hay más mujeres que ella y yo escogí a María Josefa García Granados.

—¿Y esa de dónde salió? —insistió Francisco—. La única que aparece es la esposa de Molina Mazariegos.

—¡Ya te dije que las mujeres no son parte de los maridos! ¡Su nombre es María Dolores Bedoya! —gruñó Rocío—. Yo no la estoy desechando, aclaro, fue una mujer destacada, pero también rescato la labor política de otra.

—¿Nos podés explicar tu parte? —intervino María Nubia deseosa de aclarar las intervenciones, porque, presumía, la evaluación iba a considerar también el desempeño individual.

—Incluir a María Josefa García Granados aporta una visión distinta. Ella, como parte del ala conservadora, produce un balance con la posición revolucionaria de María Dolores. Pepita —así le decían— llegó a Guatemala desde España debido a la invasión napoleónica. Amaba las tertulias y desde antes de 1821 participó en reuniones con intelectuales y escritores. En la época de la firma del acta tenía veinticinco años y escribía poesía política, utilizando este arte como puñal sangriento para atacar a los cabecillas liberales. No le pasaron por alto el desplante ni ser parte de una familia prominente, a la que no todo le fue entre vino y rosas, como parece creer Greg. En 1829 los Aycinena fueron expulsados de Centro América por Francisco Morazán.

—Y la tal Pepita, ¿qué hizo para ser incluida en nuestra obra? —preguntó Andrés.

—Tiempo al tiempo. Primero debo explicar que, dado el machismo persistente hasta hoy, —aseveró Rocío tirando una indirecta— Pepita debió utilizar el seudónimo “Juan de las Viñas” en su producción literaria. Vean qué injusticia: la trataban como si fuera nadie para reconocerle méritos, pero le endilgaban los castigos: simplemente por relacionarse con los Aycinena tuvo que huir a Chiapas donde se fue a vivir con su hermano Miguel. Se puede decir que pasó del máximo lujo a la miseria y, a pesar de las penalidades, siguió escribiendo poemas, incluso una obra de teatro en verso donde criticó la vida política de Guatemala. Muy conocido es el *Boletín del Cólera Morbus*, en el que se burla de las medidas para enfrentar la epidemia. Incluso insinúa que

los médicos no saben qué remedio usar y en el apuro por deshacerse de los cuerpos entierran dos vivos de cada diez sepultados. Su gran compinche fue José Batres Montufar. Juntos escribían poesías cuestionadoras del recato sexual—contó Rocío con entusiasmo—. Este es un ejemplo que aprendí de memoria:

Tú, sexo embustero y desaseado,

¿en qué empleas la flor que Dios te ha dado?

Vírgenes tontas, con vosotras hablo,

no sois ni para Dios ni para el Diablo.

—¿Eso escribió en esa época? ¡Nunca lo hubiera imaginado! —exclamó Greg.

—Eso y mucho más —dijo Rocío—. Como era costumbre en el siglo XIX, le fascinaba el espiritismo. Se cuenta que en 1844 realizó un pacto con José: el primero que falleciera debía volver para declarar si en realidad existía el infierno. Dice la leyenda que él cumplió. Un día, entre dormida y despierta oyó que la llamaban “Pepita, Pepita” y después una voz le dijo “Sí hay infierno, Pepita”. ¿Se imaginan el susto? Una mujer como ella influía sobre las creencias. La labor de las tertulias fue fundamental, se puede decir que Pepita era una *influencer*.

—Es evidente que estudiaron el momento histórico —reconoció María Nubia—. Ahora es tiempo de programar la función.

—¿Hay que hacer un guion? —preguntó Andrés.

—Lo importante es tener claridad sobre la época. Reconozco que sin computadoras va a ser difícil, pero

no se preocupen, yo puedo explicar las circunstancias a los evaluadores, estoy segura de que entenderán. Consideren que un aspecto relevante es la creatividad y el efecto no es fluido si leen los párrafos; mejor improvisen a partir de las ideas principales.

—Concretemos, entonces —propuso Andrés—. Podemos empezar con José del Valle, dirigente reconocido que se encuentra en el salón principal.

—Me lo imagino nervioso, con demasiadas responsabilidades: le toca redactar el acta de manera que sea aceptable para todos. Por eso se salta un número —recordó Greg.

—Yo le voy a dar la nota adecuada, porque esto no es una comedia de enredos sino un discurso solemne —intervino Francisco.

—Yo le respondo a Valle y lo dejo callado con la claridad de la ilustración —aseguró Andrés.

—Pensándolo bien, acepto la propuesta de Francisco —anunció Rocío—. Cuando Molina finaliza aplaudo a más no poder y hasta me atrevo a inventar alguna porra.

—Bueno, bueno. No se exalten ni levanten los ánimos porque sigo yo con el curita —dijo Greg.

—Recordá que no tenés que hacer la presentación de toda la familia. Con decir que los Aycinena eran poderosos, basta y sobra —puntualizó Francisco—. Con tantos Aycinena se me hace un enredo.

—El que firma es Mariano y el que está en la antesala es el presbítero Juan José de Aycinena y Piñol. Debía ser el que pasaba los chismes —acotó Greg.

—En ese preciso instante entro yo —dijo Rocío—. Pepita está en una tertulia con nobles caballeros. Su casa queda a un costado del Palacio Nacional y por la vía del rumor se va enterando de lo que pasa adentro. Eso sí, no bien termino con la exposición me pongo una capa y represento también a María Dolores. La firma del acta debe necesariamente incluir el revuelo que se estaba dando afuera.

—¿Dos papeles vas a tener? —preguntó Francisco—. No me parece.

—Son tres hombres y dos mujeres. Vean que les dejo la mayoría —refunfuñó Rocío—. Desde el punto de vista histórico si hay una monárquica tiene que haber una republicana.

—Disculpá —dijo Andrés—. Yo todavía no entiendo el papel de esa Pepita. Digo, para la firma del acta. Porque todo eso del espiritismo, por más interesante que sea, no tiene relación directa con el tema.

—Veamos —explicó Rocío—. No todo sucede en el mismo lugar, pero influye. En este caso apelo a dos aspectos, las tertulias a las que asistía Pepita, famosas por su poder en la divulgación de noticias.

—Verdaderas y *fake news* —intervino Andrés—. Las tertulias eran el Facebook de la época.

—Asistir a misa era el Tinder —bromeó Greg.

—Pues sí —aceptó Rocío—. En el fondo se trata del llamado “poder detrás del trono”.

—Vaya, vaya Parece que tenés bien incorporados los términos monárquicos —ironizó Francisco.

—Deben estar incorporados —se defendió Rocío—, puesto que sin ellos no se entiende la discusión de 1821. El segundo punto es que con Pepita incluyo al arte como forma de impulsar ideas. ¡Ella me convenció con su poesía erótico-política!

—¿Cómo qué? Danos un ejemplo— pidió Francisco desplegando pícaros gestos.

—Con mucho gusto —dijo Rocío, y subiéndose a un tronco recitó:

*Amor, atrévete a rasgar el himen
del bicentenario que nos quita el sueño
a la vista de una obra de teatro
en la que no participan las mujeres.
Entre ellos buscan el placer recóndito
en la entrepierna cubierta por la seda
dicen romper las cadenas con el acta
como si la constitución orgasmo fuera.*

El grupo aplaudió a rabiar. La obra de teatro iba a ser un éxito.

—Ahora nos falta practicar el primer acto —recordó Andrés.

María Nubia elogió efusivamente el trabajo y, viendo que se acercaba el mediodía, hizo referencia al tiempo: —Como saben, las directrices indicaban un máximo de

media hora, sin embargo, Maverick, antes de irse, me dijo que iba a filmar apenas quince minutos. No se los conté antes para que tuvieran mayor libertad, pero con lo hecho es suficiente.

—¿Entonces para qué traje el uniforme de Napoleón? —preguntó Andrés decepcionado.

—En caso de que nos pidan una ampliación, lo usamos —dijo María Nubia para contentarlo. Yo estoy feliz con el resultado. ¡Realizaron la tarea! De acuerdo con la duración prevista, cada una de las intervenciones debe alcanzar tres minutos como máximo. El tiempo restante es para una breve introducción y cualquier imprevisto.

—¡Tanto estudiar por tres minutos! —protestó Francisco.

—La sabiduría se condensa en pocas palabras —dijo, de manera amable, la facilitadora.

—¿Nos ponemos los trajes, para empezar de una vez cuando lleguen? —quiso saber Greg.

—Mejor no —señaló María Nubia—. Se pueden ensuciar. Lo que les pido es que tengan el vestuario listo y ensayen cada parte.

No hubo más que decir. Francisco y Andrés se dirigieron a separar las históricas indumentarias y, en un aparte, se convirtieron en Molina y Valle, repasando sus discursos incendiarios.

Rocío y Greg dejaron los vestidos y fajas para después y se enfrascaron en simular la antesala y, sobre todo, el medio externo: la calle y la casa, donde, tenían seguridad, sucedían los hechos más interesantes.

Cuando Greg tuvo que retirarse por una necesidad imperiosa, el grupo se dio cuenta de que estaba compenetrado en la figura eclesiástica al escuchar su disculpa:

*Disculpad, sus señorías,
por requerir ausentarme
en este momento cuando
desdoblarme desearía.
Por vuestras almas os pido
no discutáis en mi ausencia
ni repartáis indulgencias,
tarea noble que he asumido.
Cerrad la mente al embuste
de discursos liberales
que os llevarán al infierno
como al peor de los mortales.
Porque lo que aquí interesa
es mantener el poder
el orden, la gente fiel,
los puestos y las riquezas.*

—Es tiempo de un breve receso, porque tanto discurso y poesía, va a terminar con nuestro escaso seso
—remató María Nubia.

VII. El quebranto

Después de imaginar personajes opulentos, la mesa servida fue considerada doblemente raquítica. Una lonja de pan cubierta de jalea era todo lo que María Nubia había podido recuperar para el almuerzo. Las gaseosas se habían terminado.

Rocío sacó un paquete de chicles y los repartió diciendo: —En vista de que en este hotel no hay cepillos ni pasta dental, nos podemos refrescar con esto.

—Tengo sed —lamentó Greg pasándose la lengua por los labios resecos.

—Eso te pasa por burlarte del cura —bromeó Andrés.

—“No hay que ser parte del problema sino de la solución” —citó Francisco quien había rescatado las botellas de la basura—. Vamos a llenarlas al río.

—No se preocupen —lo desestimó María Nubia—. En cualquier momento llegan y seguro traen comida de verdad.

—Y los celulares —recordó Andrés—. Lo primero que pienso hacer es mandar un correo importante.

—Yo subiría un baile en TikTok —dijo Greg—. Mis admiradoras deben estar esperando noticias.

El grupo entero meditaba encuadres favorecedores: en la hamaca, las palmeras como fondo, un video del río, algunos fondos en sepia para contrastar los vivos colores tropicales. Sin previo aviso escucharon una

guerra de rayos y truenos y al momento comenzó una lluvia escandalosa.

—Pongamos la hielera afuera para recoger agua —recapitó Andrés, dando gracias a sus experiencias de *boy scout*, que al fin de algo le servían.

La pegajosa humedad del ambiente produjo un escalofrío tan interno que no se sabía si era real o imaginario. Lo cierto es que Rocío y Greg se cubrieron con la capa de Aycinena, María Nubia se enroscó en la hamaca, Andrés colocó sobre sus hombros unos raquítricos bombachos y Francisco aprovechó la casaca militar de Morazán.

—El clima no les permite bajar —lamentó Greg al ver que una profusión de ríos bajaba de la montaña borrando la H y el redondel demarcador de la zona de aterrizaje.

—Esto es un pelo de gato para el Sikorsky UH-60 —señaló Francisco—. Lo que puede pasar es que lo oigamos cuando ya casi aterriza. Pero que viene, viene.

—¿Qué es ese Kurdoski? —preguntó Rocío.

Francisco le contestó con suma paciencia: —Si-korsky. Es la marca del helicóptero que nos trajo. Lo conozco porque mi tío recibió varios donados por Estados Unidos para la lucha contra el narcotráfico. Hubiera preferido un Apache como los que usaron en Afganistán, pero a caballo regalado no se le miran los dientes. De cualquier modo, el Black Hawk es un modelo viejito pero rendidor, la fábrica los vende por todo el mundo, con decirles que hasta Eslovaquia los adquirió para remplazar a los soviéticos. El Black Hawk tiene un radio de más de 500 kilómetros.

—Buenos pajarracos son los halcones —recordó Andrés—. Tengo un profesor que se las da de noble y los entrena como en la Edad Media. Usa una manga de cuero y allí se posa el animal, porque las garras son filosas y le dejarían el brazo en carne viva.

—El apodo no viene de ahí. Es el nombre de un indio guerrero que luchó contra los blancos.

—¿Cómo es eso? —intervino Rocío—. ¿Primero los masacran y después la industria bélica usa nombres de indios?

—En la realidad y en las películas: comanche, apache —aceptó Francisco sin inmutarse.

—Y por aquí los bautizan maya, pipil, miskito, sumo... —continuó irónica la joven.

—El sumo es un deporte japonés —dijo Greg disimulando una sonrisa—. Muy *sexy* se ven los gordos con taparrabos.

Rocío, que cuando estaba nerviosa no se podía quedar quieta, propuso: —La espera se hace más corta si hacemos algo entretenido. ¿Qué les parece un *show* de talentos?

—*Talent show* será —la apoyó Greg y, para calmar la sed, llenó las botellas con agua de lluvia, las repartió y volvió a colocar la hielera afuera.

—Yo empiezo. Para entrar en calor no hay nada mejor que moverse —aseguró Rocío desanudando una de las sábanas que hacía las veces de pared.

—¡Excelente! ¡Un *strip*! —gritó Francisco provocando aplausos de sus dos compañeros.

—Ya lo desearan —aclaró la joven—. Desde los cinco años estudio *ballet*, también *tap dance*, pero ahora estoy en la onda de Isadora Duncan, maga del baile libre, sin restricciones.

En efecto, los pies descalzos de Rocío corrieron armoniosos al ritmo de la lluvia, de un lado al otro del palenque sus brazos iniciaban el camino, unidos a saltos acompasados en un acercamiento y alejamiento a cada uno de los muchachos que, a pesar de la intención de seguirla, se veían defraudados por la rapidez del espectáculo que en una vuelta parecía envolver el pelo renegrido de Francisco, después Gregorio recibía un turbante árabe y al final Andrés fue convertido en una momia viviente. Cuando Terpsícore saludó indicando el cierre, él, apresado en la tela, continuaba recordando la voz de Adriana. Lo había llamado para despedirse y al notar sus pocas ganas de hablar le preguntó si estaba enojado. En ese momento él tenía ganas de pegar golpes a la pared y, molesto, le respondió que no fuera tan chismosa, simplemente quería estar solo y le tiró el teléfono. A veces se enojaban, pero siempre encontraban la manera de enmendar los desaires. Una simple llamada, un emoji divertido, era suficiente como disculpa. No tomaría bien su silencio y él necesitaba más que nunca un abrazo, aunque fuera virtual. La energía se había desvanecido bajo los tules del baile y cuando lo invitaron a participar dijo que ya había hablado demasiado y tenía la boca seca, de manera que agradecía lo dejaran descansar. El resto aceptó de buena gana el pretexto. Apenas había terminado de presentar la tonta excusa cuando Greg se paró para iniciar un rap:

Soy un grafitero en la onda manga

no me importa lo que pienses sino lo que callas

*te gusta ser visto, te gusta gastar
y todo se pierde en comprar y comprar.
No dejes que las cosas te ahoguen la expresión
sabemos que el teacher es tonto y chambón.
Viajaré por tierra, viajaré por mar
y te lo aseguro: nunca pero nunca me dejaré atrapar.
Nos dicen que hablemos de la independencia
yo estoy de acuerdo, pero con conciencia.
No quiero repetir lo que otros han hecho,
ni 12 de octubre, ni 15 de septiembre
llenar mi cuerpo libre a nuevas experiencias.
No les gusta el pelo rojo, no les gusta el pelo azul,
y hablan de independencia cuando no saben ni mu.
Nos critican y reprimen y parecen olvidar
que en esta generación todo vamos a cambiar
De nada les va a servir perseguirnos sin cesar,
ustedes van a morir sin reír ni disfrutar
por estar tan alejados de nuestro mundo virtual.*

—¡Eso! ¡Eso! —gritó Rocío, convertida en su única fan.

Quedaba Francisco. Hubiera deseado remedar un video juego, pero ante la escasez electrónica optó por el plan B: su incipiente excursión en la *standup comedy*.

—Hace muchos años en el Readers´ Digest aparecía una sección de chistes militares. Como la ilusión de mi tío era que entrara a West Point, me explicó uno a uno lo que querían decir. Desde luego, un chiste explicado no es un chiste, pero bueno, digamos que los aprendí como si fuera el catecismo. Aquí va uno:

Llega el sargento y grita: —Soldados ¿están preparados para una prueba?

—¡Yes, sir! —gritan al mismo tiempo.

—¿A todos le gusta pelear?

—Al unísono levantan la mano gritando: —¡Yes, sir!

—¿A todos les gusta derrotar al enemigo?

—¡Yes, sir! —responden convencidísimos.

—¿A todos les gusta la música clásica?

El grupo se empezó a mirar desconcertado y solo cuatro levantaron la mano.

—Muy bien —dijo el sargento—. A ustedes les toca bajar el piano del quinto piso.

Esa es la literatura que fascina a mi tío, claro, mi abuelo es peor, digamos que más entrometido. No sé qué les pasa a los viejos que tienen una obsesión con lo que hacemos los jóvenes, por ejemplo, el domingo me lo

encontré sentado frente a mi computadora. Tenía los ojos cerrados y por eso pensé que al abrir mi blog con desnudos le había dado un infarto. Asustado le toqué el brazo y pregunté si le pasaba algo: “No, m’hijito —respondió—. Es que leí que para escribir en la computadora tenía que primero cerrar las pestañas.

—Así no es mi abuelo —interrumpió Greg—. Es un genio con las redes y está más al tanto que yo. No se le pasa una, hay que andarle con cuidado porque se las sabe todas.

María Nubia estaba ensimismada. Agradecía que el grupo hubiera tomado la iniciativa de entretenerse sin esperar las preguntas clásicas que le correspondía hacer. La propuesta del *show* de talentos demostraba un ápice de independencia de manera que, aprovechando esto, tuvo la libertad de compartir un tema que llevaba entre pecho y espalda:

—Ayer hablaron de una dama que rompió esquemas: María Josefa García Granados. No sé si saben que en esa época eran usuales los casamientos dentro de la misma familia, en este caso, Miguel, el hermano, se casó con Cristina, la hija mayor de Pepita. A una de sus descendientes la bautizaron con el nombre de su tía abuela. Me refiero a María García Granados, quien tuvo una relación con José Martí, el gran revolucionario cubano,

—¿Era comunista? —preguntó Francisco.

—Estoy hablando de la independencia de España. José Martí es fundador del Partido Revolucionario Cubano.

—¿Con Fidel Castro? —insistió Francisco.

—Ay —revoleó los ojos la facilitadora—. Sucedió a fines del siglo XIX porque Cuba fue de las últimas colonias que logró mantener España. Pero no voy a hablar de política, estoy en onda romántica y quiero referirme a un hecho que ocurrió cuando Martí estuvo en Centro América, porque él, a pesar de tener una salud muy precaria, viajó bastante: estuvo en España, México, Estados Unidos, siempre buscando apoyo para la independencia de Cuba. Martí visitó Guatemala donde lo nombraron profesor de Literatura y de Historia de la Filosofía en la Instituto Nacional Central para Varones. Lo primero que le llama la atención son los “lastres coloniales”, entre ellos el trato hacia la población indígena y las mujeres, dado que ambos debían someterse a los señores. Eso hasta que conoce a María García Granados, quien, como su tía abuela, era desenvuelta y sin dueño que la doblegara. No era una mujer de pueblo sino hija del general Miguel García Granados quien había sido presidente y era un personaje político de alto nivel. Los datos históricos indican que se conocieron al segundo día de la llegada del cubano, específicamente en una fiesta de disfraces en las que se vistió de egipcia. A partir de ese encuentro lo dejó flechado y continuó viéndola con frecuencia ya que, a pesar de las divergencias en la visión política, a su padre y a Martí les gustaba jugar ajedrez, de manera que la relación con la chica fue constante por las reiteradas visitas a la residencia familiar. Ella, siguiendo la tradición comenzada por Pepita, participaba en tertulias y la describen como alta, de ojos negros profundos y con voz armoniosa. Era sublime tocando el piano con notas que reflejaban su alma e impresionaban a la audiencia. En años posteriores Martí señala que mejor se hubiera casado con ella, quien también le correspondía, pero ya estaba comprometido en México con su compatriota Carmen Zayas Bazán. Cuando regresa casado a Guatemala, María insiste en cultivar

al menos su amistad, pero él, por respeto, no vuelve a frecuentarla. Ella muere y aquí hay dos interpretaciones: la romántica, que asegura fallece de amor (o por falta de él), y la médica, que, a partir de relatos familiares, diagnostica una neumonía producto de haberse bañado en el frío arroyo estando engripada.

—Ay, qué historia más triste —susurró Rocío.

—Se me parte el corazón. Pasen un Kleenex porque voy a llorar —gimoteó Francisco.

—Todo esto se los conté como introducción al poema que escribe Martí al recibir la amarga noticia —dijo sacando un librito—. Escuchen el principio:

Quiero, a la sombra de un ala,

contar este cuento en flor:

la niña de Guatemala,

la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos;

y las orlas de reseda

y de jazmín; la enterramos

en una caja de seda.

Ella dio al desmemoriado

una almohadilla de olor;

él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.
Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores.
Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador;
él volvió con su mujer,
ella se murió de amor.

Greg observó los remolinos diluvianos y el frío alrededor del cuerpo le hizo recordar las palabras de Hamlet a Ofelia: “Duda que ardan las estrellas, duda que se mueva el sol, duda que haya verdad, mas no dudes de mi amor”.

Andrés pensó primero en Adriana, después en su mamá, y una mano de algas le oprimió el pecho.

Rocío apretó las manos sobre el corazón. En algún lugar del tiempo los hijos de Isadora Duncan parecían ahogados en el Sena dentro del lujoso auto.

Francisco agudizó el oído esperando escuchar las aspas del Sikorsky. El silencio estridente de la selva impedía vaticinar el futuro.

María Nubia musitó: —La niña de Guatemala, la que se murió de amor.

No hubo más qué decir. Había oscurecido, seguía lloviendo y la cena consistió en una barra de granola y agua de lluvia.

VIII. Ser y no ser

Evidentemente el Sikorsky no había pasado a recogerlos. En la noche cerrada el bochorno se había trastocado en una humedad densa que calaba los huesos. Lo lógico —pensó Greg— hubiera sido dormir juntos para conservar el calor. No se atrevió a proponerlo, él era el menos indicado; lo podían malinterpretar y, además, era evidente que por distintas razones preferían mantener la distancia. La primera noche tuvo el alma de un campamento de verano, en la segunda los crujidos y pasos tenebrosos semejaban una película de terror.

María Nubia tenía presente la responsabilidad de mantener al grupo si no contento, por lo menos tranquilo. No sabía por qué se le había ocurrido leer algo tan lúgubre justo al anochecer. La poesía era macabra, en lugar de romanticismo evocaba cementerios y olvidos.

Recordó las frecuentes discusiones entre sus padres y también sus estrictas leyes: “Nunca acostarse enojados o tristes”. En la noche no era extraño escuchar el sonido de un vals vienés y verlos dar vueltas y más vueltas por la sala, solo cuando afloraban las risas se dirigían abrazados al dormitorio. Ahora era su obligación cambiar el ambiente pesado que los llevaba a dar vueltas y más vueltas sin dormir. Después de tantos seminarios se consideraba experta en propiciar temas de conversación, y, ante el silencio general, como si surgiera de un interés espontáneo, lanzó al aire la pregunta:

—Tengo entendido que en poco tiempo van a ir a la universidad. ¿Qué carrera piensan seguir?

—Voy a estudiar inglés, con especialidad en traducción —dijo Rocío sin entusiasmo alguno.

—“Traductores-traidores”. No sé dónde escuché eso —recordó Greg.

—La frase viene del italiano: “Traduttori, traditori” y es muy cierta. Nunca se puede traducir de la manera exacta, porque detrás de cada palabra hay experiencias propias de cada cultura —explicó Rocío—. Digamos, las malas palabras, al decirlas en otro idioma no se sienten igual.

—¿Un ejemplo? —preguntó Francisco, por molestar.

—“*Son of a bitch*” es más parecido a “hijo de puta” que a “hijo de perra.”

—Pues sí —reconoció Andrés—. La traducción no debe ser textual, el significado es lo que importa.

—La peor traducción la vi en unas instrucciones

para computadoras —se rio Greg—. Decía “*You have to change the chip*” y lo tradujeron como “Tiene que cambiar las papas fritas”. ¡No lo podía creer!

—Durante la pandemia, en la página de CNN cuando hablaban de las vacunas traducían “*shot*” por “disparo” —aportó Andrés—. ¡En lugar de poner que los habían vacunado escribían que les habían disparado!

—Compré una blusa. Venía con un sello que decía “*Made in Turkey*” y abajo pusieron “Hecha en Pavo” —remachó Rocío—. Pero mejor sigamos.

Greg se acomodó los anteojos y dijo: —Yo voy a estudiar Derecho. En mi familia hay abogados hasta en la sopa.

Andrés continuó: —La idea es ingresar a Administración de Empresas y después sacar un posgrado en Finanzas Internacionales.

—Buena suerte. Divertite mucho —comentó Greg.

—¿Y Francisco, que está muy pensativo? —preguntó María Nubia.

—Voy para Ingeniería de sistemas con énfasis en ciberseguridad.

—Imagino que la historia de Assange es tu libro de cabecera —planteó Greg.

—Justamente la idea es que no se roben datos y mucho menos los den a conocer al público como hizo Snowden —afirmó Francisco—. Hay que impedir ataques tanto internos como externos.

Las luciérnagas, en lugar de recordar historias de

hadas, revelaban ojos vigilantes a la espera del momento de atacar.

—¿Escuchan esos ruidos? ¿Será alguien que se acerca? —dijo temeroso Andrés.

—No seas tonto —le respondió Francisco—. Son animales nocturnos.

Tampoco iban a dormir bien imaginando espectros, pensó María Nubia, y, deseosa de inducir otro tema, señaló: —Los indígenas creían que cada persona tenía un animal que protegía su ser. A él apelaban para huir y contemplar el mundo desde otra perspectiva. ¿Qué opinan de esto?

—Son creencias para sentirse mejor cuando surgen problemas. Ayuda mucho pensar que alguien con más fuerza está a tu lado —contestó Francisco.

—Igual que la religión —analizó Greg.

—Sobrevivir o perecer. *That's the question* —dijo Rocío, y preguntó—: ¿Cuál animal escogerían?

—Para sobrevivir nada mejor que los insectos —sostuvo Andrés. Aunque no me gustan mucho —concluyó.

Greg notó la oportunidad y se puso a cantar:

La cucaracha, la cucaracha,

Ya no puede caminar

Porque le falta, porque no tiene,

Mariguana que fumar. —Por cierto: ¿alguien trajo hierba?

—¡Cómo se te ocurre! —lo reconvino Francisco—. Con los perros entrenados no hubiéramos pasado del ingreso al aeropuerto.

—¿Entonces escogés un perro? —preguntó Greg.

—Prefiero ser un águila. Vuelo alto, veo el panorama, y en el instante preciso, salto sobre la presa. ¿Y vos?

—Me gusta el camaleón, con colores diversos que se mimetizan según el ambiente. ¿Y las muchachas qué dicen?

—También me fascinan los colores —respondió María Nubia—. Por eso escojo el tornasolado quetzal. Observo que faltan animales acuáticos y mamíferos. Vamos a ver cuál es la opción de Rocío.

—Para completar el espectro opto por el manatí. Pacífico animal herbívoro que, a pesar de su gran tamaño, busca ondulante las profundidades para alimentarse con plantas y algas. El nombre viene de “mamas” y su imagen me quedó fijada por un relato de García Márquez donde describe la indignación que siente cuando desde el barco un gringo dispara el fusil sobre la cara de una madre dando pecho. Al ver a la cría llorar a gritos, el capitán le quita el arma y lo hace bajar del navío a la vez que sube al bebé y lo adopta.

—¡Qué rico tomar leche caliente de las mamas del manatí! —gritó Francisco y, al recibir nulo apoyo, se retractó—: Perdón, perdón. No quiero que me acusen de pensamientos sexuales, porque la bailarina es muy mal pensada.

Cada vez que llegaban a un momento calmo surgía un tema difícil. Ante la eminente situación conflictiva, María Nubia intervino haciendo un breve encuadre

acerca de la relación entre el momento histórico y la vida de las personas. —Hemos tratado de situarnos en el mil ochocientos —dijo—. Ahora usemos la imaginación para ubicarnos en otro escenario. Si tuvieran la posibilidad de escoger: ¿en qué tiempo les gustaría vivir?

—Interesante pregunta —reconoció Andrés—. Ojalá antes de nacer nos preguntaran el lugar y la fecha que queremos. De una vez escojo el futuro, cuando las partes del cuerpo se puedan reemplazar sin necesidad de operaciones y la teletransportación sea la forma usual de moverse. ¡Con solo pensarlo estaría en la isla Bikini!

—Mala escogencia —objetó Francisco—. ¿No te enteraste de que fue usada para pruebas atómicas después de la Segunda Guerra Mundial? Eso está más radiactivo que Madame Curie. Apuesto a que los peces tienen ojos en el trasero.

—Bueno. Cada día se aprende algo —refunfuñó Andrés—. Mejor que siga Greg.

—Muchas gracias, muchas gracias. Voy a salirme del cuadro. O tal vez debería decir: “Voy a entrar en el cuadro”, porque me imagino vestido con un abrigo de amplias solapas, camisa blanca de seda y un hermoso lazo oscuro en el cuello. Estoy en una tertulia con Chopin al piano. A un lado se encuentra la baronesa Dudevant —más conocida como George Sand— luciendo un amplio escote y el cabello en bucles adornados con flores. Lástima que la velada es corta. Frederic toca el vals del minuto y se va porque tiene otro compromiso.

—¡Qué emocionante! También me hubiera gustado estar ahí —suspiró Rocío—. Para que no digan que copio voy a escoger algo muy distinto. Estoy en una nave espacial flotando como un pez en el mar. Eso es lo que

inspiraba el baile de Isadora: las olas y su vaivén.

Greg, quien mantenía en mente la onda musical, arrebuado en la hamaca empezó a cantar la canción de Juan Luis Guerra:

*Quisiera ser un pez
para tocar mi nariz en tu pecera
y hacer burbujas de amor
por donde quiera
¡Oh! ¡Oh! pasar la noche en vela
mojado en ti ¡Oh! ¡Oh!*

—Te comeríamos frito —se rio Francisco—. En todo caso me gusta más la idea de Andrés, porque con la teletransportación nos salvamos. Solo habría que esperar un par de siglos y con solo pensarlo saldríamos de aquí sin mayor esfuerzo.

—¿Les puedo contar algo personal? —preguntó Rocío.

—Por supuesto —la animó María Nubia.

—Con una condición: que no lo comenten después, porque me hace sentir mal.

—¿Y a quién crees que se lo vamos a contar? ¿A los monos? —inquirió Andrés.

—Me refiero a después. Cuando regresemos a casa.

—Desde luego que no va a salir de Centroamérica —ironizó Greg.

—Mejor no digo nada —refunfuñó Rocío.

—Dale, no seas tímida. A ver si nos calentamos un poco —insistió Francisco, con voz lastimera.

—Ya me eché al agua —dijo, medio arrepentida. Estaba segura de que, después de finalizado el video, no se volverían a encontrar, por eso empezó a hablar tartamudeando, en un intento de dar coherencia a lo vivido.

—Desde que estoy aquí siento cosas raras. Tal vez sean ideas mías...

—¿Es una broma o nos querés asustar? —preguntó Greg.

—Dejen hablar a Rocío —ordenó María Nubia—. Seguí nomás.

—El asunto es que cuanto Francisco me tocó el brazo pude vivir algo fuerte, que no era mío.

—¿Cómo es eso? —quiso saber Greg.

—Resultó una experiencia dura, como si mi cuerpo fuera una antena que recibe experiencias feas de otra persona.

—¿Cómo ver una escena en You Tube? —inquirió Andrés.

—No. Lo sentí adentro, en todo. Tendría que probar si es algo que se repite. Me explico: algo dramático seguro sale una y otra vez.

—Tal vez hasta que se pueda superar —opinó María Nubia.

—O que la energía se disperse y otra ocupe su lugar —supuso Rocío.

Francisco se incorporó en la hamaca. —¿Fue eso lo que pasó cuando te pusiste brava?

—Sí.

—¿Qué sentiste?

—Perseguías a una muchacha en un cuarto cerrado. Sentí que la ibas a tirar sobre la cama y asfixiar.

—¡Qué imaginación! —exclamó Francisco haciendo con la mano el gesto de desestimar la idea. Hubiera deseado callarla, pero, en medio de la oscuridad, nadie pudo ver su disgusto.

—El cuarto era pequeño y no tenía ventana. La cobija, de color azul, estaba algo raída. Sobre la cabecera vi un crucifijo de paja. El vestido floreado terminó en el suelo. Lloraba.

—¿En qué terminó la cosa? —preguntó Andrés.

—Eso fue todo. Tal vez si no le quitaba la mano hubiera seguido, pero no lo soporté.

—Dijiste que no sabías si siempre se repetía lo mismo o cambiaba. ¿Por qué no probamos? —propuso Andrés.

—No sigamos con tonteras —dispuso Francisco—. Lo único que te pido es que si aparece Freddy Krüger nos avisés de inmediato.

Unos rayos alumbraron la penumbra. Muy cerca se escuchó un chillido de animal atrapado.

—Lo agarró la boa —dijo Andrés.

En ese momento Rocío gritó espantada. —¿Qué pasó? —preguntó María Nubia levantándose—. ¿Te picó algo?

El mísero resplandor le permitió ver la figura de Francisco metiéndose en su hamaca.

—No sentí lo mismo —murmuró Rocío—. Esta vez fue peor. La niña estaba tendida sobre una mesa con las piernas abiertas. Alguien le metía un cuchillo por la vagina.

Francisco permaneció callado. Solo se oyó un gemido.

Greg no soportaba el drama. —Probemos con el pelo —dijo. Y se acercó caminando al ritmo del croar de las ranas.

El cabello no tenía mensajes, pero cuando le tocó la frente se estremeció.

—¡No puede ser! —exclamó Rocío, sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿Soy un asesino en serie?

—No, para nada. Por primera vez siento algo bonito. Vos estabas en la cama y a tu lado había una viejita de pelo muy blanco. Ella acomodó la cobija y, con mucho cariño te dio un beso. ¡Al fin una situación pacífica! —relató, alegre, Rocío.

Greg respiró hondo y se acostó en la hamaca sin decir nada.

—¿Alguien más tiene una habilidad extrasensorial? —preguntó Andrés—. He estado pensando que nos han

dejado aquí porque somos un peligro para la humanidad. O tal vez quieren que unamos fuerzas como los personajes de Marvel.

—Escojo ser Kratos, el guerrero invencible que termina con los monstruos mitológicos —expuso Francisco, con voz entrecortada.

—Me convertiré en Goku, así puedo auto transportarme y descansar en mi casita viendo tele —dijo Rocío sintiéndose reconformada con el solo pensamiento.

—Yo prefiero ser un duende de Dreams. Mayor libertad, mayor creatividad. Y estaría fuera de los lazos de este mundo que nos tiene confinados —susurró Greg—. ¿Alguien va a escoger al hombre lobo? Porque tengo un chiste preparado.

—Yo me apunto —dijo María Nubia, deseosa de cambiar el ambiente siniestro.

—Gracias Lobita. Se ve que te gustan los animales. El chiste es este:

Una mujer llega a ver al dermatólogo y, preocupada, le consulta:

Doctor, tengo todo el cuerpo cubierto de pelo. ¿Qué padezco?

El médico le contesta:—Padece una ozita.

La imagen era ideal para un reposo apacible. “Gracias de nuevo, Gregori”, pensó María Nubia, y dijo —Mejor durmamos un poco. Necesitan descansar para la obra de teatro.

Las ramas de los árboles se bambolearon chirriantes. A lo lejos un coyote aullaba a la pálida luna.

IX. La separación

—No hay nada mejor que iniciar el día con un vaso de agua cristalina —dijo Rocío al levantarse.

El cielo estaba despejado y los árboles, empapados y lustrosos, dejaban caer una llovizna tenue con la más mínima brisa. El día iba a ser caluroso, se veía venir. Aunque fuera inusual, como desayuno todo el mundo se alegró cuando Andrés, rebuscando entre las cajas, encontró las latas de los duraznos en almíbar que Rocío había puesto debajo.

—Agradezco a quién inventó la tapa abre fácil —dijo Greg, animado—. Recuerdo un chiste que me contó papá. Es sobre cuatro científicos que viven algo parecido a lo que nos pasa ahora. Llegan a una isla desierta y tienen comida, pero no hay abrelatas. Entonces dice el químico: —La oxidación producida por la pérdida de electrones hará que, con el tiempo, sea más fácil abrir las latas.

El físico dice: —Si tuviéramos una palanca con buen punto de apoyo, de seguro podríamos romper la lata.

El psicólogo dice: ¿Cómo se sienten por la falta de abrelatas?

Finalmente, el abogado dice: —Ante esta grave situación hay que demandar a la fábrica por daños y perjuicios.

No hizo mucha gracia, de manera que Greg se excusó diciendo: —Mi papá se hace el gracioso cuando me toca ir el fin de semana a su casa. A veces —lo admito— no está muy inspirado. Creo que planifica el

tiempo conmigo, para no quedarse sin nada que decir. Los viejos le tienen horror al silencio.

—Tal vez cuenta chistes cuando está nervioso —dijo María Nubia—. Divorciarse es muy duro para los papás.

—Para mí fue genial —confesó Greg—. Ahora ni se hablan y por lo tanto no se pueden poner de acuerdo contra mí.

—¿Cómo qué? —preguntó Rocío.

—Hace dos semanas le pedí a mami plata para comprar bots y se negó de plano. Después me quedé pensando que no había entendido nada, se lo tendría que haber explicado con más detalle, pero ¿quién no conoce la importancia de los bots para los *influencers*? Mi abuelo sí está al tanto porque sin eso no se gana una elección. Justo me había dicho que gastaba demasiado y no lo llamara a su despacho para pedirle, así que fui directo con papi y le ofrecí un dos por uno: seguidores más interacciones por cien dólares al mes. No tuve que decir más: aumenté en cinco mil y sigo para arriba. Si hubieran estado juntos todavía estaría con los escasos cuarenta amigos.

No hubo comentarios, cada quien saboreaba el dulce sirope como si fuera maná del cielo. María Nubia, por motivar el diálogo, preguntó—: ¿A ustedes cómo les fue en la pandemia?

—A mí me afectó mucho al inicio, sin ver a mis amigos y encerrado en la casa con mi hermanito, que molesta bastante —explicó Greg—. Después empezamos a cantar rap. Hasta un conjunto hicimos, ensayamos vía Zoom y pronto vamos a hacer una presentación en vivo y

con los bots tenemos garantizado bastante público.

—Yo siempre voy al gimnasio y aunque en la casa tenemos caminadora, elíptica y pesas, no es lo mismo. Practicaba nadar en la piscina, algunos clavados sin gracia porque solo tiene dos metros en la parte más honda, así que no era cosa de desnucarse —recordó Francisco—. A mi mamá le dio duro. Se puso a seguir a un tele-evangelista y era dar plata y más plata, como si fuera al casino. Hasta que la eché al agua y le cortaron los fondos. ¡Fue un grito de padre y señor mío! Mi mamá es rencorosa, si te agarra entre ojos —dice mi papá— es como tener un *gremlin* de mascota. Cuidado llegar a la cocina si está ella, porque empieza con el rosario de todas las cosas funestas. Al final, para tranquilidad de todos, se fue a visitar a mi abuelo, que tiene una finca de café.

—¿Querés decir que se fue a vivir a otro lado? —preguntó Andrés.

—Más o menos. A papá no le molestó porque él se la pasa afuera. A veces tengo la sensación de que llega a la casa por cumplir, o tal vez por distraerse y cambiar de rollo. Nunca comenta algo del trabajo, vaya a saber qué hace todo el día, pero si la vida es como las novelas que le gustan a mamá, entonces se entretiene con las secretarías y no hay de qué preocuparse. En realidad, el que más habla conmigo es mi tío; lo extrañé por no poder llegar a verlo después del colegio. Él me enseñó *El arte de la guerra*. Cada semana comentábamos un capítulo. Parece mentira que Sun Tzu haya escrito eso en épocas antes de Cristo. Era un sabio.

—¿Y cuál es el arte de la guerra? —preguntó, escéptica, María Nubia.

—Lo tienen que leer. Son trece capítulos y cada uno es sobre un tema especial —dijo pensativo—. Se los resumo: la guerra es una realidad y el engaño es su principal arma.

—Algo de razón tiene —aceptó Andrés, y continuó con su experiencia—. Yo sé que todo el mundo se preocupó un montón con el asunto del encierro. Les digo la verdad: a mí me gustó. Podía usar el tiempo como me diera la gana, sin levantarme de madrugada para hacer nada en el cole. Los profes se enredaron todos y no sabían cómo usar la tecnología. No los ayudé, siempre están en plan de enseñarnos y no se les ocurre que sabemos más que ellos. Al rato captaron la idea y, desde luego, querían volver a lo que habían conocido siempre: dar una clase por Internet, hacer preguntas, tomar exámenes, regañar un poco. La misma rutina.

—No leyeron a Sun Tsu —dijo Francisco—. Para vencer al enemigo es necesario conocer que todo cambia y adaptarse.

—Así hicimos. Les pedimos que filmaran las clases. Eso les toma tiempo y mientras tanto nos dejan tranquilos. Con los exámenes, si no sabíamos alguna pregunta, simplemente decíamos que se iba la electricidad o de pronto, ¡*Boom!*, se caía el sistema y por *WhatsApp* pasábamos las respuestas. La verdad, nos regalaron el año.

—No he oído nada de esto —intervino María Nubia, haciéndose la distraída.

—La principal recomendación de Sun Tsu es evitar que los enemigos se unan —explicó Francisco—. En toda batalla lo que importa es el resultado. Estuve de campamento en Montana y los compañeros se dividían

en ganadores y perdedores. *Winners or losers*, No hay más.

—Mi maestra de yoga dice que esa división no tiene sentido —acotó Rocío—. A veces ganamos y a veces perdemos, lo importante es desarrollar la estabilidad, la energía, la meditación. En eso concentré el tiempo de aislamiento. Todo es interno.

—“Cambia tu interior y el mundo cambiará”. Lo leí en una pegatina —aportó Andrés.

—O, si cambia el mundo tu interior cambiará —parafraseó Greg.

—Es interesante conocer cómo las pandemias nos cambian —aprobó María Nubia—. Imagínese lo que fue para mí terminar las clases de Relaciones Públicas de manera virtual. Parece que cuando algo afecta en lo profundo, la ciencia no tiene respuestas. Nos hicimos más humildes al reconocerlo.

—Hay otra forma de adentrarse en la pandemia: la literatura —dijo Rocío—. Para el cole hice un recuento de novelas que tratan del tema.

—¡Yo leí un cuento del *Decamerón*! —se emocionó Greg—. Trata de un muchacho que, para entrar en un convento, por señas explica que es sordomudo. Tendría mal el oído, porque las manos eran mágicas. Calculen que las monjas hacían fila en el dormitorio para acostarse con él.

—*El Decamerón* trata de los juegos eróticos de unas parejas que se aíslan en una villa en Florencia para huir de la peste —siguió Rocío—. En el siglo pasado Pasolini hizo una película.

—Buena idea —sostuvo Francisco—. Hay que aprovechar las circunstancias. Algo parecido escribió Edgar Allan Poe. Creo que se llamaba *La máscara de la muerte* o tal vez *El baile de la muerte roja*, una variante de la peste negra.

—Entre todos escogí *El ensayo sobre la ceguera*, de Saramago —prosiguió Rocío.

—Sara Mago —me gusta el nombre de la autora. Aunque debería ser Sara Maga —dijo Francisco esbozando una sonrisa pícara.

—José Saramago. José Saramago —repitió— es un escritor portugués ganador del Premio Nobel —expuso Rocío—. La novela relata la historia de un lugar donde toda la gente se queda ciega, salvo una mujer. La enfermedad se llama la ceguera blanca. Lo disfruté, incluso vi la película y después *googlié* las frases. La que más me llegó es: “Todos estamos ciegos”.

—A veces no es que estemos ciegos, sino que el olvido nos impide relacionar una cosa con otra. ¿Se acuerdan de que ayer Rocío escogió al manatí? Me acabo de dar cuenta por qué —recordó María Nubia—. Es del libro *El amor en tiempos del cólera*. Ojo, no confundir con la cólera, que no tiene remedio. El cólera es una enfermedad horrible que produce diarrea y vómitos.

—Es preferible el COVID. No me importa hacer el amor con mascarilla —dijo Francisco.

—Pero no podés mantener los dos metros de distancia —advirtió Andrés.

—Cumpló el 50% —insistió—. Explicanos cómo se las arreglaban con el cólera. ¿Bajó la natalidad?

—El cólera derrocó a un gobierno —dijo María Nubia, sacando el portafolios—. La enfermedad se propaga por ingerir agua y comida contaminada y esto era frecuente porque en el siglo XIX el agua se juntaba de pozos o ríos ignorando la importancia de separar las aguas sucias de las de beber. En Guatemala la peste llegó dieciséis años después de la firma del acta, cuando Francisco Morazán había sido electo presidente de la República Federal de Centroamérica y el jefe de Estado de Guatemala era Mariano Gálvez. Este señor tiene una vida muy interesante: recién nacido fue abandonado en una canasta en la puerta de un convento; el párroco lo llevó a la casa de la señora de Gálvez para que se hiciera cargo mientras conseguían alguien que lo adoptara. No tuvo que seguir buscando: esa familia lo asumió como hijo y le dio educación hasta obtener el doctorado. Morazán y Gálvez compartían ideas liberales, entre ellas la separación iglesia-Estado, por lo que tomaron medidas contra al clero, como la eliminación del diezmo obligatorio, la educación laica, el matrimonio civil y el divorcio. Era demasiado para la época, la iglesia aprovechó la ocasión para conseguir aliados campesinos...

—Como dice Sun Tsu —aplaudió Francisco.

—De por sí estaban furiosos por los maltratos recibidos —continuó María Nubia—. En 1837 se unen dos factores: la indignación de los católicos y de los indígenas tomó fuerza bajo la dirección de un líder carismático llamado Rafael Carrera. La gota que rebasa el vaso es la epidemia del cólera. Por supuesto, José Gálvez, al primer indicio, envió equipos sanitarios y medicinas que la gente no aceptaba por miedo. Los sacerdotes decían a la población que el gobierno había envenenado los ríos a propósito. El apoyo a Carrera fue enorme: aseguraban que era un ángel enviado del cielo y lo respaldaron con

propaganda que era anunciada como milagrosa. Por ejemplo, arrojaron cartas desde los campanarios para que cayeran en medio de los indígenas que asistían al culto. —Esta misiva —decía el sacerdote— fue escrita por la mismísima Virgen, y en ella nos dice que debemos apoyar a Carrera en su lucha contra el gobierno asesino y hereje.

—La política se basa en el engaño —reiteró Francisco.

—El gobierno de Gálvez respondió con fuerza y los pueblos se defendieron organizándose en guerrillas. Como es usual que pase, los políticos terminan haciendo lo mismo que criticaron y Gálvez no fue la excepción. En lugar de tender la mano apretó el puño y mandó arrasarlo los pueblos que suponía adversos. Un error de imagen fue que sus soldados apresaran por la fuerza a la esposa de Carrera.

—“Nunca se deben crear mártires”. Eso dice mi tío —analizó Francisco—. Se convierten en símbolos y quedan en la mente, como el Che.

—Cierto —continuó María Nubia—. Fue un error garrafal, incluso dicen que Petrona levantaba a las masas más que su esposo. Morazán siguió con la misma táctica, sus tropas capturaron al padre de Petrona, lo mataron y, no conformes con eso, pusieron su cabeza en una pica para exhibición pública. En ese momento, la lucha se convierte en una venganza abierta basada en el odio. No había manera de dialogar. Bajo el grito “¡Viva la religión!” “¡Mueran los ateos liberales!” muchos campesinos pobremente armados se unieron a las tropas de Rafael Carrera quien, después de varias derrotas y a pesar de terminar herido en batalla, no solo logra quitar del medio a Gálvez, sino que, posteriormente, venció a

Morazán con varios ataques sorpresa. Carrera, apoyado por el clero y el clan Aycinena, subió al poder en 1844 y se mantuvo allí durante más de veinte años. La cuestión que ayer planteó Andrés es importante: ¿por qué los países centroamericanos se separaron?

Con tantos conflictos la mazorca empieza a desgranarse. Andrés, por favor léanos el resumen de un año clave: **1838**.

Sin más, el muchacho empezó la lectura:

—1838

30 de abril. El Estado de Nicaragua se declara soberano, libre e independiente, separándose de la Federación.

30 de mayo. El Congreso Federal autoriza a los Estados para que decidan su organización.

29 de octubre. La Municipalidad de Tegucigalpa se separa del gobierno del Estado de Honduras hasta que éste se independice, hecho que ocurre el 5 de noviembre.

14 de noviembre. Se separa Costa Rica.

25 de diciembre. El nuevo Estado de los Altos instala su Asamblea Constituyente.

1839

1 de febrero. Finaliza el período de la Presidencia de la República de Francisco Morazán, así como la misión legal del pacto federal de 1824.

17 de abril. El jefe de Estado de Guatemala declara disuelto el pacto federal y la independencia absoluta del

Estado de Guatemala.

Finalmente, en 1939, el Estado Federal incluye solamente a El Salvador y Los Altos.

1840

29 de enero. El general Rafael Carrera toma Quetzaltenango, la capital del Estado de los Altos, que es incorporado a Guatemala por decreto del 26 de febrero.

1841

18 de febrero. El Salvador establece su Constitución independiente.

—Como ven, veinte años después de la firma del acta, también suceden hechos importantes relacionados con la independencia de Centro América. Aquí tengo algo especial para nuestro poeta —continuó María Nubia, haciendo un amplio ademán de reconocimiento—. José Rafael Carrera y Turcios es considerado uno de los caudillos que más afectó la unión del área. Los liberales lo tenían aborrecido y uno de sus enemigos políticos, José Milla, se dio el gusto de escribir un himno contra él. La traducción del título, cuyo original está en latín, es “ Polvo eres, y en polvo te convertirás”. Ahora que lo pienso, algo nos tiene que advertir la escogencia de la cita bíblica, porque muy pronto Milla se pasa al lado conservador donde rápidamente asciende a puestos importantes en el gobierno de Carrera.

—Valle y Milla —acotó Francisco—. Valle apoyaba la monarquía y cambia de idea en el camino. Milla era un liberal convencido y se decide por la vía conservadora apoyando a un personaje que aspira a mantenerse en el poder como si fuera un rey. Ambos terminan recibiendo

órdenes del tirano que decían odiar.

—Cada quien va para dónde más le calienta el sol —puntualizó Rocío.

—Las vueltas de la vida —supuso María Nubia—. Aquí está el himno dedicado a Carrera que José Milla escribió en su tiempo liberal—. ¿Nos harás el honor de recitarlo? —pidió pasándole la hoja a Greg quien, con voz de locutor, inició la lectura.

*Hijo de la miseria y de la nada
tiranuelo opresor de un pueblo inerme
zorra cobarde que acomete osada
a un gallinero que tranquilo duerme.*

*General, director, héroe, caudillo;
arcángel, qué sé yo cómo te llaman.
Entre bordados mal envuelto pillo
ya los pueblos, de ti venganza claman.*

*Por entre esa comparsa de malvados,
digna guardia de honor de tu persona,
ellos van a pasar desesperados
a romper en tu frente tu corona.*

*En pos del enemigo corres tarde,
teniente general, pues ha sonado
al fin tu hora falta, tiembla cobarde,*

dentro de tus harapos de soldado.

Execrada y maldita tu memoria,
execrado será cuanto tú hiciste,
y si ha de hablar de ti, dirá la historia,
que tú ni aun ser déspota supiste.

Lobos, País, Carrera, veteranos
del crimen, y en el terror de las banderas,
farsa vil y burlesca de tiranos,
parodis de Cartuch son charreteras.

Aycinena, Pavón fuera señores,
fuera con vuestro rancio servilismo,
¿soñasteis ser tal vez conservadores,
o darnos una burla del torismo?

Honorable Marqués, no más Bretaña,
no más statu quo ni tiranía:
vaya que su excelencia... no se engaña,
sin el statu quo, por Dios, ¿qué haría?

—Está clarísimo —afirmó Rocío—. Pero ¿por qué dice “no más Bretaña”?

—Es que Gran Bretaña procuraba sacar su tajada de dónde pudiera. Gálvez entregó concesiones a los ingleses, entre ellas San Jerónimo, la mejor hacienda de Alta Verapaz. También Morazán hizo negocios con ellos, como la explotación de caoba. Esto era algo que

reclamaban los indígenas. La paradoja es que el ángel caído del cielo, Carrera, años después, prácticamente le cede Belice al Imperio Británico a cambio de la construcción de una vía de comunicación entre Guatemala y la costa Atlántica que nunca realizaron. ¿Quiénes firman el acuerdo? Por supuesto el ministro de Relaciones Exteriores, Pedro de Aycinena y su aliado: José Milla, a quien hacía rato se le había olvidado el himno. Otra joyita es la designación de Rafael Carrera como presidente perpetuo, con capacidad de nombrar sustituto interino en caso de ausentarse o fallecer, con la capacidad de convocar y disolver, cuando así lo desee, la Cámara de Representantes.

María Nubia hizo una pausa para que Andrés fuera detrás de los juncos. No había esperado que la revisión histórica le fuera tan útil para llenar el tiempo. Una semana atrás la consideró apenas un accesorio, una muestra de profesionalismo que le permitiría intervenir con propiedad. Ahora, pasado un día de espera, simulaba una clase común y corriente de la cual ella era la disciplinada profesora. La atención silenciosa le dio el aval para continuar:

—Vean cómo un hecho inesperado, la peste, junto con el pueblo inconforme, más intereses económicos, termina elevando a un dictador —explicó María Nubia.

—Por decirlo de otro modo —intervino Andrés—. La intención de libertad, o por lo menos de mejorar la situación, no pudo concretarse.

María Nubia lanzó un suspiro y fue a buscar su botella de agua. Andrés hizo lo mismo y en un aparte le dijo que necesitaba hablar con su mamá porque el martes tenía cita con el ortodoncista, que era muy estricto en cuanto al control del tratamiento.

—¿Y qué querés que haga? Si estás apurado buscá una paloma mensajera —le dijo de mal modo, harta de tonterías. Los habían abandonado en medio de la selva y se preocupaba por la visita al dentista. Solo faltaba que Greg le compusiera una canción. Al momento se arrepintió de la dureza de sus palabras. Rocío se veía mustia, sin ganas de bailar. Francisco se hacía el fuerte, pero sus ojos parecían pozos sin fondo. Greg trazaba unos signos en la tierra, como si buscara alguna respuesta. Era duro considerar que estaba a cargo de unos jóvenes menores de edad que parecían niños extraviados. Si pasaba algo malo, ella era la responsable. Su acopio de historias se había agotado y tragó saliva para no estallar en llanto.

X. Explorando el terreno

No era momento de quejas sino de buscar alternativas. María Nubia miró al grupo y alzando la voz dijo: —Volvamos a la realidad. No queda qué comer. Seguro llegan pronto, pero, por cualquier retraso, debemos recoger alguna fruta.

—¿Y si vienen cuando no estamos? —preguntó Andrés.

—El helicóptero se escucha de lejos. Lo que tenemos que hacer es despejar de inmediato la zona de aterrizaje —dispuso, e inició la tarea de quitar ramas y poner la sábana blanca para que se viera desde el cielo.

—Nada hacemos aquí. De paso podemos bañarnos en el río —propuso Greg, y, juntando las botellas en un bolso iniciaron la travesía.

—Miren allá arriba, en la palmera hay frutos —mostró Andrés.

—Ay, tontito. Son pejibayes y hay que cocinarlos horas. ¡Si al menos tuviéramos con qué hacer fuego! —dijo Rocío.

—De por si no hay ollas —recordó María Nubia. Trajimos todo justo para el fin de semana, así que, por las dudas, sigamos buscando.

—¡Vean los monos! —gritó Rocío señalando al grupo de negro pelaje y, cuando el macho alfa infló el cuello y empezó a aullar, de inmediato reconocieron el sonido que habían relacionado con los leones africanos. En las alturas saboreaban hojas y dejaban caer con displicencia plátanos maduros.

—Están medio comidos —observó Andrés con cara de asco.

—Dámelo a mí, que no soy delicada —dijo Rocío quitándoselo.

—Es mejor seguir descalzo —opinó Andrés—. El barro se come los zapatos y cuesta levantarlos.

—No es buena idea —opinó Francisco—. Hay muchos bichos, por no hablar de culebras.

Por supuesto, él calzaba botines con cordones, Andrés unos tenis y el resto zapatos finos que se salían a cada rato.

El barro les llegaba a los tobillos y, como si fueran niños, aprovecharon para deslizarse por la pendiente: —Como en el parque acuático de Disney ¡Yupiiii! —gritó Greg aferrándose a bejucos hasta caer en una poza donde se refrescaron. Rocío aspiró fuerte lamentando no tener el tubo de snorkel y la máscara. Le encantaba ver el fondo y al abrir los ojos, sin poder gritar, salió agitando los brazos como si se hubiera encontrado con un cocodrilo. Más calmada, contó la experiencia: abajo quedaba una gruta redonda y en cada agujero había un pez que la miraba con ojos saltones.

—Son buenas noticias —observó Francisco—. Si encontramos limones los hacemos ceviche.

—Yo no les meto mano. Pueden ser pirañas —objetó Rocío.

—En *El señor de las moscas* utilizaban los anteojos para hacer fuego —recordó María Nubia.

—Podemos probar con los míos —asintió Greg—. Aunque no tienen mucha graduación.

—Tengo una idea —dijo Andrés—: con las camisetas construimos una red y pescamos.

—Voy a ver si hay más peces en el centro —dijo María Nubia, y saltando sobre rocas brillantes llegó a un islote con un árbol en una de cuyas ramas se subió—. No me gusta poner los pies en el fango porque no se sabe

que hay debajo —gritó.

Greg y Rocío jugaban sumergiéndose y volviendo a salir. Francisco era el único que se mantenía seco; cuidadoso, acomodaba las botellas de plástico en la zona más limpia del riachuelo y esperaba con paciencia hasta que se llenaran. Andrés practicó el estilo mariposa y cuando lo vio solo salió chorreando agua y se acercó a hablar. —He estado pensando que los americanos son puntualísimos. Tenían que llegar ayer y aquí estamos. Es cierto que hubo tormenta, pero...

—Al Black Hawk no lo para un temporal. Coincido con vos.

—Se me ocurre que tuvieron un accidente y cayeron en la montaña —reflexionó Andrés.

—Incluso así, tienen radares.

Las palabras finales apenas se escucharon: —¡Terremoto! —gritó Greg y a grandes zancadas logró llegar a la orilla al mismo tiempo que Rocío.

La tierra temblaba y el estruendo parecía acercarse por segundos.

—¡Es una cabeza de agua! ¡Hay que alejarse del río! —vociferó Francisco mientras recogía la bolsa llena de botellas.

A empujones, con dificultades por el medio resbaladizo, lograron ubicarse en la parte alta y desde allí vieron la cara de desesperación de María Nubia cuando una monumental ola de madera y piedras arrasó con la isla y con ella aferrada al tronco del árbol.

—La perdimos —sentenció Greg.

—Calma —pidió Francisco—. Esto pasa cuando hay lluvias fuertes y el río se tapa por basura. Si el islote se mantiene, tal vez logre salvarse.

—Hay que buscarla río abajo —dijo Andrés—. No perdamos más tiempo. Por la tierra es difícil seguir. ¿Alguien no sabe nadar?

Nadie levantó la mano. Entonces Rocío intervino: —¿No ven la turbulencia? —dijo señalando el río embravecido, cuyas aguas cristalinas se habían tornado negras por el fango—. Por más que sepamos nadar no podemos meternos.

— Además, pronto va a anochecer. Por suerte llené las botellas cuando había agua limpia —declaró Francisco, agradecido por su previsión.

En efecto, durante el silencioso regreso un manto de oscuridad los cubrió y suspiraron alentados al ver los troncos del campamento. Andrés y Greg fueron directo a la basura, a recoger sobras de pan y cereal. Rocío susurró —Orinita vengo —y se perdió entre la maleza. Francisco, aparentemente por necesidad, fue tras ella y, sin mayor consideración, la tomó del brazo. —Quiero saber qué pasó con la chica —le pidió insistente.

—Sangra —le contestó sollozando—. Está en una cama con mucho dolor.

—La cosa no es como parece —explicó el muchacho—. En las vacaciones de julio me mandaron a la casa del abuelo y allí conocí a Elvira, la hija de una de las cocineras.

—Yo veo a una niña ¿cuántos años tiene?

—Doce, pero es toda una mujer. Empezamos una relación y justo antes de salir para acá mamá me avisó del embarazo. Estaba furiosa conmigo, no por tener relaciones con ella, no, sino porque el abuelo le había confesado que Elvira es una hija que tuvo con la empleada.

—Es decir: abusaste de tu tía.

—Para nada. Ella se hacía rogar, pero también quería... —reflexionó sin terminar la frase—. El caso es que hay problemas de herencia, de honor y no sé qué cosas más. En resumen: lo que viste fue a Elvira teniendo un aborto. Mamá arregló el asunto con una comadre.

—¿No es que en tu país está prohibido?

—Claro que sí, son casos que suceden y no hay más remedio. Lo que yo quiero saber es si le fue bien.

—No quiero que me toqués más. No aguanto ponerme en el cuerpo de la niña.

—Entonces prométeme que no vas a comentar más este asunto —le dijo ceñudo.

—Ni falta que me hace —respondió Rocío corriendo hacia la choza.

Sus compañeros habían reacondicionado el lugar. Los cartones desechados hacían las veces de colchón y las sábanas, hamacas, junto con toda la tela útil, cubrían los cuerpos de Greg y Andrés. —Los invitamos a dormir juntos —dijo Greg. Y cuando Rocío y Francisco se subieron a sus hamacas, musitaron ofendidos—: Si prefieren pasar frío y hambre allá ustedes. ¿Qué es eso que pasó volando?

—Tienen que ser murciélagos o mariposas nocturnas —dijo Francisco.

—Hay murciélagos que chupan la sangre de gente dormida —susurró Andrés.

—En caso de ser una mariposa espero que pase de largo. Dicen los mejicanos que si te tocan la frente es signo de muerte segura —comentó Rocío.

—Son supersticiones. No hacen daño —aseguró Francisco.

—Mejor prevenir que lamentar —dijo Greg tapándose la cabeza.

—Hay mucho que lamentar —comentó Rocío—. No puedo creer que perdiéramos a María Nubia.

—Es nuestra primera baja —dijo Francisco—. ¿Ustedes creen que nos afectará con la beca?

—Probablemente —opinó Andrés—. ¿Se dieron cuenta de que ella nos interpelaba para ver cómo reaccionábamos? Lo más seguro es que le pidieran un informe de cada uno.

—¿María Nubia era gringa? —quiso constatar Francisco.

—No digás “era” —lo recriminó Rocío—. ¿Por qué preguntás eso?

—Si no aparece pueden pensar que la matamos y mandar al FBI a investigar. Siempre solicitan la extradición para enjuiciar a los culpables.

—Supuestos culpables. Y no pueden extraditar a menores —acotó Greg—. ¿Hay alguien mayor de edad?

—Yo cumplí los dieciocho el mes pasado —rezongó Francisco.

—Siento comunicar que te toca cargar con el muerto —dijo Greg tomándole el pelo y, para alejarse del tema escabroso, agregó—. María Nubia nos preguntó qué carrera íbamos a seguir. Creo que quería constatar la vocación.

—Pura curiosidad—supuso Andrés abrazándolo más fuerte.

—Si hubiera querido saber qué carrera nos gustaba, yo habría contestado otra cosa.

—¿Qué? —consultaron Rocío y Andrés al unísono.

—Voy a seguir Derecho porque en mi casa es como la religión. Sí o sí. Sin embargo, mi ilusión es la moda. Me encantaría entrar a Parsons School of Design. Queda en Greenwich Village.

—¿Lo hablaste con tu familia? —preguntó Rocío.

—¿Querés que me den hasta por debajo de la lengua? Por empezar a nadie se le ocurre que la moda es una profesión. Y por terminar: son tan cerrados que cuando les conté, para tantear terreno, que a un compañero le gustaba diseñar modas, se rieron convencidos de que era maricón. Para colmo mamá me advirtió muy seria que nunca lo trajera a dormir a la casa.

—No te preocupés —lo consoló Rocío—. Vamos a encontrar la forma y nos vemos en Nueva York. Mi papá solo piensa en la traducción, las Naciones Unidas y reuniones políticas internacionales donde lo podría ayudar mucho. Pero ustedes saben que mis musas se encuentran en el Instituto Internacional Isadora Duncan.

Ojalá pueda al menos visitarlo.

—Ojalá —repitió Andrés—. ¿Saben que viene del árabe y significa “Si Alá quiere”? Voy a ser franco: a mí Administración me parece un bostezo. Si Alá quiere estudiaría Historia, porque lo que somos viene de atrás. Decimos y hacemos cosas sin imaginar que pueden pasar muchos años y se repiten, como ojalá.

*Ojalá se te acabe la mirada constante
la palabra precisa, la sonrisa perfecta
Ojalá pase algo que te borre de pronto
una luz cegadora, un disparo de nieve —
entonó Greg al oído de su compañero.*

—Creí que la canción de Silvio Rodríguez era romántica y ahora me suena a violencia sexual —analizó Rocío.

Francisco iba a burlarse de sus aires progresistas, pero lo pensó mejor y más bien volvió al tema. —Yo lo que quiero es ser piloto. Lástima que mi papá es miedoso y dice que se sentiría intranquilo si entro a la Fuerza Aérea. Si tuviera más independencia ingresaría a la Aviación Naval de USA.

—Una cosa es la independencia y otra la independen-CIA. Si tu tata no te quiere ver metido en nada bélico, ¿para qué te puso a leer *La guerra y la paz*? —objetó Greg.

—Seguro para desanimarme —contestó—. ¡Pobre María Nubia! Casi le cuestiono una afirmación, ahora me alegro de haber mantenido el pico cerrado.

—¿Sobre qué cosa? —preguntó Andrés.

—Ella nos dijo que Gálvez tuvo que dejar el poder por la peste y eso no es así. Lo que lo hizo caer fue la religión. La misma María Nubia explicó varias veces cómo los curas divulgaban en las iglesias que la palabra divina les ordenaba derrocar al gobierno. Se ve que no tiene experiencia —continuó Francisco—. En las últimas elecciones nos salvamos por la religión. Y no hablo de la católica, como hace doscientos años, sino de los mil grupos evangélicos, todos unidos para apoyar a quienes más les sirva. Eso sí: hay que estar en contra de los homosexuales y el aborto. En resumen: hace siglos que los políticos usan la misma técnica y la vía rápida es convencer a la gente de que hablan en nombre de Dios. No digamos en Latinoamérica, en el norte Trump también ganó de la mano de las iglesias.

—Hablando de *fashion* —siguió Greg con su tema—. De todo lo que leí, me llamó la atención que el arzobispo Lizana se manifestara en contra de la moda francesa. Como habrán visto en los cuadros, las mujeres usaban vestidos escotados, sin mangas, y los hombres pantalones ceñidos, zapatos con forma de góndola y hasta aretes. El cura odiaba no poder distinguir al macho de la hembra e imponía su posición contra lo que llamaba “pecado de la carne”. Los religiosos se sienten con el derecho de controlar la vida sexual de los demás. No pueden dejarlo a uno tranquilo —remachó—. Les confieso: me teñí este mechón rojo para hacer rabiar al abuelo. Me tiene harto metiéndose en todo lo que hago con la excusa de la imagen pública.

—Mejor que no dijiste nada cuando estaba María Nubia —observó Rocío—. Capaz incluía tus resentimientos familiares en el informe. Y eso te baja puntos.

—Si nos hacen evaluar a la facilitadora yo le bajo

puntos a ella —aseguró Andrés.

—No seas así —le reprochó Rocío—. María Nubia se preocupaba bastante.

—Lo principal no lo hizo. Debió *chequear* la caja con celulares y computadoras. Era lo más importante, y por ella estamos aquí sin comunicación alguna.

—Yo la disculpo —dijo Rocío—. El encargado de bajar todo fue el piloto. Maverick, creo que le decían.

—No entiendo por qué tardan tanto —insistió Andrés—. ¿Y si volvió la peste y somos los únicos sobrevivientes?

—Como en el libro de Saramago —recordó Rocío—. Todos estaban ciegos.

—Sin ver no pueden pilotear un helicóptero —dijo Greg.

—Puede ser otra cosa. Una muerte súbita de algún tipo. Los coronavirus no solo impiden respirar, sino que provocan coágulos en las arterias. ¡Y adiós! —insistió Andrés.

—Hay que prepararse para todo —dijo Francisco—. Si nos salvamos por estar aislados debemos asumir la responsabilidad. Seremos los Adanes y Eva.

—Tres hombres y una mujer. Lo hubiera preferido al revés —bromeó Greg.

—No es lo que queremos sino lo que tenemos —reconoció Andrés.

—Así es —coincidió Francisco—. Hay que compartir la mujer.

—Por si no se dieron cuenta: no estoy sorda —bufó Rocío—. Están locos si creen que me van a compartir.

—Si de nosotros depende la supervivencia humana —continuó en plan chistoso Greg—, hay que sacrificarse.

—Sacrificá a tu abuela —gruñó Rocío.

Tres palabras cruzaron por la mente de Greg: “Ya lo hice” y, para disiparlas, clamó escandaloso: —¡Ve cómo son las mujeres! ¡Al borde del fin del mundo y ellas pidiendo gustos!

—Dejala —dijo, resuelto, Francisco—. Ella pasa a ser la bruja oficial y nosotros buscamos alguna indita que haya quedado perdida.

—Se muere una compañera y ustedes haciendo bromas —protestó Rocío, indignada.

—Nunca debe faltar el sentido del humor. Lo que pasó fue un accidente —se defendió Greg—. Yo no soy pesimista; pienso que si se aferró fuerte al tronco debe de estar pasando la noche a solas, más abajo.

—Mañana a primera hora salimos a buscarla —aseguró Francisco—. En toda operación es falta grave dejar a un soldado herido en el campo de batalla.

XI. El botín

El mejor corte para atravesar la jungla es el llamado “cepillo”: al rape en los lados y como césped recién cortado en la parte de arriba. Es limpio a la vez que protege del sol y los insectos, incluso, en caso de ataque, resulta prácticamente imposible usarlo como punto de agarre. Así lucía el cabello de Bill Dillan.

En realidad, él, desgarrado y enclenque, nunca había ingresado a la selva ni al campo de batalla; sus habilidades eran más efectivas en una oficina con aire acondicionado, no por comodidad o delicadeza sino para la protección del equipo electrónico que, desde la infancia, era extensión de su cuerpo.

De niño el papá lo había llevado a un campamento en medio del bosque para, supuestamente, templarle el ánimo y hacerlo hombre; eso decían sus amistades, alabando los beneficios de establecer relaciones filiales estrechas. El resultado fue lo contrario: la imagen paterna decayó a pasos agigantados mientras intentaba convencerlo del placer que producía la pesca, actividad detestable, hedionda y sin interés. Era ilógica la alegría desbordante al sacar del agua un minúsculo animal, tan imbécil que ni siquiera podía distinguir un anzuelo; si por lo menos fuera un tigre, algo de valor requeriría. Tampoco disfrutó del “aire puro”, oloroso a boñiga y plantas en descomposición, ni levantarse temprano para ver un sol raquíptico que en épocas prehistóricas habían adorado como ser supremo. Lo primero que hizo al regresar fue encerrarse un buen rato con su computadora; más calmado tuvo que reconocer que, después de todo, la experiencia le había dejado un aprendizaje: nunca más iba a permitir que lo arrastraran a un mundo primitivo que

algunos tontos procuraban revivir debido a la ignorancia sobre los avances de la humanidad.

Otro elemento lo hacía diferente: en lugar de los juegos de guerra, opción favorita de sus compañeros de clase, prefería quebrar bancos y asaltar negocios virtuales. Bill despreciaba las escogencias de la mayoría, siempre desvivida por conseguir la aceptación de la manada. El *Homo sapiens* albergaba en lo profundo la tendencia a no reconocer sus defectos y, si los antropólogos tuvieran un ápice de modestia le darían su nombre merecido: *Homo stultus*. Por eso, a veces, soñaba con ser un robot de cuerpo impenetrable y capacidades infinitas.

A pesar de su facilidad innata para programar y descifrar enigmas, el paso por la universidad le había dejado un sabor amargo. Sus compañeros se llenaban la boca diciendo que eran liberales y nunca faltaba quien le preguntara si Bob Dylan era su papá. Bill respondía enfático: —¡No me insulte! ¡Por cobardes como él Estados Unidos tuvo que salir humillado de Viet Nam!

Al principio, frente a la expresión de desconcierto, utilizaba unos minutos para explicar la relación entre el movimiento *hippie* y la decadencia de la dignidad americana. Pronto se dio cuenta de que era tiempo perdido. En esa época procuró entender por qué a todos parecía gustarles esas canciones melosas y disfrutaban contaminando el ambiente con desechos mientras hablaban de la protección de la naturaleza. Estaba rodeado de cabezas huecas que pasaban el tiempo en fiestas atiborrándose con alucinógenos, sin respeto alguno por el único componente valioso que tenían: el cerebro, órgano dinámico sediento de insumos específicos para procesar la información de manera correcta.

La caída de las Torres Gemelas había sido una muestra clara del peligro; después del ataque nadie en su sano juicio podía ignorar que, de continuar por el mismo camino, la destrucción era inminente. Lamentable pero cierto: discapacitados para pensar y amigos de mirar su propio ombligo, los miembros de la academia perdían el tiempo en discusiones inocuas alejadas del deber primordial: resguardar al país de los enemigos.

Para sobrevivir no podían continuar por la misma senda y Bill era consciente de la obligación moral que pedía a gritos hiciera algo en defensa de la patria. Poco a poco fue sondeando referencias: las organizaciones de interés eran más de sesenta y había de todo tipo; la mayoría se ocupaba de obtener apoyo financiero en el ámbito electoral debido a que estaban inconformes con la legislación aprobada en contra de los básicos preceptos religiosos. No era algo extraño: los fundadores habían llegado a Massachusetts perseguidos por sus creencias y hasta en los billetes aparecía el mandato: *In God we trust*. El enfrentamiento con los católicos y anglicanos había templado la fe cristiana, que, aunque dividida en diversas denominaciones, se mantenía alerta para interpretar la Biblia y obrar en consecuencia.

En contra de los embates pacifistas, que tanto daño ocasionaban, la constitución de los Estados Unidos establecía el derecho de la población a defenderse por todos los medios, de manera que la Segunda Enmienda, de 1791, se había constituido en el grito de batalla, repetido de memoria una y otra vez: “Siendo necesaria una milicia bien ordenada para la seguridad de un Estado Libre, no se violará el derecho del pueblo a poseer y portar armas”. Así lo habían demostrado al ingresar al Capitolio el 6 de enero del 2021. Lamentablemente, los traidores no apoyaron con energía el heroico acto, pero

una batalla perdida no quita la posibilidad de ganar la guerra.

El derecho de formar milicias era indispensable para rebelarse contra el gobierno federal que tan mal protegía a sus ciudadanos de los narcotraficantes, terroristas y cantidad de inmigrantes que entraban a hacer de las suyas sin resguardo.

Si bien la grandeza de América era reconocida por todos, los aliados se recostaban en su espalda y extendían la mano para recibir ayuda sin aportar nada. Lo había dicho el presidente: era hora de repartir responsabilidades. Su país había sido generoso en la difusión de la democracia mundial, ahora era el momento de preservar las libertades que tanto habían costado.

Estados Unidos estaba en medio de un combate y había que tomar partido. Bill buscó entonces en la *deep web* datos sobre las milicias activas que reclutaban combatientes de Irán y Afganistán, soldados con probada destreza por arriesgar todo en defensa de la forma de vida americana.

Lastimosamente, él no era muy religioso ni tenía pasta de guerrero, es decir, como en el colegio, no encajaba en ninguna de las alternativas.

Si fuera por la experiencia armamentista, las técnicas militares o el desarrollo de los músculos, Bill hubiera tenido que retirarse a lamer sus heridas. Pecoso, pálido, de carne tan pegada a los huesos que era difícil imaginar su dieta de hamburguesas y sodas, en su vida de estudiante —donde la popularidad parecía una obligación— era blanco de golpes y burlas. Por eso prefirió regresar al hogar con un simple bachillerato en Tecnología de la Información en lugar de seguir

soportando vejaciones de quienes se creían gran cosa y ni siquiera eran capaces de comprender lo que tenían frente a sus ojos. Las universidades, al igual que las fuerzas armadas, se habían convertido en un lugar de hacer ejercicios sin afectar un ápice la realidad; la acción y el sentido práctico debían de estar en otro lado.

Se alejó del campus sin despedirse. La vuelta al nido afianzaba lo que todos decían por lo bajo: Bill era un perdedor.

El papá estaba de viaje; su trabajo de *trailero* lo mantenía alejado del hogar y en el periplo de regreso, como el antiguo Ulises, las rutas se alargaban más de lo necesario, de manera que lo ganado se evaporaba en el camino. La madre, comprensiva, tenía lista la cerveza para recibir a su esposo. A él, en cambio, le abrió la puerta con una sensación agridulce; había esperado con ansias que lograra una beca completa, dado que los escasos ingresos de su pequeña tienda de abarrotes eran insuficientes para financiar estudios superiores.

La mamá, demasiado ocupada con las labores domésticas, usualmente respetaba su espacio mientras Bill se mantenía encerrado en el cuarto. Con timidez golpeó despacito la puerta y tuvo que insistir para que su hijo, demacrado y con falta de sueño a pesar de tener todo el tiempo del mundo, le preguntó qué quería. Lentamente entró al pequeño dormitorio a explicarle: se había comprometido con el ministro de la iglesia a colaborar solicitando ofrendas y sería de gran ayuda si él tomara su lugar durante el fin de semana, dado que, por ley, le correspondía hacer el inventario.

En algo tenía que contribuir, pensó Bill, y el sábado se unió al grupo que, desde el local comunal, llamaba a las ovejas rezagadas desde el mediodía hasta las 8

de la noche. El primer minuto escuchó a la hermana de la izquierda apelar a la retribución “cien por una” que indicaba la biblia y hacer melifluas alusiones al cielo y a los sacrificios cristianos mientras contribuía al desarrollo de sus granos engullendo chocolates. Al mismo tiempo, la de la derecha, más concisa, leía Deuteronomio, 16-16: “Ninguno se presentará delante de Jehová con las manos vacías; cada uno con la ofrenda de su mano, conforme a la bendición que Jehová tu Dios te hubiere dado” y Levítico 27-30: “El diezmo de la tierra, así de la simiente de la tierra como del fruto de los árboles, de Jehová es; es cosa dedicada a Jehová”. Tenía las citas en un papelito, al lado estaba el celular con los mensajes del novio.

El resultado era deplorable y ningún ejemplo a seguir. Para mantenerse despierto se dedicó a lo que le gustaba: buscar información en la red.

Después del oficio del domingo, el pastor solicitó hablar a solas con la madre. Muy serio indicó que Bill había logrado una cifra inesperada de ofrendas, prácticamente lo que otros colaboradores obtenían en un semestre. ¡Al fin tenía algo de qué enorgullecerse!, dedujo la mamá con una amplia sonrisa hasta que escuchó la segunda parte, dicha con tono violento: las llamadas no eran fraternas, como debían ser; previamente su hijo sacaba datos bancarios importantes, incluso algunos ingresos ocultos para no cancelar los impuestos al IRS, y, al señalarlo, los feligreses aumentaban la cuota hasta cubrir el diezmo.

La señora al principio no supo qué decir, finalmente, con un nudo en la garganta, preguntó si era ilegal. — Es un delito puesto que Bill utilizó fuentes privadas — respondió enojado el ministro—. Algunos, después de consultar con abogados, incluso mencionaron la palabra “extorsión”.

—Él es una buena persona y no quiso perjudicar a nadie. ¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó la mamá acongojada porque sabía que Bill había actuado a pedido suyo.

—La denuncia es seria —reconoció el pastor—. Lo primero que tiene que quedar patente es que el muchacho no seguía instrucciones de la iglesia. Ya lo he aclarado a algunos fieles, ahora me tocará explicar la situación al Consejo.

Bill no se inmutó ante el regaño tartamudeado de la madre; le daba igual si no les había gustado su colaboración, tampoco tenía por qué huir. Le sucedía con frecuencia, sin saber por qué terminaba enredado en hechos que no le concernían; eso meditaba cuando dos autos estacionaron frente a la puerta. El pastor venía acompañado por un señor mayor cuya frente altiva hacía fácil deducir que se trataba de un policía. Por fortuna su mamá estaba todavía trabajando y no iba a ver la detención.

Dudó un instante si buscar algo de ropa o abrir la puerta. No quería que la tiraran abajo, así que la mejor opción era hacerlos pasar y prepararse para lo peor. Lo extraño fue que no parecían molestos, más bien el ministro, muy sonriente, lo presentó al general como el muchacho que podía sacar recursos hasta de los más avaros. Bill sintió que los dedos se quebraban cuando el fornido señor vestido de civil le estrechó la mano. El hombre, cuya cara de piedra no opacaba los ojos alertas para detectar peligros y oportunidades, se acomodó en la sala sin esperar la invitación y, como si lo conociera desde hace años, tuvo la confianza de compartir que era parte de una organización de patriotas cuyo principal objetivo era la defensa del orgullo americano. Mantener la estructura funcionando constituía una proeza y aunque

políticos renombrados y conocidos actores de Hollywood destacaban por sus generosos aportes, estos recursos debían ser destinados a las campañas políticas que aseguraban puestos leales en el Congreso, Senado, hasta la presidencia de Estados Unidos.

En un inicio Bill creyó que era un truco para pedir dinero —cosa imposible dado que no tenía empleo y vivía con sus padres— pero, al escuchar la vehemencia con que hablaba del concepto “*America First*” y sus esfuerzos para que las fábricas de México y China regresaran a Estados Unidos, le pasó por la mente un conjunto de delirios de grandeza, más cuando los rangos militares ficticios eran usuales entre los líderes sureños.

Lo real es que el tema de la extorsión solo fue mencionado cuando el pastor le indicó que llamaría a su mamá para felicitarla por la iniciativa que había demostrado su hijo.

—Siento mucho la mala interpretación de los hechos —dijo el general, y agregó un consejo—: Para obtener recursos conviene apelar a la buena voluntad y si encima quedan agradecidos, mucho mejor. Por supuesto, la otra vía es la conflagración, pero resulta onerosa en dinero y capital humano.

Un cambio drástico, pensó Bill y, allanado el camino, el general le propuso aceptar un trabajo que, estaba seguro, le iba a interesar. Al día siguiente inició labores en el cubículo sito en la quinta planta de un edificio con el logo “*Make America Great Again*” en la entrada. La operación consistía en obtener efectivo para la compra de armas y el entrenamiento de tantos aspirantes que, como en 1776, procuraban recuperar la independencia.

Bill, el mago de los números, fue el que más dinero

logró recabar en el mes, no tanto debido a su habla convincente sino por desarrollar búsquedas de actitudes y dividendos unidas a un algoritmo de *fundraising* y ganancias secundarias. El general en persona llegó a felicitarlo y, para sorpresa y envidia del resto, le puso el apodo “Minuteman”, aludiendo tanto al uso milimétrico del tiempo como —y, sobre todo— al lejano tiempo de la colonia, cuando los milicianos apenas necesitaban un minuto para salir a defender su tierra. Tan honorable nombre marcó el paso a otras esferas más importantes para las cuales debía pasar por una serie de pruebas diseñadas por la National Security Agency.

Por primera vez la camiseta y arrugados *jeans* eran obviamente inadecuados al transitar por largos pasillos con puertas que abrían solo con la lectura de pulgar del estirado custodio. Después de todo, el rango militar no era un título de cortesía, hecho que comprobó al ingresar a la amplia oficina resguardada por la bandera y el cuadro del presidente al frente. Detrás de la mesa oval, con estricto uniforme de camisa blanca, corbata y traje oscuro, el general se había ganado el respeto y admiración de sus subalternos sin necesidad de enfatizar las siete líneas de rangos, premios y condecoraciones al lado de la solapa. Cumplida la tarea, el guardia hizo sonar los tacones llevando la mano recta a la sien y esperó la venia para salir. El jerarca, con un simple gesto, lo invitó a sentarse y sin ningún rodeo expuso la importancia vital de la recopilación y análisis de las redes de comunicaciones en la elaboración de escudos frente a ataques cibernéticos. Al final, como corolario, dijo que tan complicada labor requería el apoyo de personas con altos coeficientes intelectuales. —Sin embargo— aseguró haciendo una pausa— tener una inteligencia superior no es suficiente, a ella hay que agregar una fuerte dosis de patriótica lealtad. Una mezcla difícil de conseguir, casi

imposible. Y hay un requisito más —agregó mirándolo fijo—: la creatividad, porque estamos en la línea delgada que une el arte con la ciencia.

El discurso era apropiado como motivación para ingresar a la National Security Agency con el grado de supervisor de tareas. Cualquier joven que no fuera Minuteman le hubiera agradecido la generosa oferta. Éste recordó que la página *web* de la NSA coincidía con la misión de los patriotas: “*Defending our Nation. Securing the Future*”. —Lamentablemente —murmuró defraudado—, la SIGINT no pasa de un nivel básico a pesar de contar con más de 30.000 empleados oficiales. Incluso los hackers traducen sus siglas como *No Such Agency*.

La costumbre de reducir los nombres y usar acrónimos no dejaba de ser fuente de burla. Después de todo: ¿quién era el sabio que había convertido el espionaje en tópico de entretenimiento a la vista de todos?

Todavía con alguna esperanza, el general procedió a informarle que su desempeño había sido excelente en todas las pruebas requeridas y, cuando vio el semblante aburrido como si el logro fuera trivial, comprobó lo que había sospechado desde el principio: estaba ante alguien que no se conformaba fácilmente, tenía más altas aspiraciones o tal vez desconfiaba de lo obvio y sobre todo de las oficinas estatales, asiduas repetidoras de la valiosa consigna “*Information is Power*” sin lograr resultados concretos. Hasta las elecciones habían sido manipuladas frente a sus ojos.

En efecto, Bill aspiraba al Poder con mayúscula, como el que deseaba utilizar al servicio de América de acuerdo con los principios originales que tan violados

eran por fisuras humanas, anuentes a intercambiar armas por drogas facilitando el deterioro mental que hacía de su pueblo sumiso e incapaz de conocer los intereses subyacentes. Agencias cuestionadas por su relación con el narcotráfico, como la CIA, constituían un pernicioso espacio abierto para los cibernautas. Por otro lado, la NSA era un mero juego de espías.

El rechazo rotundo, en lugar de decepcionarlo, elevó las esperanzas del general, quien, acostumbrado a salirse de las vías burocráticas, le propuso un contrato externo que incluía un jugoso salario mensual, hospedaje, alimentación y viáticos. Finalmente, lo que su mamá había considerado una pérdida de tiempo, fue el trampolín que lo condujo donde estaba la verdadera acción: “El Fuerte”, instancia secreta de ciber-espionaje mundial. Minuteman fue llevado a destino en un camión cerrado, que, después de varias horas, se deslizó como si fuera por un tobogán a las entrañas de la tierra. Tal como había sucedido en los encuentros previos, el general lo esperaba en su holgado despacho, esta vez sin uniforme. Lo primero que le llamó la atención fue la foto enmarcada de una mujer rubia, atlética, de ojos verdes y amplia sonrisa. —¿La reconoce? —quiso saber el general, y Bill contestó sin dudar: —Es Ashli Babbitt. La asesinaron en el Capitolio.

—La conocí cuando estaba en la Fuerza Aérea. Nos vimos en los Emiratos, Kuwait y Qatar. ¡Una gran pérdida! No le tenía miedo a nada. Cayó en defensa de la patria y bien merece ser enterrada en Arlington —suspiró—. Como ella, hay que seguir batallando en distintos flancos.

Minuteman ignoraba que su rápida respuesta había sido el examen medular. En consideración a su probidad, el general de inmediato le asignó la logística económica

foránea. Bill pasó horas sin dormir estudiando la red Swift, hasta que, al repasar una vez más los mapas interactivos que rodeaban su dormitorio futurista con forma de poliedro pentagonal —único de la zona PRISM—, le pasó por la mente que desde todo punto de vista era más efectivo aprovechar las grandes sumas que permanecían descuidadas en los presupuestos nacionales, dado que, por más pequeño que fuera un país, el erario era menos cuidado y sus grandes números tenían más ceros que los de la mayoría de las personas.

En la cita matutina el superior arrugó las cejas pensativo; contaban con una intrincada madeja que, en toda ayuda al desarrollo, desviaba el traslado monetario y de armamentos redirigiéndolo a los patriotas ubicados en el suelo patrio. Buscar agujeros para ampliar el sistema era lo que esperaba de Minuteman; la estrategia funcionaba y lo último que quería era poner en peligro esa permanente fuente de recursos. —*If it ain't broke, don't fix it* —remachó.

Bill no olvidaba fácilmente y le recordó lo que había expresado hacía menos de una semana: era lamentable que en el afán de pasar de la defensa al ataque tuvieran que echar mano a los despojos que suministraban a los combatientes extranjeros. La AK-47 era producto de la antigua Alemania Oriental, el FAI provenía de Bélgica y la muy solicitada M-16 y el Lanzacohetes RPG constituían resabios del ejército soviético. —En otras palabras —había enfatizado días atrás el general—. Para ser independientes debemos contar con nuestro propio armamento.

—Los fusiles Barret se fabrican en Tennessee —puso como ejemplo Bill—. Andan en alrededor de 9000 dólares. Lo importante, entonces, es obtener más fondos para comprar todo en nuestro país.

—No pudimos impedir la prohibición de los rifles automáticos y semiautomáticos en siete estados más el distrito de Columbia. Pero eso lo corregiremos en breve, Minuteman —dijo el general, quien le tenía aprecio y oía con cuidado sus iniciativas. Y después de un breve instante, agregó—: Está bien. Vamos a comprobar las premisas haciendo un primer ensayo en países subdesarrollados. Según el resultado ampliaremos la acción.

Así inició el proyecto *Five or None*, cuyos responsables no eran milicianos comunes —fortachones reclutados fácilmente por compañías privadas que realizaban las labores en las que el ejército prefería no intervenir—, sino caballeros de traje oscuro y maletín para *laptop*, bien peinados y con modales finos que los hacían sentirse cómodos en las frecuentes reuniones con embajadores y cónsules.

A temprana edad y sin terminar estudios universitarios, Bill Dillan había logrado lo que muy pocos llegaban a alcanzar: convertir sueños en realidad. Sus esfuerzos, además, procuraban una causa justa, indispensable para apuntalar la libertad.

Jamás olvidaría la primera reunión del comando. El general mantuvo el cuerpo recto y la mirada severa cuando dijo —Buenas noches —y presentó a Minuteman. A su lado, Bill desplegó el proyector a las veinte en punto ante los cinco hombres convocados. Atentos estaban el coordinador de seguridad, el ingeniero de sistemas, el experto informático, el responsable de telecomunicaciones y el representante de negocios.

—Iniciamos la sesión —ordenó, parco, el general.

Bill no necesitó preámbulos: —De acuerdo con los

estudios psicológicos el acercamiento a los políticos, sin olvidar que son aliados, debe considerar tres puntos de presión:

- Flanco económico
- Flanco de imagen
- Flanco emocional

El primer punto está resuelto: tenemos las cuentas bancarias nacionales y extranjeras —continuó desplegando los números y claves—. Las principales se encuentran en Caicos, varias en Panamá —no es de extrañar, por la cercanía— una en Turks y la última en la Isla de Man.

—Es decir: extraemos el dinero y no pueden denunciarlo —concluyó el ingeniero.

—La idea es buena y puede quedar para otro caso —suavizó el rechazo Bill antes de aclarar—. La propuesta es todo lo contrario: depositar algún dinero en esas cuentas y transferir el grueso a nuestras fundaciones en Texas y Arizona.

—De esa forma quedan agradecidos porque les incrementamos los ahorros —si es que se pueden llamar así—, pero también nos tienen que encubrir, dado que, en caso contrario, ellos mismos destapan sus negocios —explicó el general.

—Y eso es un tiro mortal a la imagen pública. Los hunde para siempre y quedan fuera de juego en el ámbito político— dedujo el informático.

—Vamos con el último flanco. Es la cereza sobre el

pastel, la soga al cuello para asegurarnos que mantienen el pico cerrado.

—¿También es su idea, Minuteman? —preguntó el responsable de negocios al detectar la oportunidad de unir fuerzas.

—Es una propuesta del psicólogo —tuvo la humildad de decir Bill—. Consiste en tomar a los hijos como rehenes y presionar fuerte.

—La movida es riesgosa. Nos puede traer problemas diplomáticos —objetó el coordinador de seguridad.

—Lo bueno es que ni cuenta se van a dar. Será una decisión por su propia voluntad, como quien se dirige a una excursión de fin de semana —explicó Bill—. La zanahoria es una beca para estudiar en América. Esta fase está completa y se realizó por medio de vías oficiales en los lugares de estudio, donde, por pura casualidad, resultaron ganadores de la primera etapa.

—Podemos ofrecerles el ingreso al *ivy league* o, si prefieren más cerca, a cualquier lugar de la Florida o Texas —explicó el general.

—¿Y quién garantiza que todos están finalizando la secundaria?—preguntó el representante de negocios, acostumbrado a oler el lado flaco.

—Ya lo verificamos: dos están en la secundaria, en distintos niveles, pero se lo podemos prometer a futuro. Otro tiene a un hijo que acaba de graduarse y falló en la prueba de matemática, a esos les dicen ninis: “ni estudian, ni trabajan” —intervino Bill haciendo un paréntesis—. Hay uno que tiene hijos profesionales, pero para el caso nos sirve el nieto con quien tiene buena relación. La hija del quinto cursa el último año de

la universidad: casi termina Relaciones Públicas. A ella le proponemos hacer una práctica social de liderazgo para ingresar al doctorado.

—¿De quiénes estamos hablando? —preguntó el responsable de telecomunicaciones, confundido entre tantos personajes.

—De los Ministros de Hacienda, por supuesto —dijo, displicente, el general.

—Es sencillo —expuso Bill—. Los ministros tienen acceso a SWIFT, la red internacional de transferencias bancarias. Oficialmente, desde la embajada de cada lugar para que no nos den largas como acostumbran, van a concertar una cita urgente para la entrega de donaciones confidenciales relacionadas con el consabido golpe estratégico al narcotráfico.

—Tenemos a nuestros patriotas listos para la tarea —aseguró el general—. Y a ustedes los hemos distribuido uno por país, de acuerdo con los contactos y la posibilidad de borrarse no bien terminen el trabajo. Tiene que ser un fin de semana, cuando hay menos controles.

—Al llegar al despacho —indicó Bill— deben deshacerse de cualquiera que acompañe al ministro con la excusa del secreto de la misión y de inmediato desplegar las municiones: los números de cuentas bancarias en paraísos fiscales, los perjuicios que ocasionarían si salieran a la luz y el pasaporte y video de los hijos.

—¿Se puede saber dónde van a recluirlos? —preguntó el representante de negocios.

—El lugar es un sitio selvático, sin GPS ni Internet. Allá la pasarán entretenidos haciendo tareas que suponen

son indispensables para ingresar a la universidad. Siempre es bueno adentrarse en situaciones de supervivencia para templar el carácter —dijo el general, y agregó—: Prosiga, Minuteman.

—Volviendo a nuestro proyecto. Con la anuencia de los ministros accedemos al software de pagos del Banco Central y, con credenciales legítimas, es sencillo ingresar en la cuenta nacional de la Reserva Federal en New York. A partir de ahí cada uno inicia las transferencias a sedes ocultas y con el *malware* diseñado borramos el rastro.

—Podemos utilizar nuestro VPN y redirigirlos a Corea del Norte —acotó el general.

—¿Y si surge algún inconveniente?

—Acusamos a los ministros de corrupción y revelamos sus cuentas y negocios turbios.

—¿Y los chicos? —preguntó el ingeniero, que tenía un hijo adolescente.

—Entiendo su preocupación —dijo el general—. Esperamos que tengan la capacidad de buscar ayuda. No podemos arriesgarnos a enviar nuestros hombres al rescate porque deberían traerlos al aeropuerto y pueden ser reconocidos. Además, a esas alturas, el dinero estará recaudado y pasamos a un segundo nivel de acción. El resto no interesa.

—Lo que interesa es saber de cuánto estamos hablando —inquirió el representante de negocios.

—Este cuadro muestra datos de los últimos presupuestos militares —dijo el coordinador de seguridad proyectando las cifras en la pantalla:

Costa Rica 435

El Salvador 322

Guatemala 340

Honduras 406

Nicaragua 82

—Costa Rica no tiene ejército —objetó el ingeniero—. Supongo que incluyen los gastos de defensa.

—Exacto —se apresuró a contestar el aludido.

—Son los números oficiales, no reales —intervino Bill—. Y eso es lo público, de hecho los países nunca incluyen rubros confidenciales ni donaciones encubiertas.

—¿Qué les parece un 10% para cada uno? —propuso el representante de negocios, amigo de los porcentajes.

—Cuanto más sencillo, mejor —informó el general—. No olvidemos que es un caso piloto. Un redondeo de 20 millones por país nos deja 100 para compra de armamento.

En efecto, el monto fue suficiente para adquirir 140.000 carabinas M4A1, con lanzagranadas M203 y visor óptico incluido. Apenas un comienzo, pero un buen comienzo.

Todo había salido según el cronograma. Bill Dillan debía sentirse contento por el éxito, pero, sin tiempo para emociones ligeras, repasó los datos del siguiente

objetivo: países petroleros. Sentía enormes ganas de rascarle la nariz al tigre.

XII. La ley de la selva

Los primeros rayos se filtraban entre las ramas cuando Francisco se tiró de la hamaca y a gritos destemplados dio la orden de salida en cinco minutos. —No olviden las botellas para llenarlas de agua —remachó—. Si el río está más calmo nos vamos por ahí. Es la mejor alternativa para seguir el rastro, sin machetes es imposible abrir camino.

—Podemos buscar troncos y construir una balsa —propuso Rocío. Había dormido mal y las ojeras le afeaban el semblante.

—¿Y con qué los vamos a amarrar? —preguntó Greg y él mismo se contestó dirigiéndose a Andrés—. Las cajas venían cerradas con cinta adhesiva. Bajemos una sábana, rasgada nos puede servir de amarre.

—Ojalá haya cuchillos —dijo Francisco en voz alta mientras rebuscaba entre la basura—. Solo de plástico —lamentó y sin perder más tiempo inició la marcha.

Con máximo apuro lo siguieron sin escuchar los alaridos de las guacamayas que cubrían el cielo de flechas verdes y azules. El río estaba manso y la quietud hacía difícil imaginar que pocas horas antes era un furioso torrente que destruía todo a su paso.

Francisco suspiró aliviado al ver el cambio. — Busquemos maderas que puedan unirse. Y un palo largo para empujar la balsa —dijo convencido—. Usaremos la misma corriente para revisar dónde pudo haber quedado María Nubia.

Después de mucho esfuerzo colocaron en tierra diez tablones de distintos tamaños, rasgaron la tela y la entrecruzaron a ambos lados. No fue suficiente y para darles más sustento usaron los cinturones e incluso Francisco aportó los cordones de las botas. —De por sí —dijo acomodándolas sobre un tronco—el cuero se puso duro y no aguantó las ampollas. Iba a meterse al agua cuando, secándose el sudor, añadió—: Es fundamental no perderse, por lo menos recordar un punto para encontrar el regreso, por ejemplo, ese cedro amargo. Mientras ustedes inauguran la balsa, yo hago unas marcas con la hebilla.

Greg iba a decir: “Dibujá un corazón con las iniciales de tu novia”, pero consideró que el chiste podía ser mal recibido y optó por callarse.

Al intentar subir a la rudimentaria nave, las rodillas les quedaron en carne viva. Solo Greg intentó pararse; fue el primero en caer a un costado y al resurgir se dio cuenta de que había perdido los lentes y no hubo forma

de recuperarlos. Los tenis de Andrés se llenaban de agua, por eso amarró los lazos y los puso sobre una rama al pasar. Fue el último en dejar los zapatos perdidos; así reconoció, como el resto, que andar calzado era un estorbo.

No hubo forma de mantener unida la estructura; de panza sobre las tablas finalmente tuvieron que reconocer que la genial idea del bote *express* era un rotundo fracaso, si bien sus partes se usaron como flotadores que seguían la suave marcha del riachuelo.

Rocío, persistente en su idea de contemplar el panorama, gritó alegre: —¡Miren allá! Entre las copas de los árboles un hilito de humo se elevaba al cielo, guiándolos hacia un grupo que tomaba agua dulce alrededor de la fogata. El olor a pollo asado los había atraído como un imán, pero al llegar esperaron, prudentes, a ser invitados con las piezas sobrantes. Andrés, quisquilloso para alimentarse, fue el primero en dejar los huesos pelados, aunque mostró un dejo de disgusto al enterarse de que era la cola de un garrobo.

Rocío estaba hambrienta e incómoda; en ropa interior y con la camiseta mojada pegada al cuerpo sentía los ojos de los desconocidos enfocados en su cuerpo. Como era su costumbre al ingresar a una discoteca, hizo un repaso rápido de la situación. Veinte personas de edades variadas se encontraban alrededor de las brasas; a la usanza antigua los pedazos estaban colocados sobre piedras y en la zona más caliente una olla burbujeaba. Hablaban poco y por señas pedían más a las mujeres que, también agotadas, hacían de cocineras. No le fue difícil detectar a los jefes, aunque estaban sucios como el resto, con los sobacos sudados, el pelo pringoso y dientes tan maltrechos que les costaba masticar. La diferencia era que uno había recostado el fusil en el tronco donde

reposaba y el otro mantenía la pistola en la cartuchera. El primero, un anciano canoso, no perdía detalle de los movimientos; sus ojos eran vigilantes y desconfiados lo que contradecía la supuesta serenidad del ambiente. El otro, un gigantón con ropa militar tenía una tupida barba ensortijada que contrastaba con la brillante calva. Selva y desierto era su distribución capilar. Algo incomible debía tener en la boca, escupió el pedazo a un costado y dijo a dos jóvenes que recogieran todo para proseguir el viaje.

A Rocío le tomó un tiempo distinguir a las cinco niñas que, amarradas entre sí, aceptaban de buena gana elotes hervidos. Era un buen lugar para comer fuera de la vista de los hombres, de manera que, silenciosa, cruzando los brazos para cubrir sus pechos, se unió a ellas con la expectativa de que le dieran alguna mazorca.

Con el estómago saciado, Greg rompió el silencio agradeciendo la comida y, sin más explicaciones, preguntó si vivían cerca y dónde podían conseguir *wi-fi*.

Los barbudos se lo quedaron mirando un momento antes de estallar en carcajadas. Después de golpear repetidas veces las piernas pudieron recobrar el aliento y preguntar: —¿Ustedes tienen celular?

—Los perdimos —dijo Andrés para no entrar en explicaciones.

—¡Qué pena! Les hubiéramos dicho en cuál árbol podían enchufarlos —se burló el calvo.

—Lo que queremos saber es si ustedes conocen la zona —aclaró Francisco.

—La selva cambia a cada rato. Más bien ella nos conoce a nosotros —contestó el de pelo cano—. Dirigimos a toda esta gente —dijo señalando al grupo con el dedo,

y para concretar especificó—: Vamos a cruzar la frontera por Nuevo México.

—¿No se enteraron de que el ejército los manda para atrás? Ya no es tan fácil como antes —les advirtió Francisco, acomodándose el pelo mojado con los dedos.

—Nos sobran los contactos —aseguró el pelón—. Si quieren los llevamos, cobramos mil dólares por cabeza, apenas para el gasto.

—A nosotros nos dieron visa, no necesitamos coyotes —dijo Andrés, y al momento se arrepintió cuando vio las caras. Más que coyotes parecían lobos—. Si tuviéramos los pasaportes se las mostrábamos —aclaró.

—Una compañera cayó al río y con suerte pudo sobrevivir —intervino Francisco—. Queremos buscarla a ver si aparece.

—¡Miren! Es la mariposa de María Nubia —gritó Rocío mostrando el dije que colgaba del cuello de una chiquita.

—¿Le robaste el collar? ¿Dónde la conseguiste? —preguntó Francisco tomándole el brazo con fuerza. La niña balbuceó algo inentendible que el militarote tradujo de inmediato: —Como siempre, dice que se lo regaló una muchacha de la ciudad.

—Que nos lleve a dónde está —exigió Andrés.

—¿Y cuánto pagan por el servicio? —preguntó ajustándose el gorro con visera.

Greg miró a Andrés, Andrés a Rocío y ésta a Greg. Con la escasa ropa que llevaban era obvio que no tenían dinero. La salvación fue Francisco: con dificultad por lo

apretado, de una bolsa sacó la billetera impermeable.

—¿Cuánto quiere? —preguntó.

—¿Cuánto tiene? —contestó ajustándose el quepis camuflado en verde y negro.

—Le doy cien dólares —dijo después de pensarlo mucho.

—Esa miseria le alcanza para información —sostuvo el de la ropa militar. Las niñas se acurrucaron asustadas al verlo acercarse con el machete que el hombre usó para separar a una y llevarla aparte.

—Hay una buena y una mala noticia —explicó después de platicar con ella un buen rato. La buena es que su familia encontró a la mujer que usaba la mariposa.

—¿Y la mala? —quiso saber Greg. Tenían poca graduación, pero estar sin anteojos lo ponía ansioso porque extrañaba la lectura de los pequeños gestos que a veces decían más que las palabras.

El hombre rascó sus axilas como si los piojos que no pudieron albergarse en la cabeza hubieran decidido buscar refugio más abajo, y gruñó: —Está amarrada y no puede salir.

Mirando hacia la selva volvió a escarbarse la boca y, con un dejo de duda, hizo saber su opinión—: Puede que la quieran negociar.

—¿Entonces está viva? —confirmó Rocío aplaudiendo. Dicen que la belleza viene de adentro, y eso demostró al borrar las oscuras ojeras con una sonrisa radiante.

El hombre volvió a preguntar y tradujo: —No le entienden lo que dice, pero parece que tiene fuertes dolores en el pecho y las piernas.

—Quiero ir a buscarla —se ofreció Andrés—. Dígame que nos explique la dirección.

—Yo sé dónde es: hay que tomar corriente abajo por el río y cuando empieza el desfiladero pasarse a la costa hasta encontrar el puente de hamaca que lo atraviesa. Al salir al otro lado siguen recto hasta llegar a una ceiba enorme. Desde ahí van a ver las chozas. Nosotros seguimos viaje, así que buena suerte —dijo tomando los dólares que Francisco le acercó de mala gana.

—¿Qué pasa si nos perdemos? ¿No nos puede acompañar ella? —consultó Andrés preocupado.

—La chica está sin usar y vale plata. Si a usted le gusta, se la vendemos —dijo el calvo dirigiéndose a Francisco.

—¿Cuánto cuesta?

—Veamos cuánto le queda —dijo el viejo. El otro no esperó que Francisco terminara de sacar la billetera para quitársela de un manotazo. Con los dedos sucios contó los billetes. —Solo 500 dólares. Pero hay tarjetas —celebró mostrando los dientes ennegrecidos .

—¿Se encuentra un cajero cerca? —preguntó asombrado Greg.

—Solo para quien conoce los atajos. Vamos a hacer así —recalcó el pelado después de conferenciar un momento—. Nos dividimos la chamba: mi tata sigue la ruta para no atrasar y busca un cajero. ¿Cuál es la

clave?

—1821. La cambié hace una semana. Es el año de la independencia —contestó Francisco, bastante molesto por haber sido despojado de sus bienes.

—No se preocupen. Si consigo reemplazo, mañana mismo estoy de vuelta y con el dinero puedo traer a un médico —dijo el padre, y se fue en fila india con los migrantes. Fueron segundos para que el grupo se perdiera entre los matorrales,

—¿Y usted? —preguntó Rocío.

—Yo también parto, pero para otro lado —dijo mirando a las pequeñas.

—Necesitamos a la niña —solicitó Greg.

—No les sirve. Ella camina muy rápido y en un momento los deja atrás.

—El trato no fue así. La niña es mía, yo la pagué —reclamó Francisco.

—No confunda. La plata que nos dio es una miseria. Vamos a ver si las tarjetas funcionan —dijo, y bajando la voz, para que solo Francisco escuchara, prosiguió—. Está bien, me quedo con la chele. A usted le gustó la pequeña y en la variedad está el gusto —dijo condescendiente, sacó un collar de perro y lo puso en el cuello de la niña—. Téngala firme. No la suelten porque cuesta mucho atraparlas. Esté tranquilo: va derecho a su choza porque no tiene otro lugar adónde ir.

Rocío, en ese instante, intentaba obtener información de las chiquitas y, concentrada como estaba pegó un brinco al toparse de pronto con sus compañeros.

—¿Qué averiguaste? —susurró Greg.

—Parece que estos, además de coyotes, roban mujeres y las cambian por droga o comida —explicó en voz baja.

—Más razón para buscar a María Nubia. Ella nos va a llevar a su casa —decía Andrés cuando llegó Francisco sosteniendo a la chica por la correa.

—¿Y así, amarrada, la vas a llevar? —preguntó Rocío de mala manera.

—No hay otra forma. Solo entienden a la brava —repuso Francisco.

El calvo había sacado un armadillo de la mochila, el pobre animal se protegía enroscándose como una bola cuando le insertó el puñal en la cabeza. —Ésta es la cena; le dicen siete carnes por lo sabroso que es —explicó satisfecho—. La chele se queda a ayudarme. Es peligroso que las mujeres anden solas.

—Yo te acompaño —dijo Greg al ver la cara de espanto de su compañera.

—Si se le aprieta, quédese. Para usted también tengo algo qué hacer —se burló el militar abriendo y cerrando los dedos—. Déjense de pendejadas ¡Vaya con sus amiguitos, Pájaro Loco! Y lo mismo usted, Dientes de Lata —les ordenó mientras quitaba las tripas del cusuco.

Parecía absorto en la labor, pero al constatar que los otros habían partido y no se oían, muy apurado ordenó: —¡Tenemos que irnos! Usted me ayuda con las mujeres. Le va a gustar adónde vamos —dijo a Rocío ladeando la sonrisa.

—No, no —acotó ella—. Aquí espero a mis compañeros. No puedo continuar sin avisarles.

—Claro que sí. Esos no van a volver. ¿No ves que te dejaron sola, chelita? La vas a pasar bien conmigo —declaró acercándose.

Era una mole que estiraba los brazos hacia ella, un ogro de ojos crueles preparado para la cacería humana. Sabía que no era posible escapar. De todos los sabios comentarios que durante su corta vida había escuchado sobre los hombres, recordó el que más le había disgustado. Tendría unos trece años y esa noche la empleada les preparó hamburguesas. Ella quitó la carne y masticó el pan lentamente mientras sus hermanos, con una gaseosa en la mano, prendieron el televisor de la sala. No tenían planeado ver una película, pero cuando apareció una mujer rubia moviéndose sensual en un bar, dejaron de hablar y se concentraron en el espectáculo. Era difícil de comprender, todo había empezado con movimientos eróticos y de pronto varios hombres la subieron sobre la mesa de billar y sujetándola con fuerza le abrieron las piernas y comenzaron a violarla uno tras otro. El resto esperaba el turno aplaudiendo y gritando.

Rocío comentó que no entendía por qué continuaban mientras ella lloraba de dolor. —Lo estaba pidiendo —aseguró el hermano menor. —En el fondo le gusta —sostuvo el más grande y remató la idea con la frase que crecía y crecía en su mente: “Ante la violación inminente, relájate y goza”, “relájate y goza”, “relájate y goza”, “relájate y goza”. No tenía sentido enfrentarlo, pero al menos iba a intentar sobrevivir.

—Disculpe, señor ¿usted cómo se llama? —dijo melosa.

El militar se la quedó mirando, usualmente las mujeres se resistían, peleaban, lloraban, huían. —¿Por qué? —preguntó desconfiado.

—Es que a mí me gustan los hombres fornidos como usted. ¿Le puedo tocar los músculos?

La oferta era inesperada e irresistible. Tiró a un lado la gorra camuflada y tuvo el cuidado de guardar la pistola en el salveque. Aunque la propuesta sonaba bien, nunca había que bajar la guardia.

La muchacha era golosa. Con gran cuidado comenzó un *strip tease*, tal como lo había visto en una película, dio vueltas alrededor de un tronco y, coqueta, lanzó para un lado el calzón y al otro la *t-shirt*. Ahí estaba esperándolo, desnuda, con las piernas abiertas, recostada sobre la mesa manchada por los restos del armadillo.

Precavido, apenas se desabrochó el pantalón y lo bajó un poco. Rocío nunca había sentido ese olor mezcla de suciedad y sudor. El roce piel con piel le despertó un gemido al ver pasar el tropel de violaciones, golpes, insultos, incendios y ráfagas de ametralladora. Era la mirada de las niñas, el vacío de ser convertida en objeto. Ella tomó un pecho y se lo ofreció. Lo necesitaba muy cerca, comenzó suave, muy suave, hasta que un chillido inundó el ambiente y ella y él se anegaron en un mar de sangre que salía de la yugular. No podía respirar, rápida se deslizó bajo su cuerpo y extrajo el puñal para volver a enterrarlo una y otra vez. Asqueada vio cómo se le apagaban los ojos y, a grandes trancos, utilizó de nuevo el cuchillo para liberar a las chiquitas que, despavoridas, huyeron entre los árboles.

XIII. El rescate

Aunque parecía desnutrida, la pequeña corría como un jaguar. Debían tenerla a mecate corto para seguirle el paso y, al ver a lo lejos la ceiba, Andrés la jaló hacia atrás y se detuvo un momento para dar su opinión: —No creo que les guste si la llevamos amarrada. Mejor quitémosle el collar.

—Yo la compré —posicionó su actuar Francisco—. Seguro la vendieron o cambiaron por comida. Están acostumbrados.

—Entonces olvidémonos de buscar a María Nubia. Llegar sosteniéndola con la correa es una muy mala idea —subrayó Andrés, insistente.

—Estoy de acuerdo —lo apoyó Greg—. No me gustó nada dejar a Rocío con ese bruto y hay que regresar pronto. Lo que menos queremos es un pleito.

—Voy a ver cuántos son —dijo Francisco alejándose.

El pequeño pueblo tenía apenas unas diez construcciones cónicas con techo de paja situadas alrededor de una zona de cocina, donde, en cuclillas, las mujeres rodeadas de juguetones chiquitos desnudos molían maíz sobre metates de piedra. De lejos distinguió a María Nubia, tendida en una esterilla. Un hombre viejo y raquítico la toqueteaba toda.

—Está atrapada en el rancho del centro —informó al regreso—. Es el momento de atacar. ¡Si tuviéramos armas sería fácil! Pero sin ellas...—expresó levantando las manos antes de continuar dando instrucciones—: Greg, usted, porque no ve bien, se queda sujetando a

la chica; ella va a servir de rehén si la cosa se pone fea. Nosotros nos encargamos del salvamento.

Se deslizaron sigilosos tapándose con los árboles; casi entraban por la zona de atrás cuando llegaron los hombres cargando pescados y frutas. Eran más de una docena y más fuertes que ellos.

—Tal vez podemos negociar un intercambio — reflexionó Francisco—. Nosotros le devolvemos a la indita y ellos nos dan a María Nubia. Debí haber comprado la 9mm para poder defendernos —lamentó—. Baleando a los más fuertes escaparíamos sin problema.

—Propongo que mandemos a la muchachita como ofrenda de paz. La única salida es dialogar. Según cómo reaccionen decidimos qué hacer —propuso Andrés y de inmediato gritó—: ¡Mirá allá! ¡Se escapó!

La pequeña corría como un rayo hacia su casa y muy cerca pudieron observar el alborozo de la familia al darle la bienvenida. Le tocaban el pelo, acariciaban el rostro y los más pequeños abrazaban sus piernas. Adentro, tirada en el suelo, permanecía el cuerpo tieso de María Nubia y, cuando hicieron el amago de acercarse, la niña señaló en su dirección y el tropel de indios los hizo huir hacia la jungla.

—¡Me mordió la mano y no la pude sostener! — se excusó Greg al unirse a la carrera. Atropellándose cruzaron el cañón y entre todos lograron aflojar los nudos del puente colgante. Con eso ganaban tiempo, aun así, sin detenerse, continuaron a marcha forzada. Abajo, el río, en lugar de remolinos bravíos, se había convertido en una corriente calma y transparente y al llegar a la planicie pudieron seguir por la húmeda arenilla. Pronto divisaron a Rocío, que, desnuda, se sumergía y volvía a

salir del agua como una ondina.

—Se cree Eva en el paraíso —comentó Andrés.

—Vamos a ver si consigo negociar la pistola —dijo Francisco mordiéndose el labio—. Tal vez el grandote acepta unir fuerzas y nos acompaña.

—Mientras ustedes hacen eso, yo le cuento que María Nubia está viva. ¡Se va a poner muy contenta! —asumió Greg. En realidad, no deseaba seguir con ellos, sabía que en cualquier momento iniciarían los reclamos.

Francisco, como si no escuchara, siguió la ruta hacia el campamento. Preocupado por salir cuanto antes, desconfiaba de la malicia indígena y temía una emboscada. Valoraba las alternativas de acción cuando vieron al gigantón tendido sobre un charco de sangre.

—Parece muerto —murmuró Andrés frunciendo la nariz.

—Se lo llevó la huesuda, Sherlock —dijo Francisco dándole vuelta con el pie, y, mirando alrededor, concluyó—: Las mujeres lo masacraron. Ve que no están; alguna pudo desatarse y al mínimo descuido le cayeron encima. Aquí está la prueba del delito —dijo recogiendo el cuchillo. Y al ver la cara de angustia de Andrés le preguntó acercándose a la cara: —¿Te animás a hacer la autopsia?

Andrés sentía el estómago revuelto y no pudo más que darse vuelta para vomitar detrás de un árbol.

—Ni se te ocurra estudiar Medicina —bromeó Francisco—. Hay que irse, pero antes juntemos lo que

nos pueda servir. Aquí va la cena —dijo empacando al armadillo en unas hojas todavía calientes. Al contrario de su compañero a él los cadáveres no le preocupaban y, sin ningún reparo, zafó el cinturón y le tanteó las bolsas. Ahí estaba la mitad de los dólares y una navaja suiza. También tenía dos sobrecitos de Alka Seltzer. —Pueden ser de utilidad —dijo como para sí mismo y se puso la gorra con visera. Después revisó el bulto: había anzuelos, sogas, unas cadenas con candado y lo más importante: el arma y una caja de balas envuelta en plástico. —Son pocas, hay que cuidarlas —habló de nuevo despacio, sin esperar respuesta. Acarició los cartuchos recordando la frase que había leído en el cuartel: *Si vis pacem, para bellum*. “Si quieres la paz, prepárate para la guerra”.

—¡Apúrense! Rocío se nos está adelantando —gritó Greg y, mientras caminaban rápido sobre los guijarros, les comentó: —No quiso hablar conmigo. Ni siquiera me dejó acercar.

—¿Vos crees que está enojada? —preguntó Andrés, parando un instante para enjuagarse la boca.

—Vaya a saber. ¡Las mujeres hacen un drama por cualquier cosa! —sostuvo Greg.

—No se entretengan con babosadas —les reclamó Francisco.

—Es cierto. Hay que pasar la página —lo acuerpó Greg, deseoso de congraciarse.

—El que no puede pasar la página es el pelón —dijo Andrés, afectado por la repugnante imagen.

Greg, procurando distraer, cambió abruptamente de tema: —¡Yo no lo podía creer cuando sacaste la billetera! Por lo menos les diste una clave falsa: ¡1821! ¡Solo un

estúpido te la cree!

Francisco se rio desdeñoso: —Es la verdad. Justo antes de salir la cambié y, como estaba tan concentrado en la independencia, le puse 1821 para no olvidarla.

—¡Te van a dejar en la calle! —lamentó Andrés.

—Para nada. Tienen seguro. Por mí que saquen todo lo que quieran y ojalá lo hagan lo antes posible. Mi papá me mantiene bien controlado; en el momento que usen alguna le llega el informe y de ahí a saber nuestra ubicación solo hay un paso.

Era cierto, solo había un paso. A lo lejos se escuchaba el ruido de los helicópteros sobrevolando la zona.

La marca en el cedro les indicó dónde doblar para encontrar el sitio de encuentro. Rocío, sentada sobre un tronco, parecía salida de una novela romántica: lánguida, etérea y alejada del mundo, mostraba su capacidad de abstraerse de las ocupaciones cotidianas usando un impecable vestido largo. Solo el cabello enmarañado la acercaba más a La Llorona que a las bellas musas griegas.

No hubo tiempo para intercambiar pareceres. Andrés corrió al rústico helipuerto agitando los brazos.

—Ya nos vieron —aseguró Francisco.

—Estamos hechos un desastre. No podemos partir así —dijo Greg al observar la ropa desgarrada, los pies sangrantes por las lajas y el cuerpo cubierto de piquetes y rasguños.

—Tomemos ejemplo de la dama —asintió Andrés.

Juntos fueron a la caja de ropa, se pusieron lo primero que encontraron limpio y en un santiamén estuvieron presentables para recibir a la delegación que, finalmente, llegaba a recogerlos.

El primero en bajar fue el tío de Francisco, serio y a la vez emocionado, en estricto uniforme de camuflaje bosque. Su sobrino, orgulloso por verlo al mando, se adelantó para saludar marcialmente: —¡A sus órdenes, mi teniente! —gritó con la mano en la sien derecha, y, en posición de firme, informó la situación: —Falta rescatar a una compañera. Intentamos “búsqueda y destrucción”, pero carecíamos de suficientes municiones. El blanco queda a una milla, margen norte del río —y, dejando un tiempo para respirar, acotó—. En el lado sur había un campamento clandestino. Logramos desarmar a uno —dijo entregándole el arma—, el otro huyó con un grupo de ilegales. El resultado fue una baja que tiene toda la pinta de ajuste de cuentas.

—Te has portado como un valiente —respondió satisfecho el militar—. Coman tranquilos, enseguida volvemos —dijo ordenando el despego.

Algo tan sencillo como beber Coca Cola y comer *hot dogs* se había convertido en un sueño *gourmet*. Únicamente Rocío se mantenía incólume, sin probar bocado ni dirigirles la palabra. Por una razón u otra, el silencio solo lo cortaba el crujir del papel metálico que cubría los alimentos.

El comando regresó en menos de media hora y ni siquiera detuvieron la máquina. Los muchachos, melosos, de común acuerdo exclamaron: —¡Mujeres primero! —y dieron paso a Rocío, quien, con aires de princesa, no quiso aceptar la mano que el soldado, gentil, ofrecía para ayudarla a ingresar a la nave. No era algo extraño,

manifestó con un revoleo de ojos el sargento: las niñas ricas eran altivas y los trataban con desprecio. Ajena a las suposiciones, ella, caminando sobre una nube, siguió directo hasta la última fila.

La cara de piedra de los soldados impidió que se rieran al ver subir a Francisco con el adusto uniforme de Morazán, aún más grotesco estaba Andrés vestido de Napoleón y, bamboleando la capa del marqués de Aycinena, cerraba el desfile Greg. Este último quiso sentarse a la par de Rocío, pero pronto cambió de idea al ver en sus ojos unos volcanes ardiendo y oír —o tal vez fue una ilusión por el chillar de las aspas— que la aldea había sido achicharrada por los conquistadores.

En efecto, al fondo del helicóptero, tendida sobre la camilla de rescate, con hojas pegadas al cuerpo y la pierna inmovilizada, María Nubia parecía una indígena después de la invasión de Pedro de Alvarado.

No hubo tiempo de saludos. Al elevarse, los soldados lanzaron bombas incendiarias que acabaron con el escueto refugio.

—Igualito a *Garry's Mod ScrX*. Con las bombas C4 no queda nada en pie —dijo Andrés, moviendo los dedos como si pulsara el *custom hud*.

—Más bien parece *Battlefield V*. La jungla es bastante real y hay variedad de armamento —consideró Greg—. A mí no me molestan las TTK. Hay que ser muy machista para creer que a las mujeres no les gusta el combate.

—El punto no es ese —intervino de nuevo Andrés—. Por quedar bien con ellas las quieren meter en todo, pero lo cierto es que las mujeres no pelearon en Viet Nam.

Decir cualquier otra cosa es falsear la historia.

Francisco señaló disimuladamente a Rocío y murmuró: —La verdad es que son muy quitadas. Conozco una que, mientras nosotros nos jugábamos el pellejo, turisteaba en una playa nudista. Aunque también hay quienes se dicen hombres y no tienen agallas ni para sacar a pasear al perro —dijo entre dientes, y, desabrochándose el cinturón, agregó—: Voy a averiguar la fórmula.

Habló un momento con el tío y, al regresar, tenía la respuesta:—Usan una mezcla de aceite de palma, jabón de aluminio y gasolina. Arde lento y cuesta que se apague.

Abajo, en la selva, se veían incendios aquí y allá, y entre ellos, elevándose al cielo, ardía el techo de paja de una vivienda nativa.

—Merecido lo tenían. Secuestraron a María Nubia y casi nos matan. ¡Lástima que por este maricón me quedé sin el juguete! No me van a creer, pero ya le había tomado cariño —compartió Francisco.

—¿Qué pensabas hacer con ella? —le preguntó Andrés.

—Darle una mejor vida. En mi casa tendría comida y ayudaría a las domésticas sin tener que vivir a la intemperie.

María Nubia tuvo fuerza para enderezarse y mirar por la ventana. Entre sollozos gritó con voz quebrada: —Esa familia fue mi salvación. Unas muchachas me rescataron del río y el viejito me puso cremas y con cuidado entablilló mis piernas. Por eso le regalé el collar a la niña. ¡Nunca debieron haber entrado disparando!

—¡Llegan a salvarte y todavía te quejás! —reclamó Francisco—. Le voy a contar a mi tío que sos una mal agradecida.

—Decíselo. A ver cómo explica que ametrallaron sin avisar. Y encima incendiaron las chozas, con niños y baleados adentro.

Francisco, indignado, se dirigió a la cabina de pilotaje y en seguida estuvo de regreso con el teniente, quien, sin sentarse, tomó control de la situación.

—Las Fuerzas Armadas están consciente de la experiencia traumática por la que han pasado, pero de ninguna manera permitiremos afrentas a nuestro noble quehacer. El objetivo de la misión fue rescatarlos y, como corresponde, aprovechamos la incursión para limpiar la zona de insurgentes —comunicó muy serio—. En pleno acatamiento de las órdenes recibidas debo comunicarles las instrucciones que deben seguir al pie de la letra. Iba a esperar al aterrizaje, pero dadas las circunstancias, es conveniente que las conozcan de una vez:

Primero: No pueden hablar con la prensa. Tienen prohibido hacer declaraciones de un hecho secreto que vulnera la capacidad de decisión de las naciones centroamericanas.

Segundo: Nuestras pesquisas indican que los nativos y los migrantes se pusieron de acuerdo para secuestrar a cinco jóvenes y pedir rescate.

Tercero: Se encuentra en estudio hasta qué punto el narcotráfico internacional está detrás de este crimen.

Cuarto: Mientras no se aclare el hecho y se establezcan responsabilidades, el Alto Mando no se responsabiliza de la seguridad si alguien se refiere a

los hechos que requirieron la acción de este comando especial.

Quinto y final: Las familias han sido asesoradas por profesionales y por su salud física y mental no mencionarán el tema. ¿Alguna duda? —preguntó al final.

El silencio fue la clara indicación de que habían entendido y aceptado las condiciones.

—¿Recuperaremos las computadoras y celulares? —indagó Greg.

—Probablemente todo ha sido destruido por los ilegales. Recuerden que el GPS permite establecer la locación.

María Nubia levantó la mano como si estuviera en la escuela y cuando el teniente le dio la palabra preguntó: —¿Trajeron mi libro de José Martí?

—No queda nada del campamento. Solo cenizas, pero no te preocupes, yo me aprendí de memoria el poema —dijo Greg. Ella empezó a sollozar, entonces, para calmarla, le recitó la segunda parte al oído:

Como de bronce candente,

al beso de despedida,

era su frente —¡la frente

que más he amado en mi vida!

Se entró de tarde en el río,

*la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío,
yo sé que murió de amor.
Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.
Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador;
nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor.*

—En esta época ya nadie muere de amor —aseguró Francisco.

—Mi abue, a pesar de la pandemia, siguió besándome todas las noches —musitó Greg—. Ni ella ni yo hicimos caso a las advertencias.

Al darse cuenta de la expresión triste de Rocío, Andrés intervino: —El librito lo podés comprar. Es fácil de conseguir —recalcó—. No te angustiés, mejor olvidate del asunto.

—Esa es la idea. Olvídenlo —aconsejó el militar.

Yo no puedo olvidar nunca

La mañanita de otoño

En que le salió un retoño

A la pobre rama trunca —susurró Greg con la idea de levantar el ánimo decaído.

Al escuchar la poesía de Martí, ella se sintió aún peor —Como rama trunca estoy yo. Perdí el número de teléfono. Ojalá me manden a la clínica donde hace guardias José —dijo con escasas esperanzas.

—Va para el Hospital Militar —le informó el oficial al mando.

—Odio los hospitales. Pero no bien llegue le digo a mami que la voy a acompañar a las terapias —prometió Andrés. Sin entender la razón, se sentía bien usando el ridículo sombrero de Napoleón. Greg pareció compartir lo mismo pues se lo puso un momento y tocando el ala negra se atrevió a preguntar:

—¿Cuándo vamos a seguir con la obra de la independencia?

—¿De qué independencia hablan? —interrogó el tío.

—De la independencia de Centro América —aclaró Greg.

El teniente, sin decir una palabra más, prefirió recuperar el asiento al lado del piloto.

—La aventura en la selva los tiene alucinando —manifestó preocupado—. Demuestran una confusión de tal envergadura que, aunque recuerden, nadie los va a

tomar en serio.

El piloto se concentró en su trabajo. Cualquier comentario sobre las divagaciones de los jefes podía traer nefastas consecuencias.

—La memoria es engañosa —concluyó el superior—. Hasta se puede creer lo que nunca sucedió.

El libro Juegos Florales Hispanoamericanos de Quetzaltenango 105 años de fundación. Resurgimiento 2021. LXXXIII CERTAMEN Dedicado al Bicentenario de la Independencia de Centro América y al escritor Premio Nobel de Literatura Miguel Ángel Asturias, se terminó de imprimir en FORMATEC, S.A., Avenida Elena 3-74 Zona 3, Guatemala, Centro América, el 5 de septiembre de 2021. Tiraje 1000 ejemplares.